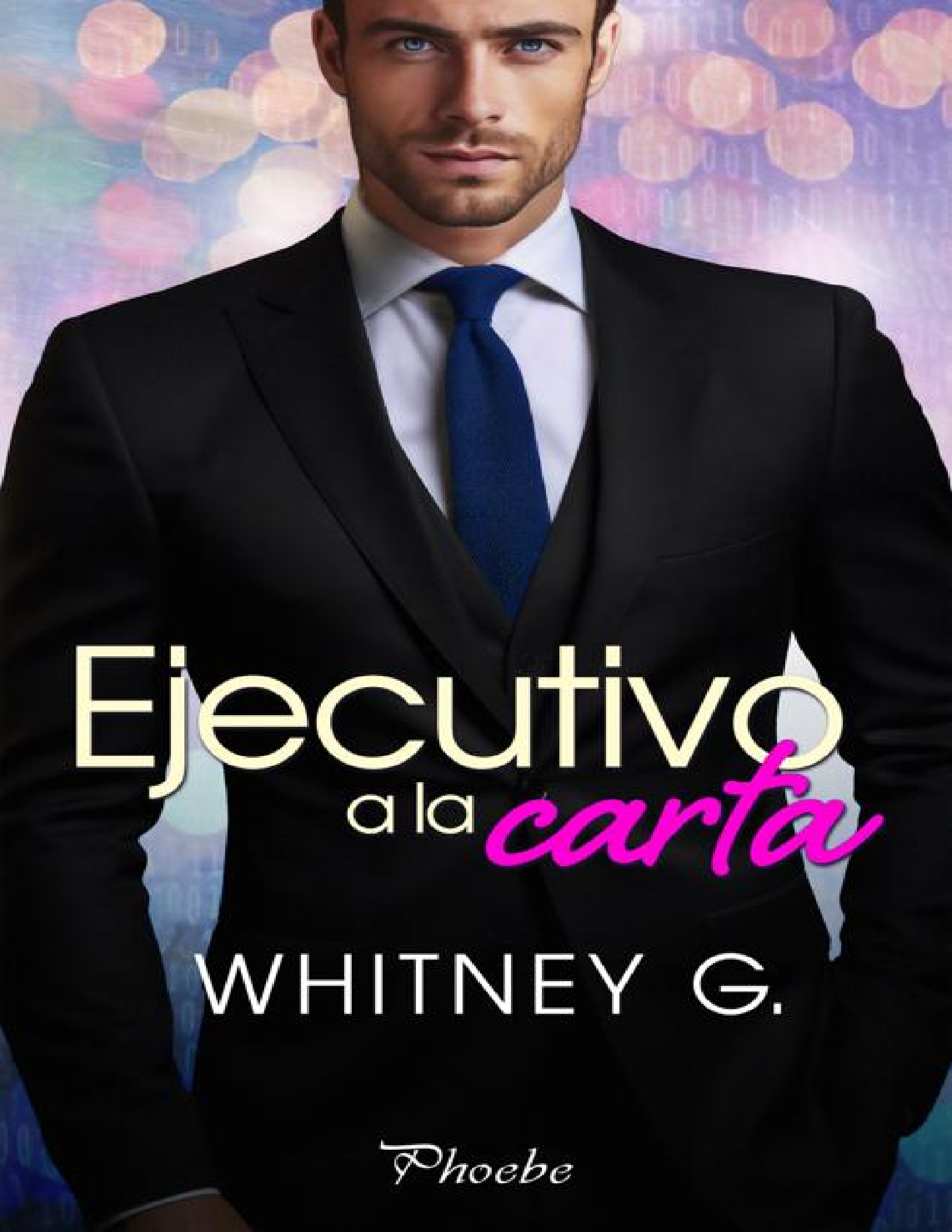

Ejecutivo
a la carta
WHITNEY G.
Phoebe

WHITNEY G.

Ejecutivo a la carta

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *The Office Guest*

Primera edición: abril de 2024

Copyright © 2023 by Whitney G.
Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2021

© de esta edición: 2024, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-12-7
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías del modelo: graphicvil2/stm.co/freepik

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Nota de la autora (I)
Prólogo
1
2
2 (B)
3
3 (B)
4
5
6
7
8
9
9 (B)
10
11
12
13
13 (B)
14
15
16
17
18
19
19 (B)
20
21
22
23
Epílogo
Contenido especial

Para los mejores lectores del mundo y por las vacaciones.
Gracias por leerme.

Una nota de Whitney G.

Mi querido y alucinante lector:

Muchas gracias por elegir *Ejecutivo a la carta*. Me lo he pasado genial escribiendo esta novela de vacaciones, y espero que vosotros lo paséis genial con Georgia y Dominic.

Si quieres ser el primero en enterarte de mis próximos lanzamientos, descuentos y contenido exclusivo que solo ofrezco a los lectores, asegúrate de suscribirte a mi Lista Exclusiva F. L. Y. *(«F. L. Y.» = «"Effin" Love You»)*. Porque tanto si te encanta esta historia como si la odias, yo os requeteadoro por haberle dado una oportunidad).

Atentamente
Whitney G.

PRÓLOGO

Aviso urgente: *Cancelación de cuenta*
Estimada señorita Georgia Grey:
Nos dirigimos a usted para informarle de que, a partir de hoy, su cuenta en la aplicación Ejecutivo a la carta quedará oficialmente cancelada.

Debido a repetidas infracciones de nuestras normas —algunas de las cuales se abordan a continuación— ya no podrá elegir entre nuestros candidatos estelares ni solicitar un ejecutivo que la acompañe a reuniones familiares y de negocios.

Le recordamos que no está permitido solicitar a nuestros acompañantes que se presenten en el trabajo por usted, ni que «se planten frente a la ventana del cabrón de su jefe y le saquen el dedo corazón mientras ponen a todo volumen el rap I Don't F*ck with You» *ni que le desinflen los neumáticos a «cualquier coche deportivo caro que esté aparcado en la plaza del director general». Por favor, revise nuestros términos y condiciones.*

Puede volver a solicitar el acceso transcurrido un (1) año natural.

Atentamente

El equipo de Ejecutivo a la carta

P. D.: Sus cuentas «secretas» —Bee Bee Grey, Georgia on Your Mind y Ayudaporfavor (Odio mi vida y a mi jefe)— también han sido canceladas.

1

Park City, Utah

Dos meses antes de Navidad

Dos de la madrugada

Dominic

—¡Alerta de intruso! ¡Llamada a la policía en curso! ¡Alerta de intruso!

La alarma resuena en mi piso y me arranca del país de los sueños.

Cojo el móvil para apagarla, pero el volumen del sistema aumenta y las palabras *«¡Contraseña incorrecta! Las luces de casa están desactivadas»* parpadean en mi pantalla.

¿Qué coño pasa?

Gruño, salgo de la cama y me dirijo al cuarto de baño en la más absoluta oscuridad. Me lavo la cara con agua fría y me cepillo los dientes, suplicando que todo vuelva a la normalidad, pero mi apartamento sigue a oscuras.

Antes de que pueda tratar de reiniciar la alarma, oigo unas fuertes pisadas en el pasillo.

—¡Por aquí! —grita una voz grave—. ¡No está en su cama!

—¡Comprueben la biblioteca y la cocina! ¡Rápido! —ordena otra voz.

La puerta se abre de repente y alguien me apunta a los ojos con una linterna.

—¡Está aquí! —La voz de ese tío suena aún más fuerte que sistema de alarma —. ¡El señor Reiss está a salvo!

—Siento despertarle a estas horas, señor. —Walsh, mi jefe de seguridad, me deja medio ciego con la luz—. Tenemos que trasladarle a un lugar seguro lo antes posible.

—¿Es el fin del mundo o algo así?

—Señor, tenemos razones para creer que alguien está conspirando para asesinarle.

—¿Qué?

—Se lo explicaré todo en el coche. Vámonos.

—¿Puedo vestirme primero?

—No tenemos tiempo para eso. —Me lanza una bata—. Tendrá que apañárselas con esto.

—Al menos podría dejar que me pusiera una camisa.

Sin decir nada más, me conduce al ascensor privado, y me convenzo de que esto es una pesadilla; de que es imposible que alguien vaya a por mí cuando apenas me faltan unos meses para cerrar el mayor negocio de toda mi carrera.

Cuando llegamos al coche, el conductor sale a toda velocidad a la calle.

—Hemos notado un pico de búsquedas en la dirección IP de la empresa. —Walsh me pasa una *tablet*—. Y esta noche alguien ha entrado en su portátil.

—Eso es imposible —protesto—. Solo se enciende con mi huella dactilar.

—Véalo usted mismo. —Me hace un gesto para que mire la pantalla.

«¿Cuánto arsénico puedes poner en el café de alguien para que enferme, pero sin matarlo?».

«¿Y qué hay del anticongelante?».

«¿Los trabajos de nueve a cinco son una especie de castigo sádico?».

—Estas búsquedas se han intensificado recientemente, señor —explica—. Creemos que alguien intenta sabotearle.

—No me puedo creer que me hayan sacado de la cama por esto. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Podría decirle a mi asistente que me lleve un traje a la oficina, por favor?

—Vamos un paso por delante de usted. —Actualiza la pantalla—. Debemos tomarnos esto muy en serio, señor. Aquí hay más.

Resisto el impulso de tirar la *tablet* por la ventanilla y miro los resultados de la búsqueda.

«¿Cuánto tardan en desinflarse los neumáticos del Audi Spider?».

«Sicario de alquiler, pero solo para algún trabajillo esporádico, no para asesinatos, al menos de momento».

«¿Puedo sobornar a un camarero para que añada una pizca de matarratas a un café? ¿Iría a la cárcel por eso o solo acusarían al camarero?».

«Dominic Reiss tiene un cuello muy "apuñalable"».

«¿Cómo desbloquear Pinterest en mi ordenador del trabajo?».

—Interesante. —Sonrío—. ¿Cuándo empezaron estas búsquedas?

—Hace dos semanas, señor. Y puedo asegurarle que no es para tomárselo a broma.

Reprimo una carcajada: las fechas encajan con el momento en que cierta empleada fue degradada de jefa de equipo a becaria porque se negó a comprender lo que significa «horas extraordinarias obligatorias». Cierta empleada que es, con diferencia, la mujer más sexy que he conocido, pero la peor trabajadora que el departamento de Recursos Humanos de mi empresa ha contratado jamás.

—¿Quiere que se lo notifique al FBI, señor Reiss? —pregunta Walsh.

—No. —Sacudo la cabeza—. No me siento amenazado en absoluto.

—¿Está seguro, señor?

—Muy seguro, Walsh. —Miro el reloj—. No hay por qué llevar esto más lejos.

—Como quiera, pero no podrá regresar a su casa hasta esta tarde.

Hace un par de llamadas mientras el chófer avanza a toda velocidad por las calles.

En cuanto llegamos me detengo para admirar el letrero dorado de Reiss Enterprises que hay sobre la escalinata. Lo vea las veces lo vea, siempre me recuerda lo duro que he trabajado desde que cumplí dieciséis años para llegar a donde estoy ahora.

Salgo del coche, abro la puerta principal y entro en el edificio.

Parpadeo un par de veces al ver el vestíbulo: un enorme árbol de Navidad, envuelto en una cinta roja y decorado con brillantes adornos de cristal, reluce frente a los ventanales; una exuberante guirnalda verde cuelga de la barandilla de la escalera y una larga hilera de centelleantes luces navideñas dibuja un camino de colores en el suelo.

Es el primer año que pido que se decore este lugar para las fiestas, y me sorprende que el personal se haya ocupado tan pronto de este asunto.

Intrigado, sigo el camino de luces y entro en la sala de conferencias; paso entre dos muñecos de Cascanueces de tamaño natural y descubro a la sospechosa principal de mi futuro asesinato.

Georgia Grey.

Va vestida con una camiseta rosa de tirantes transparente y unos *leggings* que abrazan sus curvas, y la encuentro más tentadora de lo habitual. Su pelo ondulado, negro como la tinta, que suele llevar suelto sobre los hombros, está recogido en una coleta baja en la nuca.

Llevo meses obligándome a no mirar sus labios carnosos y rosados, pero desde este ángulo no puedo evitarlo. De sus auriculares se escapa la música navideña que escucha a todo volumen, y aprovecho la oportunidad para contemplarla unos segundos más.

—Buenos días. —Me aclaro la garganta—. ¿Señorita Grey? —No contesta.

Me acerco y le quito uno de los auriculares—. ¿Puede oírme ahora?

—Qué dem… —Se da la vuelta—. Ay, eeeh… Hola, señor Reiss.

—Señorita Grey. —Me mira el pecho, así que no me molesto en atarme la bata—. No sabía que fuera capaz de venir a trabajar a la hora, y mucho menos antes. ¿A qué se debe?

—Eeeh… —Por fin me mira a la cara—. He venido a encargarme del País de las Maravillas Invernal que se supone que hay que montar para las fiestas.

—¿No debería encargarse un equipo de esto?

—No cuando el equipo no sabe lo que hace —replica—. No se ofenda, pero la mayoría de la gente que trabaja aquí no tiene la más mínima creatividad.

—Cuando dije que alegráramos un poco este lugar para Navidad, pensaba tan solo en un árbol en el vestíbulo.

—En ese caso, supongo que el director general también tiene unos niveles de creatividad decepcionantes.

—Que conste, señorita Grey —digo, mirándole los labios—, que si ha decidido ir más allá en esa petición trivial, no por ello va a quedar eximida de sus tareas.

—Jamás se me ocurriría pensarlo, señor Reiss. —Retrocede un paso y coge un termo—. Pero ya que lo menciona, y como ahora solo soy una humilde becaria, me he encargado de mantener caliente el café para usted.

—¿Dónde lo ha comprado?

—Lo he hecho yo misma. —Sonríe—. He decidido «ir más allá» en todo lo que hago.

—¿Por qué no toma un sorbo antes de dármelo?

—No hace falta. —Me lo tiende—. No quiero robarle cafeína a mi increíble jefe, que es quien más la necesita.

—No quisiera pensar que está intentando envenenarme, señorita Grey.

—Yo tampoco. —Sigue con el termo tendido hacia mí, así que lo cojo y me hago la firme promesa de vaciarlo en cuanto llegue a mi despacho—. Tengo que terminar de enlazar las guirnaldas. —Se aclara la garganta—. Mi jefe tiene a todo el mundo en alerta, así que debo estar en mi puesto dentro de unas horas.

—Hablando de alertas, mi sistema de alarma se ha encendido esta mañana por primera vez en diez años. ¿Por casualidad sabe algo de ese asunto?

—No, pero diez años es mucho tiempo sin probar el sistema. —Menea la cabeza—. Quizá la compañía de alarmas ha querido verificarlo sin avisarle.

Entrecierro los ojos.

—O quizá alguien quiere que me sienta tan mal como yo le hago sentir para que cambie mis horribles costumbres.

Se encoge de hombros.

—Más bien creo que estos días está tan ocupado que lo ha pasado por alto.

—Georgia Grey… —Me acerco más a ella—. Ambos sabemos que este es el primer trabajo de verdad que ha tenido en su vida.

—Permítame que le corrija: es el peor trabajo que he tenido en mi vida.

—Sin embargo, la forma de conseguir un ascenso no es cabreando a su jefe.

—¿Debería lamerle el culo, como todo el mundo?

—Hay otra cosa bajo mis pantalones que preferiría que lamiera…

Se le desencaja la mandíbula.

—¿Señor Reiss? —Mi ayudante entra en la sala antes de que cometa el error de acercarme más a Georgia—. Le he traído su traje y sus zapatos.

—Gracias. —Retrocedo un paso—. Mientras me visto, haga el favor de refrescarle la memoria a la señorita Grey sobre la política de la empresa en materia de rendimiento laboral, si es tan amable.

—Así lo haré, señor.

Georgia me fulmina con la mirada cuando me alejo, y subo corriendo a darme una ducha fría.

Joder. ¿Por qué coño no la he despedido aún?

2

Park City, Utah

Dos meses antes de Navidad

Ese mismo día

Georgia

Agáchate un poco más…

Si bajo más la cabeza, voy a clavarme el bolígrafo en el ojo y todo esto se va a llenar de sangre, pero no les pediré a mis compañeros que llamen a la ambulancia: me limitaré a preguntar si puedo largarme de una vez de esta soporífera reunión.

Llevo encerrada en esta fría sala de conferencias desde las nueve de la mañana y me pican los ojos de tanto mirar esa enorme pantalla, pero, por algún extraño motivo, me parece que soy la única que está deseando escapar.

A lo mejor debería apuñalarme los dos ojos en lugar de uno solo…

—¿Qué te parece la propuesta final, Georgia? —Mindy Sterling, la lameculos oficial de la empresa, frustra mis planes sin despeinarse—. ¿Georgia?

—Sí, eeeh… —Dejo el bolígrafo—. Suena supergenial.

—¿Has escuchado algo de mi presentación?

—Lo siento. —Sacudo la cabeza—. Ha sido un día muy largo, Mindy.

—Los días en Reiss Enterprises nunca son largos. —Parece ofendida—. Duran lo que tienen que durar porque confiamos en la visión de nuestro querido director general.

Mis compañeros de trabajo, a los que también les han lavado el cerebro, murmuran un asentimiento y yo controlo el impulso de poner los ojos en blanco.

Nuestro «querido director general» es la personificación de todo lo que significa ser un jefe terrible. Solo tiene un punto positivo como ser humano: es de lo más sexy.

—Ya que eres a la que mejor se le dan las relaciones con los clientes, Georgia —Mindy me tiende una carpeta—, cuando llegue diciembre tendrás que encargarte de recibir a nuestros clientes invitados en el aeropuerto y de acompañarlos a la sede de la empresa para la presentación del marketing

navideño.

—¿Y si para entonces sigo siendo solo una becaria degradada?

—Tendrás que trabajar duro para recuperar tu puesto y que eso no ocurra. —Entrecierra los ojos—. Tienes un presupuesto ilimitado para decoración, y estamos deseando ver esa «magia navideña» que aprendiste en tu empleo anterior. ¿Tienes alguna pregunta más?

¿Puedo irme ya a casa?

—Por ahora no.

—Estupendo. Ahora veamos cómo están las proyecciones del cuarto trimestre y cómo nos situamos con respecto a la competencia.

Ignoro sus palabras y vuelvo a pensar en clavarme el bolígrafo en los ojos, aunque me da la sensación de que no va a ser suficiente para llamar la atención. Llevo algo menos de un año trabajando en esta empresa y estoy convencida de que esta vida no es para mí.

Ni siquiera sé a qué nos dedicamos en realidad.

Las mañanas de madrugones imposibles, las tardes de papeleo y las reuniones nocturnas «urgentes» me han dejado descorazonada. No me relaciono con nadie del trabajo fuera de la oficina porque todos los empleados son implacables y están locos por ascender en el escalafón. Incluso en una ocasión, cuando traje unas galletas caseras para compartir con todos en la sala de descanso, alguien me denunció a Recursos Humanos por «intentar envenenar a la competencia con gluten».

Por si fuera poco, el «querido» director general está convencido de que todos en este planeta viven para atender a sus necesidades. Como soy una persona agobiada pero empática, he decidido hacer lo correcto y rezar una oración diaria por él.

«Querido Dios: por favor, asesina a mi jefe. Muchas gracias de antemano. Amén».

Cuando Mindy está repartiendo más carpetas toda la sala se queda en silencio. Unas fuertes pisadas se oyen a mi espalda y la mujer que está sentada a mi lado reprime un jadeo, lo que solo puede significar una cosa…

—Buenas noches. —La presencia del señor Reiss acelera mi corazón a un ritmo peligroso. Se rumorea que es capaz de hacer que cualquier mujer moje las bragas sin esforzarse solo con el sonido profundo de su voz.

Cualquier mujer salvo yo, claro.

—Espero que no les importe que participe en esta reunión —dice.

—Preferiríamos que nos sacara de esta agonía y acabáramos de una vez —murmuro.

—¿Qué has dicho, Georgia? —pregunta Mindy.

—He dicho: «¿Qué puede ser mejor que tener a nuestro querido jefe mirando

por encima de nuestros hombros y vigilando todos y cada uno de nuestros movimientos?».

—¡No hay nada mejor! —Mindy está a punto de caerse en su apresuramiento para servirle una taza de café.

El señor Reiss se toma su tiempo para dar una vuelta alrededor de la mesa y se sienta justo enfrente de mí. Entonces esboza su perfecta sonrisa, esa que dice *«Sé que soy muy sexy»* y que acentúa aún más su cincelada mandíbula. Los pezones se me endurecen bajo la blusa y no puedo evitar cruzar las piernas. Lo vea las veces que lo vea —en persona o en la prensa—, mi mente siempre se desliza por el húmedo y sinuoso sendero de las fantasías prohibidas.

Cuando lo tuve delante por primera vez pensé que era una fantasía andante, que los ángeles se habían esforzado en convertirlo en el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra y su creación más perfecta.

Pero la primera vez que lo oí hablar —un seco *«No le pago para que se quede mirándome todo el día, señorita Grey»*— quise clavarle un cuchillo.

—No permita que interrumpa la reunión —dice—. Continúe con su presentación, señorita Sterling.

Ella sigue sin perder el ritmo, y yo intento apartar la mirada de mismísimo diablo vestido de negro, pero no puedo; ahora mismo no.

Se lleva la taza a los labios y da un sorbo lentamente sin apartar de mí esos insondables ojos azules; mi cuerpo me traiciona y me recorre una oleada de calor.

—Quiero asegurarme de que todos los hoteles tengan bolsas de regalo especiales para agasajar a nuestros huéspedes. —Mindy sigue parloteando, y por fin me obligo a apartar la vista, pero aún puedo sentir la del señor Reiss clavada fijamente en mí.

Para cuando Mindy se cansa de escuchar el sonido de su propia voz son las diez de la noche y me he perdido el estreno de la nueva temporada de mi serie favorita.

Guardo las carpetas en el maletín y me dirijo hacia la puerta con la esperanza de llegar a casa a tiempo de ver aunque sea un rato en diferido.

El señor Reiss pone la mano en el marco de la puerta cuando me acerco.

—¿Puedo hablar con usted un momento, señorita Grey? —pregunta.

—Creo que usted y yo ya hemos hablado bastante por hoy, señor.

Sus labios dibujan una sonrisa.

—¿Necesita comentar algo conmigo, señor Reiss? —Mindy se aclara la garganta desde el pasillo.

—No, señorita Sterling. No tengo ningún asunto pendiente con usted.

—¡Vale, genial! —Ella sonríe y se va dando saltitos como si le hubiera tocado

la lotería por tener la aprobación del jefe.

El señor Reiss llama al ascensor y se vuelve hacia mí.

—Me sorprende que mi coche no haya sufrido un pinchazo ningún día de esta semana —comenta.

—A mí también.

— Y tampoco me he encontrado con una persona desconocida rapeando frente a mi oficina sobre lo mucho que me odia.

—Supongo que el pobre habrá tenido problemas de agenda.

—Seguro que *la pobre* los ha tenido, sí. —Sonríe—. El caso es que Recursos Humanos me ha dicho que ha pedido usted unos días para pasar las Navidades en casa. Han comentado algo sobre que tenía que presentar a su novio a su familia…

—No, no es eso. —No me puedo creer todavía que yo les haya dicho la verdad—. Es porque ha fallecido un conocido y debo ir a presentar mis respetos.

—Lo lamento. —Frunce el ceño—. ¿De quién se trata?

—No la conoce.

—Dígame, por favor.

—Es la persona que yo solía ser —respondo.

—¿Qué?

—Ha perdido la cabeza y el norte, así que tengo que volver a casa y llorarla como es debido. Con un poco de suerte, aún estamos a tiempo de resucitarla.

—Por favor, hágale llegar mi más sentido pésame. —Sonríe—. Por desgracia, no voy a poder aprobar sus vacaciones porque las ha solicitado con muy poca antelación.

—¿Dos meses es poca antelación?

—Sí, cuando se trata de algo tan trivial como presentar a un novio —replica —, aunque valoraré si puede irse a casa en Año Nuevo.

—Dejó que Mindy se fuera de vacaciones en Pascua porque quería acariciar a unos conejitos en el parque.

—Era la primera vez en cinco años que pedía un día libre.

—Eso es… trágico. Pero está siendo injusto, y tengo derecho a disfrutar de un fin de semana libre.

—No lleva saliendo con Dante el tiempo suficiente para presentárselo a su familia.

—¿Cómo dice?

—Lo conoció cuatro meses después de empezar a trabajar a mis órdenes.

—¿Y?

—No es tiempo suficiente.

—Gracias, papá. —Pongo los ojos en blanco—. ¿No actualicé ayer la agenda para incluir sus vacaciones con Amy, su novia? —No contesta—. Claro que sí. Entonces, ¿qué le hace pensar que alguno de sus pobres peones no va a querer hacer lo mismo?

—Señorita Grey —se acerca a mí—, le pido disculpas.

—Acepto sus disculpas, señor Reiss, y está perdonado.

Me mira fijamente a los ojos como hace siempre que estamos solos, como, por ejemplo, las noches que nos quedamos trabajando hasta tarde, en que se sienta a mi lado y se comporta durante un rato como un ser humano mientras hablamos hasta el amanecer.

En esos momentos me siento como si se hubiera puesto un disfraz de ángel y me viera como algo más que una empleada; como si fuéramos amigos de verdad.

—Me refiero a que siento haberle dado la impresión de que esto era un debate. —Ha vuelto su personalidad demoníaca—. No lo era.

—¿Ha pensado alguna vez en hacer terapia para tratar sus cambios de humor?

—De cualquier forma, tiene trabajo atrasado —continúa, ignorando mi comentario—. Lo último que necesita son unas vacaciones.

—¿Quiere decir que lo que necesito es trabajar?

—Eso es.

—No trabajo en Navidad.

—Ya hemos hablado de ese tema, señorita Grey. Ahora tenemos que discutir otro par de cosas. —Saca un sobre del bolsillo y me lo tiende—. He recibido esta mañana una carta del Diccionario Webster.

—¿Así que por fin van a añadir «jefegilipollasinsoportable» a sus registros?

—No. —No se merece ser así de guapo—. Querían hacerme saber que una empleada anónima les ha estado enviando diez solicitudes al día para que añadan mi foto junto a la palabra «cabronazo», y confiaban en que se hartara de que la rechazaran después de la nonagésima octava vez.

—A la nonagésima novena va la vencida… Qué horror. —Cojo el sobre con las mejillas ardiendo—. Me aseguraré de mencionarlo en el correo corporativo, y confío en que esa empleada se centre en su trabajo.

—Sería la primera vez. —Me abre la puerta con expresión divertida—. Que pase una buena noche, señorita Grey.

—Gracias. —Salgo al pasillo—. Un momento… Ha dicho que había un par de cosas que quería discutir conmigo. ¿Cuál es la otra?

—Su novio. —Hace una pausa—. ¿Se acuesta con él?

¿Qué?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Solo era curiosidad. —Me mira de arriba abajo—. Nunca ha venido al trabajo con aspecto de bien follada o con pinta de haber tenido un arrebato de pasión, así que…

—¿Puedo preguntar lo mismo sobre su novia?

—No.

—Pues vale.

—Quiero decir que no, no me acuesto con ella. —Lo piensa un instante—. Supongo que, en realidad, no es mi novia… —Trago saliva. No tengo ni idea de qué responder a eso—. ¿Está enamorada de él? —pregunta, acercándose.

Silencio.

—Le veré el lunes, señor Reiss.

—Probablemente nos veamos mañana.

—Mañana es sábado.

—Tengo la sensación de que el director general va a enviar un correo dentro de unas horas sobre un trabajo urgente.

Pasa a mi lado sin decir nada más, y yo me quedo aquí plantada, confusa y excitada, como siempre.

Estoy tentada de ir a por él, pero entonces recuerdo que no me ha concedido las vacaciones por Navidad.

Que le den…

2 (B)

Park City, Utah

Unas noches más tarde

Georgia

—¡Vamos, Georgia! —Mi compañera de cuarto, Jessica, se sienta frente a mí —. Puedes salir a tomar una copa conmigo. Será menos de una hora…

—Si tuviera una hora extra, probablemente la usaría para desmayarme. —Suspiro—. Tengo que terminar esto antes de mañana.

Estoy sentada al fondo de una cafetería y tengo los dedos acalambrados por haber pasado la noche en vela tecleando.

—Deberías pedirles a los empleados que te instalen una ducha aquí —comenta—. Es para lo único que usas tu apartamento estos días.

—No me lo recuerdes.

—¿Aún planeas organizar una cena sorpresa para el cumpleaños de Dante?

—Por supuesto. —Abro el bolso y saco una cajita roja de regalo—. ¿Puedes dejar esto en la mesa del salón para él, por si tengo que reprogramarlo?

Me dedica una mirada que conozco muy bien: es la misma que solía dirigirle a mi hermana mayor cada vez que me daba una excusa para poner su trabajo por delante de su vida personal.

—Me debes una, Georgia. —Me abraza—. Te llamaré más tarde.

—Hasta luego. —Sale de la cafetería, y estiro mis dedos cansados.

Por la fuerza de la costumbre, abro Ejecutivo a la carta en mi teléfono.

En el momento en que tecleo mi nombre de usuario, la pantalla parpadea con dos palabras terribles.

«¡Cuenta cancelada!».

Ag.

Como si algo fuera a cambiar, pruebo con otro alias y ocurre lo mismo.

Estoy planteándome comprar otro teléfono cuando Mindy entra corriendo en la cafetería.

—¿Georgia? —Me localiza y corre hacia mi mesa—. ¿Por qué no has respondido a ninguno de mis mensajes esta noche?

Porque he bloqueado tu número.

—Hoy no he recibido ningún mensaje tuyo.

—El señor Reiss quiere que nos reunamos con él junto al árbol.

—¿Para qué?

—Sea lo que sea, seguro que es muy importante. —Me hace un gesto para que me levante—. Iremos juntas. No me fío de que vayas a ir si te dejo sola.

—No te culpo —susurro.

—Llevo en el coche un par de termos con café caliente para él, pero también quiere unos *bagels*. —Lo dice como si fuera un asunto de vida o muerte—. ¿Puedes pedir unos recién hechos?

—Dale esto. —Le tiro la bolsa que no he llegado a abrir.

—¿Qué? —Se pone la bolsa contra la mejilla y suelta un jadeo—. ¿En serio piensas que voy a llevarle *bagels* fríos a Dominic Reiss?

—Podemos usar las rejillas de ventilación del coche para calentarlos de camino.

Deja caer la bolsa al suelo y se va corriendo al mostrador para pedir otros.

Molesta por la nueva intromisión de Reiss Enterprise, estoy a punto de cerrar el portátil cuando se me ocurre una idea.

Busco entre mis contactos y localizo al primer «ejecutivo a la carta» que contraté: un chico que al final dejó la aplicación y montó su propio negocio.

—Servicios Tate McGuire —contesta al primer timbrazo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola… Esto…, soy Georgia. Me diste tu número de teléfono hace algún tiempo.

—Ah, ¡hola! Me acuerdo de ti. —Su voz suena como si estuviera sonriendo —. ¿Se las apañó tu jefe para quitar la pintura del parabrisas?

—Se compró un coche nuevo. —Sacudo la cabeza—. Oye, me preguntaba si tienes a alguien en tu equipo que pueda venir y se ponga a gritar durante una reunión que tenemos esta noche en el vestíbulo. No sé, que vaya gritando locuras hasta que nos veamos obligados a ponerle fin. Y si lo tienes, ¿cuánto costaría?

—Bueno, si quieres que le demos una buena paliza, son cinco mil. Si quieres que solo lo sacudamos un poco, lo suficiente como para que dé gracias de que no haya sido peor, son quinientos dólares.

—No, espera, solo quiero que venga alguien a boicotear la reunión.

—Te entiendo. Estamos hablando en clave, y «boicotear» significa «dar una paliza», ¿no?

—No, hablaba literalmente.

—Entonces, ¿dónde quieres que nos veamos después de darle una paliza a

ese tío?

—No quiero que le des una paliza a nadie. Solo quiero que montéis una distracción.

—¿Y si le pegamos de todos modos y nos pagas a plazos por el favor?

Cuelgo y me resigno a mi suerte.

3

Park City, Utah

Semanas después

Dominic

Al mirar por la ventanilla del asiento trasero veo a Dante, el novio de Georgia, colocando un cartel que dice *«Futuro multimillonario: pregúntame lo que quieras»* delante de la sede de mi empresa.

¿Qué demonios ve en este tipo?

Por lo que he averiguado sobre él, se gana la vida haciendo vídeos motivacionales en YouTube y vendiendo cursos *online* del tipo «Cómo ganar seis cifras en un mes».

Por si eso no fuera suficientemente cuestionable, lleva años utilizando la misma foto de perfil. Con el traje caqui descolorido y ese pelo corto pelirrojo a juego con la hortera corbata de cuadros, parece más un vendedor de coches usados que un aspirante a empresario.

Lleva unas semanas merodeando frente a mi edificio hasta muy tarde para llevar a Georgia a casa. También ha interrumpido todas mis reuniones con ella y ha hecho imposible que pasemos tiempo juntos.

Se me escapa algo…

—¿Has averiguado algo más sobre el señor Dante Harris, Walsh? —pregunto.

—Todavía lo estoy investigando, señor. —Me mira por el retrovisor—. Aunque he descubierto que hace poco ha registrado la frase «Joven multimillonario de por vida».

—Vaya. —Desearía no haber preguntado—. ¿Cómo conoció a Georgia?

—En una aplicación de citas, señor —responde—. Ya se lo había dicho.

—¿Y cuándo fue la última vez que tuvieron una cita de verdad?

—Ya hace bastante tiempo. El jefe de la señorita Grey ha hecho que le sea imposible tener citas, señor.

—Bien.

Suspira.

—¿De verdad el señor Worthy supone una amenaza para usted, señor?

—Desgraciadamente, sí.

—Entonces… —se da la vuelta para echarme una mirada, confuso— ¿tengo que sacarlo de las instalaciones?

—Déjeme pensarlo. —Dante coloca otro cartel: *«PREGÚNTAME CÓMO SALIR CON UNA MALOTA»,* y sacudo la cabeza.

No me apetece ser mezquino con él, así que dejaré pasar esta infracción.

Por ahora.

—Llévame a la entrada trasera, Walsh —le pido.

—Muy bien, señor.

Cojo el maletín, atravieso las puertas y un fresco aroma a pino me azota la cara.

Los pasillos están flanqueados por abetos de gran tamaño, iluminados con luces centelleantes y brillantes adornos plateados.

Lleno de curiosidad, voy a la sala de conferencias, donde espero cerrar por fin mi mayor negocio.

Casi se me resbala el maletín de los dedos del asombro.

La nieve falsa cae del techo sobre un inmenso paraíso invernal; relucientes trenes rojos y verdes circulan por las vías y hay carteles con indicaciones para llegar a distintos lugares con la temática obvia de Navidad:

«Taller de Papá Noel».

«Polo Norte».

«Bosque Encantado».

«La Finca invernal de Grace».

«Cafetería de los elfos».

—¡Vaya, hijo! —Mi padre me pone una mano en el hombro—. Esto es increíble. ¿A qué empresa has contratado?

—Lo ha hecho una de mis empleadas —respondo—. Georgia Grey.

Cuanto más miro su impresionante trabajo de decoración, más me doy cuenta de que no sé qué hace en una oficina: es demasiado creativa…

—Bueno, pásale mi contacto, a ver si puede hacerme un presupuesto para la fiesta que tu madre y yo vamos a dar en San Valentín.

—¿Por qué? Odias las fiestas.

—No, el que odia las fiestas eres tú, hijo. —Coge una galleta—. Y si esta

decoración es una pista, estoy deseando que llegue tu fiesta con Amy. ¿Georgia también se ha encargado de la comida?

—Sí, pero ella… Espera un momento. —Me cruzo de brazos—. ¿Qué fiesta con Amy?

—Las invitaciones eran preciosas. —Devora otra galleta—. Nunca había visto nada igual.

—Vas a tener que explicármelo —digo—. ¿De qué fiesta me hablas?

—De esta. —Saca un sobre reluciente de su bolsillo.

Lo abro y se despliega en seis secciones. En la última página hay una foto mía con Amy. Es una imagen retocada de nosotros besándonos bajo el muérdago entre copos de nieve.

«Dominic y Amy desean invitarlos a celebrar las fiestas en el hermoso País de las Maravillas Invernal.
Lugar de celebración: Reiss Enterprises, ala de conferencias.
Prepárense para disfrutar de la decoración navideña más mágica que jamás hayan visto».

—¿Cuándo has recibido esto? —pregunto.

—Esta mañana —responde—. Por eso he venido a toda prisa. Va a ser una fiesta de compromiso, ¿no?

Diablos, no.

—Debe de ser una broma de mi mejor amigo. —Le doy la vuelta a la invitación—. El otro día comentó algo de que estaba preparando una locura para sorprenderme.

—No lo creo, hijo. Bryan estaba tan fuera de juego como yo cuando lo he llamado. Estoy orgulloso de que por fin hayas sentado la cabeza. Amy es un partidazo.

—Para otro…

—¿Ese es el taller de Papá Noel? —Se adentra en el Bosque Encantado.

—¡Esto es aún más increíble que la semana pasada! —Amy entra en la sala —. Estoy más que impresionada.

—Yo estoy confundido. —Le tiendo la invitación—. ¿Qué es esto?

—Una sorpresa. —Me da un beso en la mejilla—. Como no te gustan las fiestas, quería hacer algo especial con nuestras familias para demostrarte lo loca que estoy por ti. Estamos destinados a estar juntos toda la vida, ¿verdad?

No contesto.

Si esto hubiera sido a principios de año, habría aceptado al instante y ya nos habríamos acostado en lugar de utilizarnos mutuamente para aparecer en público. De cara al mundo, ella y yo somos la pareja perfecta: despiadadamente

competitivos, decididos a superar a los demás y ambiciosos hasta la exageración.

Sin embargo, las cosas cambiaron entre la primavera y el verano pasados, y ya no le veo demasiado sentido a nuestro acuerdo.

—Deberías haber hablado de esto conmigo —digo.

—Bueno, perdóname, ¿vale? —Desliza los dedos por mi corbata—. Como has estado enclaustrado preparando el acuerdo, he supuesto que estabas demasiado ocupado para pensar siquiera en una fiesta.

—Exactamente. —Pongo los ojos en blanco—. Hay que cancelarla.

—Doscientas personas, incluida mi familia, ya han confirmado su asistencia.

—Falta un mes. Tienen tiempo de sobra para hacer otros planes.

—¿Cuál es el motivo?

—No necesito un motivo.

—¿Es por Georgia Grey?

—No.

—Pues lo parece. —Abarca la estancia con un gesto—. Y esto también lo parece.

—Acabo de decirte que ella no es el motivo.

—¿Cuánto tiempo has pasado trabajando con ella en este proyecto tan especial? —Me mira a los ojos—. No me mientas.

—Estoy convencido de que ya sabes la respuesta. Al fin y al cabo, te has «dejado caer por aquí» todos los días para vernos trabajar.

—Vale, está bien, hagamos un trato —dice—. Llamaré a todos personalmente y les diré que no vengan. Pero tú tienes que despedir a Georgia hoy mismo.

—¿Cómo dices?

—No he nacido ayer, Dominic. —Me fulmina con la mirada—. Te gusta y tú le gustas a ella, pero solo es un encaprichamiento y una distracción. Nosotros compartimos un pasado, y no deberías tirarlo por la borda por culpa de esa golfilla.

—Georgia no es ninguna «golfilla».

—¿Cómo lo sabes? ¿Te acuestas con ella?

—Ni siquiera la he tocado.

—Pero ¿quieres hacerlo?

—Lo que quiero es que canceles esta fiesta.

—Responde a mi pregunta, Dominic. —Entrecierra los ojos—. ¿Quieres acostarte con Georgia?

Silencio.

—¡Hijo, tienes que venir a ver esto! —exclama mi padre a lo lejos—. ¡Estos

duendecillos de madera me están preparando una taza de chocolate!

—Mira —Amy suaviza el tono—, sé cómo son los hombres ricos cuando se trata de compromiso, y sé que Georgia está por encima de la media en lo que se refiere a su aspecto. Es…, bueno, mona, supongo.

¿Mona? Es guapa de cojones.

No me molesto en decirlo en voz alta.

—De todos modos, ya es hora de que dejes de perder el tiempo y tomes una decisión —añade—. Llevamos «saliendo» una buena temporada y todos esperan que nos casemos pronto. Puedes quedarte con Georgia si quieres, pero será mejor que hagas lo correcto conmigo o vamos a tener un problema.

—¿Me estás amenazando, Amy?

—Claro que no, Dominic… Solo intento que comprendas que tu vida no va a ser la misma si no nos comprometemos pronto. —Da un paso atrás y, como una puñetera psicópata, se muestra alegre de golpe—. ¡Eso es increíble, señor Reiss! ¡Quiero ver esos duendecillos y ese chocolate!

Se adentra en el Bosque Encantado con mi padre, pero no me molesto en ir con ellos. *Ya lo veré más tarde.*

Contemplo uno de los trenes dorados que recorren la avenida Pan de Jengibre antes de dirigirme a mi oficina.

Al salir del ascensor, un tío vestido de rojo salta delante de mí.

—¡¿Qué pasa contigo, tío?! —exclama.

—¿«Tío»? —Enarco una ceja—. ¿Quién eres?

—El tipo al que abandonaste sin motivo. —Hace un mohín—. Pensé que teníamos algo especial…

—Me confundes con otra persona.

—Tío, hemos compartido un montón de mañanas memorables. Eran lo mejor de mis días.

—Voy a llamar a seguridad.

—Vale, quizá no te acuerdes porque hoy no llevo todo el conjunto. —Se aclara la garganta y se pone a rapear—. Odio trabajar para ti. Te odio a ti. Que le den a este trabajo, y que te den a ti también. —Baja la mano en la que fingía sostener un micrófono invisible—. ¿Te suena?

—Por desgracia…

—Confiaba en conservar el trabajo unas semanas más para poder comprar unos regalos de Navidad de última hora… —Se pasa una mano por el pelo—. ¿Qué te parece si actúo en la fiesta de Navidad? O podemos retomar nuestra rutina matinal…

—Prefiero pagarte cinco mil dólares para que no vuelvas a aparecer por aquí.

—¿Podrían ser diez mil? Uno de mis hijos se muere por tener una moto de

cross...

3 (B)

Park City, Utah

A la mañana siguiente

Dominic

—Señor Reiss, quiero que sepa que confío plenamente en usted y en el trabajo que lleva a cabo la empresa. —Mindy está en mi puerta y lleva una sudadera con la leyenda *«¡Mi jefe mola!»*.

Me lame tanto el culo que me da miedo que vaya a desgastármelo. Me arrepiento de haberles exigido a los de Recursos Humanos que contrataran a «un empleado incondicionalmente leal».

—Se lo agradezco, Mindy —acepto—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría saber por qué le ha dado una semana de vacaciones a Georgia Grey por Navidad cuando se pasa seis horas a la semana en Pinterest.

—Estoy convencido de que, en realidad, son al menos diez horas.

—Exacto. —Asiente—. También se queda dormida durante las reuniones y aún no ha hecho nada para dejar de ser becaria, así que ¿por qué iba a darle vacaciones?

—No lo haría, y no lo he hecho. —Me quito las gafas de leer—. ¿Alguna cosa más?

—Sí, hay mucho más, señor. Mucho más.

—Dígame.

Entra, cierra la puerta y se pone a pasear ante mi mesa murmurando para sí misma.

—¿Debería decirlo? ¿Es verdad? ¿Estaré siendo desleal?

—Mindy —me reclino en la silla—, ¿tengo que volver a llamar al psiquiatra?

—No. Bueno, mañana, a lo mejor. —Deja de pasearse y saca el teléfono—. No crea que intento acusarlo de mentiroso, pero antes me ha enviado esto. Sé que decía que no lo mencionara, pero no puedo evitar sentirme un poco traicionada…

Confundido, amplío la pantalla para ver el correo.

Asunto: *¿Puede guardar un secreto?*

Querida Mindy:

Como mi leal empleada, sé que puedo confiar en usted.

Así que, entre usted y yo, he decidido concederle vacaciones a Georgia Grey desde Nochebuena hasta Año Nuevo, ya que se ha esforzado mucho con la decoración navideña.

Mantenga esto en secreto y no lo comente con nadie, ni siquiera conmigo.

Gracias por su lealtad eterna.

Dominic Reiss

P. D.: Es usted la mejor empleada de la historia.

No sé si enfadarme o echarme a reír.

—¿Lo ve? —dice—. Quiero decir, le agradezco que me diga que soy la mejor, pero Georgia es la peor, así que esto no tiene ningún sentido.

—Ya me encargo yo, Mindy. —Le devuelvo el teléfono—. Dígale a la señorita Grey que venga a mi oficina, por favor.

—No puedo. —Se cruza de brazos—. También le ha dado libre esta semana.

—¿Que he hecho qué?

—Ese fue el primer correo que me envió. ¿No se acuerda?

—No. —Entrecierro los ojos—. Enséñemelo ahora mismo.

4

PARK CITY, UTAH

GEORGIA

Si llego a saber que los becarios séniors tenían acceso a la agenda personal y a las contraseñas del director general, haría meses que habría suplicado que me degradaran.

Por desgracia, ahora mismo estoy hasta las cejas de arbolitos de espuma de poliestireno que adornan el pasillo que lleva a mi salón, y me faltan tres crisantemos para montar la composición perfecta de pan de jengibre y calcetines.

También estoy un poco borracha y llena de remordimientos.

El año pasado por estas fechas tenía el trabajo de mis sueños en La Finca de Grace, un complejo turístico de seis estrellas en Colorado, propiedad de mi abuela, y estaba a punto de convertirme en la directora ejecutiva más joven de su historia. Bueno, al menos hasta que cometí un error imperdonable y ella me obligó a dimitir.

Aunque le rogué que cambiara de opinión, se negó. Dijo que yo aún no era *«lo bastante madura»* y que no entendía lo que era *«ser responsable en el trabajo»,* así que me largué a Utah, decidida a demostrar que podía ser tan madura y adicta al trabajo como mi hermana mayor, Savannah.

Mientras cuelgo en el árbol los adornos de Navidad que atesora mi familia, no puedo evitar suspirar. *A lo mejor mi abuela tenía razón*…

—¿Podemos darle la vuelta a alguno de los cascanueces que has puesto en el baño? —Jessica se acerca a la puerta—. Es como si estuvieran mirándome cuando meo, y me dan mal rollo.

—Solo tienen que estar ahí hasta que termine de montar las casas de pan de jengibre que van a servir de toalleros —explico—. Como mucho, serán un par de días.

—Vale, puedo soportarlo. —Se acerca a la estación de tren que hay junto a la chimenea—. ¿Este tren tiene que funcionar toda la noche?

—Sí. —Se me encoge el corazón en el pecho—. Así es.

—Pero ¿por qué? —Coge una de las señales de ferrocarril—. Quiero decir, vale, el traqueteo es algo relajante y es una de las cosas más cuquis que he

visto, pero…

—Pero ¿qué?

—Pero está todo el día dando vueltas por el apartamento y no se para jamás. No creo que a sus pequeños pasajeros les importe que solo funcione unas horas en lugar de todo el día, ¿no?

—Sí que les importa, así que olvídalo —siseo—. Estoy dispuesta a cambiar cualquier decoración salvo el puñetero tren.

—Vale, vale. —Levanta las manos en señal de rendición y coge el abrigo—. Volveré más tarde. Espero que entonces estés más tranquila, que yo también vivo aquí.

Cierra de un portazo, y me estremezco al sentir el ruido que casi hace vibrar las paredes.

Me acerco al tren y me aseguro de que los dos pasajeros del vagón de lujo, mis padres, siguen sentados con sus mejores galas; que mi madre tiene los guantes sobre el regazo y sonríe porque mi padre y ella se libraron de su destino final.

Preparo este tren todos los años para las fiestas sin falta, esté donde esté, y como si así pudiera cambiar el pasado, no lo apago hasta Año Nuevo.

Estoy buscando el pegamento cuando suena el teléfono: es mi abuela.

Miro fijamente la pantalla mientras vibra, indecisa entre contestar con un *«Dios mío, por favor, déjame volver a casa y trabajar de nuevo en el complejo»* o esperar a que salte el buzón de voz.

No tengo corazón para hacer esto último.

—Hola, abuela Hattie —respondo.

—Hola, Georgia Bee. —Su voz es tan cálida como un abrazo—. ¿Te pillo en mal momento?

—No, solo estaba poniendo los adornos.

—Seguro que es una decoración impresionante, como siempre. Mándame fotos.

—Lo haré —respondo—. ¿Has recibido mis correos sobre cómo quedaría mejor la decoración de las *suites* de lujo y del gran vestíbulo este año?

—Claro que sí. —Puedo sentir la sonrisa en su tono—. El personal ha estado poniendo en práctica tus sugerencias toda la semana. Pero te llamo por algo mucho más importante.

—Dime.

—Le he dicho que sí, y estoy muy orgullosa de ti.

—¿Eh? ¿Sí a qué? —pregunto—. O mejor aún: ¿a quién?

—Muy graciosa. —Ríe—. Estoy superemocionada por vosotros.

—¿Por qué no me dices de qué me estás hablando para que yo también me

emocione?

—De tu novio, cariño —responde—. Bueno, de tu prometido. Dante me ha llamado para pedirme tu mano.

¡¿Qué?!

—Esto… —Trago saliva e intento contener el impulso de preguntarle si no parecía borracho—. Esto es… toda una sorpresa.

—¡Y tanto que lo es! Y también significa que cuando estés lista para volver a donde tienes que estar, podemos hablar de que te conviertas en la directora ejecutiva de La Finca de Grace. —Hace una pausa—. Eres estupenda en cuestión de relaciones con los clientes, y no me imagino a nadie mejor para el puesto.

—¿Qué te ha dicho Dante exactamente?

—Pues que supo que eras la «elegida» apenas después de un par de citas —explica—. Y que está deseando venir en Navidad.

—A mí me dijo que quería acompañarme para vender una finca…

—Por lo que nos has contado de él, es un triunfador.

—Sí … —Echo un vistazo a la pila de libros de Dante que abarrotan el sofá: títulos con ínfulas de superventas y manuales de cómo aprender a ser jefe.

—Tu prima Taryn también me ha dicho que besa fenomenal.

—¿En serio, abuela? —Me arrepiento de haberlo mencionado alguna vez. La verdad es que Dante besa regular y que nuestra vida sexual es, cuando menos, inexistente. De pronto, rebobino la conversación—. Espera un momento… ¿Acabas de decir que estás dispuesta a nombrarme directora ejecutiva de La Finca de Grace?

—Ahora que por fin has aprendido a desarrollar tus habilidades, sí —dice, sonriente—. Sé que odias las sorpresas, así que, por favor, no le digas a Dante que te he contado lo de ese puesto. Estoy convencida de que sabías que iba a ofrecértelo.

No lo sabía.

—Gracias por el aviso, abuela. Te llamaré más tarde, ¿vale?

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Me dejo caer en el suelo y sacudo la cabeza. Puede ser que me haya pasado las últimas semanas viviendo en una realidad alternativa, pero tenía la impresión de que mi relación con Dante había llegado a un punto muerto. No hemos salido juntos desde hace una eternidad, y él ha estado demasiado ocupado apareciendo en todos los *podcast* del planeta.

Ni siquiera se ha fijado en cómo he decorado nuestro apartamento, y, cuando anoche le pregunté si quería beber ponche de huevo y jugar a *Verdad o reto,* me

preguntó: *«¿Tú crees que eso es algo que haría un aspirante a multimillonario?»*.

En mi desesperada necesidad de distracción, llamo a la primera persona que se me pasa por la cabeza.

No, espera.

Borra eso.

Llamo a la *segunda* persona que se me pasa por la cabeza.

—¡Hola, Georgia! —Savannah contesta al primer timbrazo.

—Oye, ¿tienes un segundo?

—Siempre tengo tiempo para ti. ¿Qué pasa?

—Necesito un consejo sobre hombres.

—¡Por supuesto! —exclama—. Se trata de Dante, ¿no?

—Sí…

—Bueno, la abuela Hattie ya me lo ha contado todo, así que, antes de que empieces, déjame decirte algo. —Hace una pausa—. Tienes que asegurarte de dejarlo todo listo antes de volver a casa. —*¿Qué?*—. He desarrollado una aplicación para organizar tareas con al menos tres semanas de anticipación. Además, deberías preguntarle a tu jefe si hay algo a mayores que puedas…

Cuelgo y llamo a la persona a la que, después de todo, debería haber llamado primero.

—¿Sí, señorita Grey? —Dominic responde al primer timbrazo.

—Creo que ha habido cierta confusión con mis vacaciones…

—Supongo que ha querido decir «fraude».

—La gente normal no deja las contraseñas de su correo en el escritorio…

—Ni entran en la oficina del jefe tras haberle robado las llaves al ingeniero de obras.

—Por eso usé una horquilla. —Me aclaro la garganta—. Quiero decir… Ay, creo que se está cortando la llamada… ¿Me ha escuchado?

—Todas y cada una de sus puñeteras palabras…

—Ay, bueno, eeeh… —Suspiro—. Siento haber falsificado mis vacaciones.

—¿De verdad?

—No, pero me gustaría incorporarme y terminar el trabajo que he dejado a medias, así que necesito acceso a una de las salas. ¿Puede decirle a seguridad que me deje entrar?

—Estoy pasando la noche aquí —responde—. Le dejaré entrar. ¿Quiere que le envíe un coche?

—Sí, por favor.

—¿Va a querer cenar?

—Sí.

—¿Va a decirme qué le pasa?

—Por favor, no me obligue…

—Vale, no lo haré —acepta—. La veré pronto.

Como no quiero que Dante se quede despierto esperándome, le envío un mensaje.

> ***Georgia:*** *Voy a quedarme a trabajar hasta tarde y dormiré en la oficina. Te llamaré mañana.*

Dominic me está esperando fuera cuando el conductor se detiene delante de las oficinas.

Me abre la puerta trasera y me coge la mano. Me echa su abrigo sobre los hombros y me conduce al interior del edificio.

Evito mirarlo mientras subimos en el ascensor, pero sé que está escudriñando todos mis gestos hasta que llegamos a su planta.

—¿Dónde quiere trabajar esta noche? —Me hace pasar a su opulento despacho—. ¿En mi antesala o en la sala de conferencias?

—Lo segundo, pero no puedo ponerme a trabajar.

—Pero si ese es el motivo por el que ha venido.

—Me he olvidado el portátil y las hojas de cálculo en casa.

Una sonrisa aparece en sus labios.

—Claro que sí, señorita Grey.

—Y estoy agotada porque me he pasado el día poniendo la decoración de Navidad.

—Qué cosas…

—Así que, si le parece bien, me echaré un ratito en uno de los sofás antes de ponerme a trabajar.

Se ríe y se acerca al armario de la ropa blanca.

—No sé por qué aguanto esta mierda…

Me quito los zapatos y me dejo caer en el gran sofá rojo con vistas al centro de la ciudad.

—¿Cómo está Amy?

—Perfectamente. —Me lanza un par de mantas—. Cree que me siento atraído por usted.

—Dígale que no es verdad.

—¿Por qué iba a mentir?

—Seguro que se siente atraído por un montón de mujeres, así que debe de estar acostumbrada. —Muevo la cabeza para esquivar una almohada que sale volando en mi dirección—. Si la veo, le comentaré que he dejado de intentar envenenarle, y que no tiene nada de qué preocuparse.

Espero a que se ría, pero me mira fijamente.

—¿Qué demonios haces trabajando aquí, Georgia? —dice, tuteándome.

—Tengo facturas que pagar, y me gusta estar lejos de la posibilidad de perder mi casa.

—Hablo en serio, Georgia. —Se acerca más—. ¿Qué haces desempeñando un trabajo de oficina?

—Era esto o una gasolinera —respondo—. A decir verdad, primero lo intenté en una gasolinera, pero me despidieron en cuanto se dieron cuenta de que no sabía una mierda de coches.

—Tomo nota —ríe—. Pero eres muy buena con la decoración y relacionándote con los clientes. Deberías dedicarte a eso.

—Eso pensaba yo… —me recuesto en los lujosos cojines del sofá—, pero, como ya te he dicho, me vi obligada a renunciar al cargo más alto de ese sector y todos los demás palidecen en comparación. No te ofendas.

—No pasa nada. —Parece como si quisiera decir algo más, pero se contiene.

Me ha preguntado a menudo por mi anterior trabajo, pero nunca me ha presionado para que le cuente más. A lo mejor se ha dado cuenta de que es un tema sensible.

—¿Dejarás de trabajar cuando seas multimillonario? —Cambio de tema.

—No; probablemente trabajaré diez veces más.

—¿Así que disfrutas de verdad cuando los ejecutivos te venden sus almas?

—Sí. —Creo que le ha hecho gracia—. Es lo que mejor se me da. Bueno, salvo una cosa…

—Pues no dejes que te entretenga ni un segundo más. —Me doy la vuelta, de cara al respaldo del sofá—. Descargaré las hojas de cálculo de la nube después de dormir un poco.

Cierro los ojos y oigo el sonido familiar al apagar la luz, pero sus pasos no recorren el pasillo como de costumbre. En lugar de eso, los cojines del sofá se mueven y él se tumba a mi lado. Siento su aliento en la nuca y su pene endureciéndose lentamente contra mi culo a medida que pasan los segundos, pero sus manos no me tocan.

Debería irme, pero me gusta tenerlo cerca. Hacía tiempo que no me sentía tan cómoda con alguien.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —susurro.

—Por supuesto.

—Hipotéticamente, si yo no tuviera pareja y tú tampoco…

—Ahora mismo no estaríamos hablando ni durmiendo juntos.

—¿Así que quieres añadirme a la larga lista de mujeres con las que te has acostado en tu despacho?

—Serías la primera. —Me da un beso en el cuello—. Duérmete.

5

Park City, Utah

Dos semanas antes de Navidad

Dominic

Asunto: *Nominación del empleado del mes*

Señor Reiss:
Como ya sabrá, me enorgullece elegir al empleado del mes, ya que siempre me concede una bonificación muy merecida (aunque me gustaría un reconocimiento público, entiendo que no puede ser).

De todos modos, no me puedo creer que vaya a decir esto, pero noviembre ha sido, sin duda, el mes de Georgia Grey.

Ha trabajado desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche todos los días. Ha ido más allá de lo que yo creía posible.

Aunque de ninguna manera puede hacer desaparecer su terrible historial de todos los meses anteriores y sigue siendo la peor compañera de trabajo que he tenido.

Atentamente

Mindy

P. D.: Me encantan los nuevos trajes de Armani que lleva. Le quedan increíbles, señor.

6

Park City, Utah

Nochebuena

Georgia

Las maletas para irme a Colorado Springs están esperándome en la cocina, perfectamente cerradas y organizadas, y desprovistas de cualquier cosa que me recuerde el trabajo de oficina o este capítulo de mi vida que estoy deseando cerrar.

No quiero nada que me haga pensar en el trabajo mientras celebro las fiestas, y, sin embargo, en lugar de ir corriendo al aeropuerto con Dante, estoy perdiendo el tiempo en la oficina.

Tal vez sea porque intento posponer la inevitable conversación con él sobre que no estoy preparada para casarme. Solo quiero que diga lo que tiene que decir y quizá, y solo quizá, podamos volver a empezar sin que mi trabajo se interponga entre nosotros.

Mientras reorganizo las carpetas en el archivador, me envía un mensaje.

Dante: *¿Hoy también trabajas hasta tarde?*

> ***Georgia:*** *No hasta tan tarde como de costumbre. Llegaré a tiempo para coger el vuelo a Colorado esta noche. Tengo que hablar contigo.*

Dante: *Yo también. La entrevista del* podcast *sobre negocios acabará en un par de horas. ¿Hablamos entonces?*

> ***Georgia:*** *Perfecto.*

—¿Señorita Grey? —De pronto, Dominic se acerca un paso a mí por la espalda, pero no me doy la vuelta. El aroma embriagador de su colonia me deja sin palabras y, después de haber pasado tanto tiempo con él las seis últimas semanas, necesito un segundo antes de mirarlo a la cara—. ¿Señorita Grey? —Se aclara la garganta—. ¿Puede oírme?

—Sí.

—En ese caso, ¿podría darse la vuelta?

—Puedo oírle igual. ¿Qué quiere?

No dice nada durante varios segundos; me doy la vuelta lentamente y detesto que hoy tenga tan buen aspecto. Lleva desabrochados los botones superiores de la camisa blanca y en sus labios se dibuja una leve sonrisa.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

—Sí. —Recorre la distancia que nos separa y sus labios quedan demasiado cerca de los míos—. Puedes ayudarme con varias cosas.

—He terminado con todas mis tareas.

—No he venido por eso. —Apoya las manos contra la pared, sobre mi cabeza, enjaulando mi cuerpo con el suyo—. Pensaba que te ibas a casa a pasar las fiestas.

—Me iré en breve. —Echo un vistazo a su pecho descubierto e inmediatamente deseo no haberlo hecho. Este lugar se me hace demasiado pequeño para los dos.

—Quería comentarte algo importante —dice—. Algo que he querido discutir contigo desde hace mucho tiempo.

—Bueno, sea lo que sea, ¿no puede esperar hasta después de Navidad?

—¿Quieres decir mañana?

—No. —Sacudo la cabeza—. Tengo que coger un vuelo esta noche. No regresaré hasta la semana que viene.

Parpadea varias veces y repite *«la semana que viene»* como si intentara entender el significado de esas palabras.

—Juraría que te había dicho que no iba a darte vacaciones por Navidad. ¿No fue así?

—Recuerdo vagamente esa desafortunada conversación.

—¿Tengo que ir a buscar un diccionario y leerte la definición del término?

—Llevo dos semanas de adelanto en mi trabajo y acaban de nombrarme empleada del mes de noviembre. No veo por qué tengo que quedarme.

—Porque tu jefe te lo ha ordenado.

—Mi jefe tiene tendencia a ser un gilipollas, y no creo que le importe lo que es mejor para mí.

—Te garantizo que sí.

—Dime cómo.

—Prefiero enseñártelo. —Me pasa una mano por el cuello y me acerca a él para darme un beso que me deja jadeando.

Joder…

Cierro los ojos cuando su lengua danza con la mía.

—Quiero que abras más la boca para mí —susurra.

Obedezco y desliza su lengua hasta el fondo. Mis pezones se endurecen bajo

el sujetador y todas las sinapsis de mi cerebro me suplican que le deje llegar tan lejos como quiera.

Embelesada, deslizo una mano entre nosotros bajo la hebilla de su cinturón, justo hacia su cremallera.

Gime, y siento cómo su pene reacciona a través de la tela del pantalón.

—Desabróchamelo —susurra, y yo paso los dedos por la hebilla metálica.

Me aparto un poco para intentar abrirla, pero Dominic me acerca de nuevo a su cuerpo y me besa con más ganas.

Estoy fascinada por lo dominante que es, por lo fácil que puede controlarme con nada más que su boca.

—Te quiero dentro de mí —murmuro.

—Yo también quiero eso. —Me aparta la mano y se desabrocha los pantalones con facilidad—. Sácala para que podamos hacer realidad ese deseo…

Trazo el borde de sus calzoncillos con los dedos, pero, de golpe, me doy de bruces con la realidad.

¿Qué puñetas estoy haciendo?

Le doy un empujón con todas mis fuerzas para apartarlo de mí y él me mira fijamente.

—Yo… tengo novio. —Sacudo la cabeza—. Y tú tienes a Amy.

—Justo de eso quería hablarte.

—Eres mi jefe.

—Y también tenemos que hablar de eso. —Da un paso adelante como si fuera a besarme de nuevo, pero me muevo a la izquierda y abro la puerta.

—Lo siento, no puedo. —Salgo de la oficina, bajo a trompicones por la escalera de emergencia y llamo al primer taxi que se cruza en mi camino.

Mientras me deslizo en el asiento trasero, me hormiguean los labios, como suplicándome que regrese y lo intente de nuevo, pero resisto la tentación.

—¿Puede llevarme a Montrose, por favor? —le pido al conductor.

—Enseguida, señorita.

Hago todo lo posible por no pensar en lo que acaba de pasar en el despacho, pero es inútil.

¿Por qué demonios me he alejado de él?

Cuando el conductor se detiene en mi calle, el teléfono suena para anunciar un nuevo mensaje del señor Reiss.

Dominic: *Vuelve a la oficina, Georgia.*

Dominic: *No hemos acabado de hablar.*

Ignoro los mensajes, pago el taxi con la tarjeta y salgo a la calle nevada.

Busco las llaves y abro la puerta principal.

El sonido de mi tren infinito me da la bienvenida, pero percibo algo más: una respiración trabajosa y unos gemidos.

Confundida, suelto las maletas y entro en el salón.

Dante está encima de Jessica, mirándola a los ojos mientras follan en el sofá. De pronto, él gira la cabeza hacia mí y abre los ojos de par en par.

—Mierda. —Se levanta de un salto y se pone la sudadera—. Me habías dicho que te quedabas trabajando hasta tarde.

Los miro a las dos sin saber qué decir. Cojo las bragas rojas de encaje del suelo y se las tiro a Jessica.

—Supongo que debería haberme quedado en el trabajo. —Son las únicas palabras que consigo hilvanar.

Dante se pasa una mano por el pelo y le tiende la camisa a Jessica.

—Puedo explicarlo —dice—. Te prometo que hay una explicación.

—¿Cómo puedes pedirle mi mano a la abuela mientras te acuestas con mi compañera de piso? —protesto—. ¿Cómo has podido?

—Porque no quería llamar a tu abuela —responde—. Quería llamar a la de Jessica, pero marqué el número de la señorita Hattie por costumbre e intenté ahorrarte la vergüenza.

—¿Por costumbre?

—No sé cómo, consiguió mi número de teléfono, y me ha estado llamando todos los fines de semana para ver cómo estabas. —Se encoge de hombros—. Fue una cagada, pero, créeme, me costó la vida misma no decirle te has pasado el último mes acostándote con tu jefe en vez de conmigo.

—Nunca me he acostado con mi jefe, Dante.

—Pero quieres hacerlo, ¿no es así?

—No.

—No sé cómo empezó todo esto —interrumpe Jessica—. Estábamos bebiendo mientras jugábamos a algo y…

—¿Y entonces su polla acabó dentro de ti? —pregunto.

—No le mientas. —Dante le da un beso a Jessica en la mejilla—. Estas semanas en las que no has estado nos hemos ido acercando, y al final me he dado cuenta de que es más mi novia de lo que tú lo has sido jamás. Además, llevamos meses sin acostarnos, Georgia —continúa—. Tampoco es como si lo estuviera haciendo con las dos.

—La verdad es que estoy enamorada de él —murmura Jessica, evitando mi mirada—. Nos vamos a vivir juntos, y queríamos decírtelo antes, pero…

—… llevas dos meses seguidos trabajando hasta tarde todos los putos días y

no hemos tenido tiempo —termina Dante por ella—. Pero, ahora que estás aquí, apuesto a que ni siquiera te has dado cuenta de que nos llevamos nuestras cosas la semana pasada, ¿eh? —Trago saliva. No puedo responder a eso porque no, no me había dado cuenta—. Lo que yo decía… —Eleva la mirada al techo y ayuda a Jessica a ponerse el abrigo.

—Pero eso no quiere decir que lo que habéis hecho esté bien —me las apaño para decir—. Creía que éramos amigas, Jessica. Sabes mejor que nadie cuánto odio mi trabajo y lo mucho que me he esforzado por poner en orden mi vida.

Jessica suspira y coge su bolso.

—¿Sabes cuántas veces hemos hablado tú y yo en noviembre? Puedes añadir las primeras semanas de este mes a ese cálculo si quieres.

—El número no importa. —Sacudo la cabeza—. Nunca me acostaría con tu novio y nunca traicionaría a una amiga que solo intenta superarse en el trabajo.

—Corta el rollo, Georgia —se burla Dante—. Solo conservas el trabajo porque tu jefe quiere follar contigo.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. —Se acerca—. Eres malísima en el trabajo, y todos en ese edificio, incluida tú, lo saben. Solo sigues ahí por compasión y porque probablemente tú también quieres acostarte con él. —Lo fulmino con la mirada y él esboza una fría sonrisa—. Gracias por ahorrarme la incómoda conversación de «no voy a ir a casa contigo»—. Es mejor que tú misma llames a tu abuela y le digas que no eres digna de un futuro empresario multimillonario como yo.

Pongo los ojos en blanco cuando los dos pasan a mi lado. Cierran la puerta con tanta fuerza que tiembla el apartamento entero.

Minutos después, llaman al timbre. Imagino que se han olvidado de algo y dudo un buen rato antes de abrir.

Pero no son ellos. Es Dominic.

—¿Vas a dejarme pasar? —pregunta.

—No. —Sacudo la cabeza—. No es un buen momento, y técnicamente estoy fuera del horario de trabajo.

—No, no lo estás.

—Puedes discutir con mi puerta cuando la cierre. —Se me quiebra la voz—. Hoy no soy capaz de aguantar más malas noticias.

—Pues siento ser la persona que te anuncie otra. —Saca un sobre del bolsillo de su abrigo y me lo tiende.

—¿Qué es esto?

—Tu carta de despido —responde—. Estás oficialmente despedida.

—¿Qué?

—No me has concedido la oportunidad de acabar de hablar contigo en la oficina, y prefería darte la noticia en persona.

Me quedo con la boca abierta y, como el perfecto gilipollas que es, se acerca a mí y me cierra los labios con suavidad.

—He pedido que vacíen tu mesa, pero puedes pasarte cuando quieras para asegurarte de que lo han guardado todo —dice—. Ah, y antes de que lo preguntes, sí, recibirás una generosa indemnización.

—¿Me estás despidiendo porque me has besado en la oficina y yo no te he devuelto el beso?

—En primer lugar, claro que me has devuelto el beso. En segundo lugar, no, esto lleva tiempo fraguándose y es lo mejor para ti.

—Entonces, ¿vas a despedirme en Nochebuena?

—¿Prefieres que lo haga en Navidad?

—Preferiría que no me despidieras.

—En ese caso, deberías haber sido mejor empleada. —Hace una pausa—. Antes de noviembre, quiero decir.

Espero a que me diga que es una broma cruel, pero está muy serio.

—Muchas gracias, señor Reiss. —Doy un paso atrás—. Le agradezco que haya venido a despedirme personalmente minutos después de haber intentado follar conmigo en su despacho.

—De nada, señorita Grey —responde—. Aunque me gustaría acabar nuestra conversación.

—Que te jodan. —Retrocedo—. Se acabó.

—Georgia…

—Me alegro tanto de no haber cruzado nunca la línea contigo… —espeto —. Habría sido un error aún mayor que salir con un infiel como Dante.

Él entrecierra los ojos.

—¿Perdona?

—Lo que has oído. —Me encojo de hombros.

Le cierro la puerta en las narices antes de que pueda responder, e ignoro los golpes incesantes que vienen justo después.

No sé por qué, pero su despido me parece mucho peor que lo de Dante y Jessica.

Horas después me meto en un taxi y contengo las lágrimas mientras escribo un mensaje en el chat de grupo de mi familia.

Georgia: *De camino a casa y deseando pasar la Navidad con todos vosotros.*

Abuela Hattie: *A nosotros también nos hace ilusión verte. Y estamos impacientes por conocer a Dante.*

Prima Taryn: *¡Espero que sea tan sexy como su nombre!*

Savannah: *¡La abuela está en este chat, Taryn!*

Prima Taryn: *Entonces, ¿solo podemos hablar de sexo en el chat de los primos? ¿Esa es la norma? (¿Podemos discutir si el prometido de Georgia está bueno o no?).*

No tengo el valor de decirles que regreso sola a casa o que me acaban de despedir.

Lo único que sé es que Utah y el mundo empresarial se han acabado, y que estas van a ser las peores Navidades de mi vida.

Lo digo en serio…

7

Seis meses después

Chat de grupo

Georgia

Prima Taryn: *¡Joder! ¿Visteis el enorme ramo de lirios y rosas que Dante le envió a Georgia la semana pasada? Eso… era… ¡¡¡¡inmenso!!!!*

Savannah:*¡No, pero he visto las fotos! Era impresionante, Georgia. No podía dejar de mirarlas.*

Georgia: *Gracias.* ❤️
Creo que a Dante le gusto mucho…

Prima Taryn: *Quieres decir que te quiere. Te envía una postal manuscrita siempre que se va de viaje de negocios y te llama todas las noches. Os he oído hablar durante horas cuando vengo de visita.*
Me parece muy bonito que haya estado esperando para pedirte matrimonio delante de tu familia desde esa reunión urgente del año pasado.

Savannah: *Es superbonito. Le diré a mi prometido que hable con él para que le dé algunos consejos.*

Abuela Hattie: *¡Deberías ver lo que le envió al complejo la semana pasada! .mp4.video.*

Savannah: *¡¡¡¡Oh, dios mío!!!! ¿Cómo consiguió que hicieran esa tarta de la Torre Eiffel?*

Prima Taryn: *Le habrás dicho que tiene que venir estas Navidades, ¿verdad? ¡Ya han pasado seis meses!*

Georgia: *¿Tanto? Vaya, el tiempo vuela…*

Dejo una nota en la agenda para recordarme el día de diciembre en que Dante morirá en un trágico y extraño accidente de parapente; así se olvidarán de su existencia y podré dejar de gastar toneladas de dinero en este paripé.

8

Colorado Springs, Colorado

Cinco meses y medio después (este año, tres semanas antes de Navidad…)

Georgia

Mi madre solía decir: *«Rinde siempre al máximo, tengas el trabajo que tengas».*

Mientras que mi hermana creía en ese consejo y lo aplicaba en su vida, yo me conformaba con utilizar en su lugar la enmienda de mi padre: *«Encuentra un trabajo que te guste y no trabajarás ni un solo día en tu vida».*

Tengo las palabras de los dos grabadas en un medallón, y jugueteo con él entre mis dedos al subirme a uno de los carritos de La Finca de Grace.

Cuando llego al albergue principal, entro en el vestíbulo y me envuelve el familiar aroma balsámico del pino.

Esta va a ser la mejor Navidad de mi vida.

—Su cita está aguardándola en el vestíbulo, señorita Grey.

—¿Con quién estoy citada?

—Con la otra señorita Grey.

Confundida, la sigo hasta el vestíbulo y veo a Savannah.

—No tienes por qué concertar una cita para hablar conmigo —digo—. Basta con que me llames.

—Es sobre mi boda.

—¿Qué pasa con tu boda?

—Quería darte la lista completa de invitaciones. —Me pasa una caja llena de carpetas—. Las he codificado por colores, he incluido pestañas para las notas y he clasificado las empresas según el número de reseñas.

—No entiendo por qué me has pedido que organice la boda si ya has hecho todo eso.

—Solo he investigado —replica—. Tú tienes mejor ojo para los aspectos prácticos. Además, he pensado que, como la fecha está a la vuelta de la esquina, te vendría bien un poco de ayuda.

—Tu boda no es hasta dentro de dos años, Savannah.

—¿Eso quiere decir que ya has empezado a considerar cuál es la mejor forma

de colocar los asientos para que queden bien en las fotos?

—Lo que estoy considerando es hacerme una prueba de ADN para ver si de verdad somos familia.

—¿Eso es un sí o un no, Georgia?

No digas que no, no te atrevas a decir que no…

Su prometido, Garrett, entra de repente en el vestíbulo y viene hacia nosotras.

—¿Qué hacéis? —pregunta.

—Estaba agradeciendo al universo que mi hermana te tenga en su vida —contesto—. Y, ay, mira. —Señalo la rama verde y blanca que cuelga sobre ellos —. ¡Muérdago! A lo mejor si la besas se vuelve normal y puede disfrutar de las vacaciones.

La besa en los labios, pero, en lugar de llevársela, le muestra el maletín que tiene en la mano.

—Como tenemos planeado sacar adelante un montón de trabajo mientras estemos aquí, he conseguido otro ordenador —explica—. ¿Has traído los archivos de Cannon?

—Sí, y también los de Parish, que ya casi estamos a mitad de camino con ellos.

—Vale, me rindo. —Doy un paso atrás—. Sois oficialmente una causa perdida.

Me marcho de ahí antes de contagiarme de su toxicidad empresarial.

Cuando voy camino de la recepción me asalta mi prima Taryn.

—Tu prometido es el tío más cuqui del mundo. —Taryn me muestra unas flores y una caja envuelta en papel de regalo—. Ábrela.

—Ya lo haré después.

—¿No quieres saber lo que es?

—Ya sé lo que es.

—¿Cómo puedes saberlo?

Porque me lo he enviado yo.

—Lo conozco muy bien.

—Pero yo no, así que ábrela.

—Es otro dije de diamantes para la pulsera que me regaló. —Finjo una sonrisa—. Me envía uno todos los meses, ¿recuerdas?

—Ay, sí. —Se queda mirando la caja—. ¿Sabes qué? Voy a hacer un *unboxing* en directo y a colgarlo en todas mis cuentas en las redes sociales y luego te lo devuelvo, ¿vale? —Antes de que se me ocurra detenerla ha llegado a mitad del pasillo.

Suspirando, hojeo los últimos números de las revistas a las que estoy suscrita

y me freno en seco al llegar a *GQ: Business Edition*.

Bajo el titular *«Este es el mundo del señor Reiss y todos vivimos en él»,* Dominic me mira fijamente con sus ojos azul marino y su típica sonrisa.

Lleva un traje negro a medida y una corbata roja de seda, y recuerdo todas las ocasiones en las que estuvimos juntos en la oficina. Durante todo ese tiempo, tuve un montón de oportunidades que no llegué a aprovechar.

Paso las páginas hasta llegar a su entrevista, en la que no me entero de nada que no supiera ya… hasta llegar a la última línea.

> *«Siguen los rumores sobre su novia, Amy Prescott. Nuestras fuentes dicen que se prometerán en cualquier momento».*

Una punzada de celos se me clava en el pecho y busco su nombre en Google.

Sé que no es nada mío, que nunca hemos estado saliendo, pero, de algún modo, me siento como si hubiera tenido que hablarme de ello.

Está claro que su negocio prospera sin mí, sobre todo porque mi sustituta es una licenciada en Harvard a la que le encanta su trabajo. Aun así, La Finca de Grace recibió hace poco su primer premio triple diamante a la hospitalidad conmigo al timón, así que prefiero pensar que me va mucho mejor que a él desde nuestra «ruptura».

Él no es tuyo, Georgia. Nunca ha sido tuyo.

Prefiero pensar en otra cosa, pero antes de darme cuenta estoy llamando a la línea vip de atención al cliente de Reiss Enterprises. Es un número privado al que solo tienen acceso los mejores clientes, y todas las quejas se envían directamente a los accionistas cuando llega la hora de revisar el trabajo del director general.

Es mezquino, pero se lo merece por haberme despedido. O así es como intento justificarme siempre que hago una llamada como esta, algo que ocurre al menos dos veces al mes.

—Gracias por llamar a nuestra línea directa de Reiss Enterprises —responde una voz suave—. En una escala de una a diez estrellas, en la que diez estrellas es la puntuación más alta, ¿cómo calificaría su interacción más reciente con nosotros?

—Una estrella en todo.

—¡¿En todo?! —exclama la mujer.

—Sí, en todo.

—Eeeh, bueno… —Hace una pausa—. ¿Cómo podemos solucionarlo?

—Me gustaría dejar un par de comentarios sobre el director general.

—Vamos a hacer una cosa, señorita —dice—. Le paso ahora mismo con su

línea privada para que le deje un mensaje.

—Perfecto.

Una suave música navideña suena a través del teléfono, y, mientras espero, abro mis tableros de Pinterest.

—Hola, Georgia. —La profunda voz de Dominic interrumpe *Jingle Bell Rock,* y me pilla desprevenida.

—No soy yo —respondo—. Soy otra persona.

—En ese caso, hola, otra persona. —Puedo sentir la sonrisa en su voz.

—Hola, señor.

—¿Quiere añadir algo sobre su valoración de una estrella?

—Sí. El director general de su empresa es un asco y debería usted dimitir antes de las vacaciones para que dicho director no tenga la oportunidad de destrozarle la vida.

—Gracias por su comentario, señorita. Se lo agradezco.

—No me dé las gracias.

—¿Cómo te va este mes? —pregunta con voz grave.

—Aún no he terminado de darle un repaso al director general.

—Asumiré que es un comentario tan ingenioso como todos los que has dejado hasta ahora.

—Esta vez pensaba quejarme de algo diferente.

Suelta una carcajada que me provoca un nudo en el estómago.

—Me alegro de tener noticias tuyas —comenta—. He llegado a pensar que habías pasado página y te habías olvidado de mí. Estaba a punto de llamarte para ver si era así.

—No sé de qué me hablas.

—Me llamas dos veces al mes para charlar, y yo te llamo tres veces, pero no me coges el teléfono jamás y me mandas un mensaje…

—No me suena de nada.

—Me va bastante bien, por cierto. —Cambia de tema—. Gracias por preguntar.

—De nada. —Tamborileo sobre la pantalla—. Bueno, tengo una tarde muy movidita, así que voy a dejar que vuelvas a tus asuntos.

—Espera —me detiene—. Llevo desde el año pasado queriendo preguntarte algo.

—Sí, fui yo la que robó el material de oficina cuando me despediste.

—Ya lo sabía.

—En ese caso, sí, te odio.

—Entonces, ¿por qué sigues llamándome?

—Supongo que porque un día de estos espero encontrarme con un mensaje

que diga que el karma por fin te la ha devuelto y has muerto inesperadamente.

—Ajá —ríe—. ¿Eso es lo que sientes por mí de verdad?

—No siento nada por ti.

—Creo que te gusta oír el sonido de mi voz —insiste—. Y creo que me echas de menos.

—Te aseguro que no.

—Si te sirve de algo, a mí también me gustaría verte en persona —reconoce —. Puedo enviar un *jet* a buscarte. Tenemos asuntos pendientes que resolver.

—Creo que me confundes con Amy.

—De eso nada. Sé muy bien cuáles son las diferencias entre vosotras.

—Sí, sales con una y acosas a la otra.

Su risa me acelera el corazón.

—Sea lo que sea lo que has estado leyendo sobre mí, por favor, para.

—Dile que dejaré de llamar a tu línea cuando lo hagas oficial.

—No voy a hablar contigo de eso. Si te enviara un *jet* esta noche, ¿lo cogerías?

Cuelgo antes de permitirme siquiera considerar la idea.

9

PARK CITY, UTAH

DOMINIC

Dominic: *¿Cuándo van a acabar de decorar las oficinas?*

Mindy: *Hoy, señor.*

Dominic: *Eso mismo dijo usted ayer.*

Mindy: *Sí, bueno, como alguien que está con usted a muerte (¿recuerda?), puedo asegurarle que será hoy. El equipo que ha contratado estará encantado de mostrarle el resultado final esta mañana.*

Después de que Georgia dejara a todo el mundo boquiabierto con la decoración del año pasado, no podía arriesgarme a no repetir la experiencia esta temporada.

Entro en el edificio principal y veo un único árbol blanco en el vestíbulo: un abeto de cuatro metros de altura con relucientes adornos dorados que, al parecer, cuestan cien dólares cada uno.

Antes de que pueda preguntar dónde está lo que falta, aparece un hombre vestido de esmoquin y me da una piruleta con forma de muñeco de nieve.

—Aquí tiene, señor —dice—. Gracias por contratar a Prescott y Lane para traer la Navidad a su empresa este año.

—Gracias por aceptar el encargo.

Me guía por los pasillos sin árboles. Los únicos signos de las fiestas son los escasos copos de nieve brillantes que cuelgan del techo.

—Bien, uno, dos… —abre las puertas—, ¡tres! ¿Qué le parece, señor?

—Creo que me ha traído a la sala equivocada. —Parpadeo varias veces—. O eso espero, al menos.

—¿Qué quiere decir?

—No entiendo por qué he pagado medio millón de dólares. —La mitad de la sala está vacía—. ¿Dónde están la tienda de Papá Noel y los duendecillos sirviendo tazas de chocolate? —Los miembros del equipo intercambian miradas confusas—. Esto parece hecho por un grupo de estudiantes de

secundaria.

—De eso nada. —El hombre entrecierra los ojos—. Aquí hay drones, un paisaje nevado de seis metros y un tren de verdad. Si quiere más árboles y guirnaldas, podemos añadirlos, pero esto es Navidad, señor. Este es el «Déjenlos boquiabiertos» que nos ha pedido.

Reprimo un suspiro.

—Haré que mi ayudante, Mindy, les pase unas notas con ideas.

Sonríen y siguen hablándome de todo lo que no hay, y yo finjo interés hasta que llega la hora de que se vayan.

Cuando llego a mi despacho dejo a un lado las interminables solicitudes de entrevistas y abro la cuenta de Pinterest de Georgia. La usa como un blog personal, y llevo siguiéndola desde que se fue; incluso he comprado algunas cosas por si alguna vez acepta la oferta de venir a verme.

Estoy echándole un vistazo al tablón *«Cosas que me gustaría que mi madre y yo hubiéramos hecho»* cuando suena mi teléfono.

—Un responsable de Cartier por la línea uno, señor —anuncia la recepcionista—, ¿se lo paso?

—Adelante.

—Buenas tardes, señor Reiss —saluda una mujer—. Estaba leyendo la prensa rosa y me he acordado de que tengo apartados varios modelos de anillos para usted y su prometida con una nota que dice «Más vale que hagas lo correcto». ¿Quiere que alguien vaya a mostrarle los modelos en persona para pueda elegir uno?

—¿Perdón?

—Amy Prescott, señor —aclara—. No se preocupe. Le guardaremos el secreto.

—Gracias. —Me levanto—. Iré ahora mismo a encargarme de ese asunto.

9 (B)

Colorado Springs, Colorado

Georgia

Las llamas de la chimenea alejan el frío que ha traído la nevada de esta noche invernal, y los huéspedes ríen y toman en el bar chocolate caliente con *s'mores*.

La velada es el comienzo perfecto de la temporada navideña en nuestro complejo hotelero.

Bueno, casi perfecto…

—¿Qué quieres decir con que «no crees» que vayas a venir a trabajar esta semana, Rita? —Miro fijamente a la encargada de recepción, la mujer que creía que adoraba este lugar tanto como yo.

—Pues lo que he dicho: voy a estar enferma.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. —Tose—. Hay un virus muy contagioso rondando por ahí.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues mejórate pronto cuando te pongas enferma de verdad.

—¡Gracias, Georgia!

Paso por detrás de la recepción y preparo el cambio de turno, y oigo una risa familiar que reconocería en cualquier parte.

Levanto la vista y veo a Dante mirándome fijamente.

—Cuánto tiempo sin verte, Georgia Grey. —La misma sonrisa exasperante de siempre—. ¿Qué tal estás?

—¿Y a ti qué te importa?

—Claro que me importa. —Se echa hacia delante—. Tenemos un pasado.

—Uno que no vale la pena recordar.

—Ahí quería yo llegar —dice—. Esperaba encontrarte triste, desamparada y sola, pero no parece ser el caso.

—¿Qué haces aquí? —pregunto—. No aceptamos dinero del Monopoly.

—He hecho una reserva.

—¿Para cenar en uno de los restaurantes?

—Qué simpática. —Me mira de arriba abajo—. He reservado para una semana una de las mejores *suites* del complejo. —Antes de que pueda responderle que no me lo creo, saca del bolsillo una caja de terciopelo rojo y la

abre de un tirón—. ¿Qué te parece?

Un diamante en forma de corazón brilla bajo la luz, y las palabras, en cursiva, «*Dante y Vanessa para siempre*» me miran fijamente.

—¿«Vanessa»? —leo—. ¿Qué pasó con Jessica?

—Conocí a alguien mejor. Alguien que valora de verdad lo que supone salir con un hombre como yo.

—En otras palabras: has engañado a otra.

—No puedes engañar a alguien que no te quiere. Además, necesito una mujer que crea en el estilo de vida que intento llevar.

—Es una forma muy elegante de decir que sigues en paro.

—Soy empresario.

—¿Ganas dinero?

—Eso no es de tu puñetera incumbencia. —Me fulmina con la mirada y yo se la sostengo sin dejarme impresionar.

—¡Es un anillo precioso, señor! —La abuela Hattie se acerca a nosotros—. ¿Planea declararse durante su estancia?

—Así es —sonríe Dante.

—Bueno, aquí hay un montón de rincones románticos. Me encantaría ayudarle a encontrar el lugar perfecto —se ofrece mi abuela.

—Sería estupendo. —No aparta la vista de mí—. Le tomaré la palabra cuando termine con la encantadora señorita Grey.

—Pronto será señora. —Ella esboza una sonrisa—. Enséñale el regalo de compromiso que Dante te ha enviado esta mañana, Georgia.

—No, eeeh… —Me arden las mejillas—. No me gusta llevarlo en el trabajo. Además, estoy convencida de que a este señor no le interesa.

—Me encantaría verlo —replica Dante.

—Mire. —Mi abuela va detrás del mostrador, abre el cajón y saca el collar de dijes—. Desde que están manteniendo una relación a distancia, él le regala un dije nuevo todos los meses. ¿A que es precioso?

—Muy bonito —responde Dante—. Se parece a una historia que he visto en Pinterest.

—¿A que sí? —La abuela me da unas palmaditas en la espalda—. Es un hombre muy cariñoso. El año pasado me llamó para pedirme la mano de Georgia.

—Ah, ¿sí? —Enarca una ceja—. ¿Y cómo fue la petición de mano en persona?

—Aún no ha podido ser. —La abuela sacude la cabeza—. No pudo venir por un asunto laboral urgente.

—Entonces, ¿aún no lo conoce? —Solo le falta relamerse, y yo estoy a punto

de pegarle una patada.

—Bueno, a ver si este año… —Mi abuela me mira—. O voy a empezar a pensar que no existe.

—Yo también. —Dante sonríe.

—Creo que ha habido un error con su reserva, señor. —No puedo soportar su presencia ni un segundo más—. No la encuentro. Si quiere, puedo reservarle una habitación en el Four Seasons, calle abajo.

—Tengo la reserva impresa en la maleta. —Sigue sonriendo—. ¿Quiere que la busque?

—Déjame a mí, Georgia, a ver si la encuentro. —La abuela Hattie me aparta con delicadeza—. ¿Cuál es su nombre, señor?

—Dante Harris.

—Si es un perro te muerde, cariño. ¿La ves? Si su primer nombre se escribe como el de tu prometido y todo…

—Un momento. —Dante se cruza de brazos—. ¿Su prometido también se llama Dante?

—Es un nombre bastante común —replico.

—No es tan común…

—Es un exitoso ejecutivo de Park City, en Utah. —La abuela vuelve a echarme a los leones—. Veo que usted también es de ahí, así que tal vez han coincidido en alguna ocasión.

—Estoy convencido de que así ha sido —sonríe Dante—. Es increíble todo lo que tenemos en común.

—Sí, bueno —interrumpo—. De todas formas…

—Es mucha casualidad que se llame Dante, que sea de Park City, Utah, y que además conozca a una mujer llamada Georgia que está prometida —comenta él—. Me encantaría tomarme una cerveza con él o que nos sacáramos una foto.

—Nos encargaremos de ello. —La abuela Hattie charla con Dante como si fuera un amigo de verdad y no un parásito, e incluso se ofrece a acompañarlo a su *suite*.

Cuando por fin termina, me dirijo a mi despacho y cierro la puerta.

Inspiro hondo unas cuantas veces y me digo a mí misma que los veinte últimos minutos no han existido y que cuando me despierte por la mañana esto solo habrá sido una pesadilla.

Sigue siendo una Navidad perfecta, sigue siendo una Navidad perfecta…

10

Colorado Springs, Colorado

Georgia

«Mi lista de deseos para las fiestas

1. Lo de ayer fue una pesadilla.

2. Dante no se hospeda aquí, y mi familia no espera conocer a mi inexistente prometido.

3. Sigo estando a punto de pasar las mejores Navidades de mi vida».

Doblo la lista en un cuadradito y la meto en la saca de correo de Papá Noel, de un metro de alto.

Luego, como si fuera la actriz protagonista de una película navideña, me pongo a dar vueltas mientras en los altavoces del vestíbulo suena *All I Want for Christmas is You*. Si esto sigue el típico guion, solo tengo que esperar a que el tiempo retroceda hasta ayer para que pueda repetir el día haciéndolo mejor y mantener la boca cerrada sobre Dante.

—¿Qué puñetas estás haciendo, Georgia? —Taryn choca conmigo a medio giro—. Llevo toda la mañana buscándote.

—Así que no ha funcionado mi lista de deseos… —Se queda mirándome, confusa—. Lo interpretaré como un no…

—A lo que iba —continúa—: ya que me he ofrecido tan generosamente a ayudar en el complejo estas fiestas, siento ser portadora de malas noticias: no he podido conseguir la *suite* de lujo para tu prometido y para ti, y eso no es todo.

Vale, ha llegado la hora de confesar.

—Mira, Taryn —digo—, tengo que contarte una cosa…

—Yo también. —Me pone las manos en los hombros—. Estás jodida.

—Entonces, ¿ya lo sabes?

—Sí. —Asiente—. He descubierto por qué el hotel está a punto de quedar bajo mínimos. Taylor Swift acaba de anunciar un concierto sorpresa por las vacaciones aquí y estoy convencida de que vas a encontrarte con que unos cuantos empleados se van a poner enfermos repentinamente.

—¿Va a venir Taylor Swift? —Sonrío—. ¿En serio? A ver, no me harán esto durante la época con más trabajo del año, ¿no?

Ella parpadea.

Voy a mirar el registro de empleados y veo que hoy han llamado seis personas.

Pero ¿qué cojones?

Convencida de que se trata de un error o de una broma navideña de última hora, llamo al primer empleado de la lista: Sarah Folsom.

—¿Diga? —contesta al primer timbrazo.

—Hola, Sarah, soy Georgia, de La Finca de Grace.

—¡Hola, Georgia!

—Acabo de ver que has presentado un parte de baja con fecha de regreso sin determinar. ¿Es correcto?

—Sí, eeeh… —Tose—. Es que va a venir algo gordo al pueblo… Quiero decir, que hay algo dando vueltas por el pueblo y no quiero dejarlo escapar, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? —Me cruzo de brazos—. Si ya estás enferma, ya tienes lo que sea, ¿no? Ya no lo has dejado escapar…

—Esto… —Tose un par de veces y cuelga.

Vuelvo a llamarla y salta el buzón de voz.

—Ya me encargo yo de los que faltan. —Taryn me quita el teléfono—. Ve a tomar el aire un rato.

—Vale. —Me dirijo al patio y paso entre los cascanueces, calculando mentalmente cuántas personas necesito como mínimo para mantener esto en funcionamiento, cuando la voz de mi abuela me detiene.

—¿Georgia Bee?

—¿Sí?

—¡Feliz día de las Siete Estrellas! —Se acerca y me da una caja envuelta en papel de regalo verde esmeralda—. Puedes abrirla antes de Navidad.

Como me hace mucha falta una buena noticia, tiro de la cinta y abro la tapa. Dentro hay una enorme llave de diamantes con mi nombre grabado en el mango.

—La Finca de Grace seguiría siendo un complejo turístico normal y corriente si no fuera por ti —explica—, y en cuanto conozca a tu prometido estas Navidades y me demuestres que puedes encargarte tú sola de estas vacaciones tan ajetreadas, el complejo será tuyo.

—¿En serio? ¿Tan pronto?

—Lo habría hecho mucho antes, pero quería que tuvieras una vida fuera del trabajo y que no cometieras los mismos errores que yo.

—Pensé que querías que fuera más como Savannah…

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Porque lo tiene todo controlado y es superprofesional.

—Una Savannah es más que suficiente. Confía en mí. —Me abraza con fuerza—. ¿Cuándo va a venir Dante?

—Eeeh…, a ver, la verdad… Es que, verás, es complicado —tartamudeo.

Ahora es el momento perfecto para admitir la verdad, para confesar lo de los regalos y lo de los mensajes de voz falsos.

—Le he encargado a un diseñador de interiores que dé los últimos retoques a tu *suite* oficial como gerente para que tu prometido pueda verla mientras está aquí —explica la abuela—. ¿Me has dicho ya qué día va a llegar?

—Sí, te he dicho que estará aquí el jueves.

Esa noche, más tarde, me encierro en una *suite* y lo preparo todo para la misión «Encontrar a un prometido falso». Tengo noventa y seis horas para encontrar a un hombre que me salve la vida, y me niego a tirar la toalla hasta el último segundo.

Preparo café y abro Craigslist, Home for the Holidays y Rent-a-mate en distintas pestañas del navegador.

Los otros sitios son mucho menos prometedores, y estoy convencida de que OnlyFans roza la prostitución.

Como no quiero darme por vencida, me conecto a mis redes sociales y compruebo uno por uno a mis amigos varones: comprometido; casado; soltero y buscando a alguien para follar en Navidad. Ag…

A medianoche, estoy a punto de tirar la toalla, y mis sueños inmobiliarios se desinflan antes de lo previsto.

Mientras preparo otra cafetera, el jefe de limpieza me manda un mensaje:

¡Llámeme! Es urgente.

Se lo reenvío a otra persona; a una que no esté asistiendo a la debacle de su vida.

No sé cuánto tiempo paso de una pestaña a otra y de una página a otra, pero cuando levanto la vista del portátil, el sol asoma entre las nubes y me doy de bruces con la realidad.

—No va a ser el fin del mundo si digo la verdad —me convenzo—. Lo único que puede ocurrir es que la abuela no confíe en mí para darme el puesto de gerente porque seguiré soltera… y porque soy una mentirosa.

Me reclino en la silla y suspiro.

Suena el móvil del trabajo, señal inequívoca de que empieza un nuevo día y han llegado peticiones de los invitados vip, y acepto que todo ha acabado. Fin de la partida.

—Gracias por llamar a su responsable de servicios especiales para huéspedes —respondo—. Soy Georgia Grey, y estaré encantada de satisfacer su petición.

—Buenos días, señorita Grey —responde una voz grave—. Soy Ryan Painter, encargado de atención al cliente de Ejecutivo a la carta.

—¿En serio? Yo no tuve nada que ver con ese contenedor de basura que se incendió frente a su sede el año pasado. Fue una coincidencia que ocurriera el mismo día que cancelaron mi cuenta.

—No la llamo por eso, señorita Grey.

—Ah. Vale. Entonces, ¿qué ocurre?

—Hemos observado que aún no ha vuelto a hacer uso de nuestra aplicación desde que levantamos la suspensión de su cuenta.

—¿Qué? —Me incorporo. Me había olvidado por completo de Ejecutivo a la carta.

—Le he enviado un cupón con un descuento del diez por ciento con la esperanza de que le sea de utilidad en los treinta próximos días, pero quiero advertirle de que hemos cambiado bastantes cosas desde la última vez que fue nuestra clienta.

—Ah, ¿sí? —Lo pongo en manos libres y vuelvo a descargar la aplicación mientras habla—. ¿Qué clase de cosas?

—Acabamos de eliminar casi todo aquello que suponía un uso abusivo de la aplicación. —Su tono es inexpresivo—. Ahora, por culpa de algunos clientes, aunque pueda ver el aspecto de nuestros acompañantes, hemos eliminado la opción de que ellos vean a la clienta hasta que llegue el momento de quedar en persona.

Cuando introduzco mi antigua contraseña ya no me encuentro con la desagradable pantalla roja. En su lugar, el maravilloso mundo que tanto he echado de menos vuelve a ser mío de repente. Hombres guapísimos, con traje, disponibilidad, buena dicción y «habilidades».

Quizá, después de todo, no van a pillarme…

Mientras él sigue parloteando sobre las nuevas condiciones, yo introduzco mis requisitos, el intervalo de fechas y mis preferencias, y luego pongo un precio que espero que llame la atención del tío adecuado.

Ocho mil dólares.

—Espero que le guste el nuevo aspecto de Ejecutivo a la carta. —La voz del asistente me arranca de mis pensamientos—. Le deseo un gran éxito en estas fiestas.

—¡Muchas gracias!

—Solo una cosa más, señorita Grey —dice—. Me gustaría hacerle una pregunta.

—Pregúnteme lo que quiera.

—Es sobre el contenedor que se incendió el año pasado. —Hace una pausa —. No lo pusimos en conocimiento del público ni de la prensa. ¿Cómo se ha enterado?

—Esto… ¡Feliz Navidad!

Le cuelgo con todo el morro.

11

Park City, Utah

Dominic

—Damas y caballeros, me gustaría hacer el primer brindis. —Mi padre da unos golpecitos al vaso con una cuchara—. Por mi hijo, Dominic Reiss, que a partir de hoy es oficialmente multimillonario.

Los aplausos inundan la sala y yo me obligo a sonreír, esperando que me invada la euforia, pero eso no ocurre.

Desde que se hizo el anuncio esta mañana a través del canal de negocios, solo me he sentido entumecido. Pensaba que Mindy organizaría un viaje en yate para celebrarlo, pero lo único que he recibido hasta ahora es una taza con la leyenda *«Por fin multimillonario»* para mi escritorio.

—¡Felicidades, señor Reiss!

—¡Esto es increíble, inspirador!

—¡Apuesto a que ahora mismo estás en la cima del mundo, hijo!

Los invitados a la fiesta me rodean y me dan fuertes palmadas en la espalda y apretones de manos.

Cuando estoy seguro de haber hablado con todos, cojo un puro cubano y salgo al balcón nevado.

—Felicidades por este increíble hito, señor. —Mindy llega junto a mí segundos después y me da un abrigo.

—Gracias, Mindy. Pero juraría que le había dado el día libre.

—Y así fue, pero lo hizo para que pudiera celebrar esta ocasión trascendental con usted, ¿no?

No.

—Bueno…

—Voy a bailar un poco para celebrarlo y después me iré a casa, si no le importa.

—Gracias. —Saco un sobre rojo del bolsillo—. Esto es para que lo abra más tarde. Disfrute de sus vacaciones, Mindy.

Abre los ojos de par en par, lo coge y se apresura a entrar.

Sé de sobra que, en cuanto se quede sola, va a abrir el sobre y a ver el aumento del cien por cien y la bonificación.

—Vale, ¿cuándo empieza la celebración de verdad? —Mi mejor amigo, Paul, sale a la terraza y cierra la puerta—. ¿Y a qué hora llegarán las *strippers*?

—Lo que has visto es lo que hay, Paul.

—¿Me tomas el pelo? —Se cruza de brazos—. ¿Por fin te conviertes en multimillonario y lo celebras con brindis encorsetados y rodeado de ancianos?

—También tengo este puro cubano. —Echo el humo dibujando una O—. Es bastante bueno.

—Pues sí que has cambiado en el último año, colega… —Sacude la cabeza —. Si esta es la clase de tío que intentas ser, no te molestes en aparecer en mi fiesta promocional el mes que viene.

—¿Por fin te han nombrado director de ese fondo de cobertura?

—Claro que no. —Me da una tarjeta de visita—. He montado mi propio negocio.

«Pauly Pullman. El Gran P.
Un hombre capaz de complacerte dentro y fuera del dormitorio.
Sin límite de reservas
Sin pagar tasas a Ejecutivo a la carta (aunque sigo en la app *si lo prefieres)».*

—Entonces, ¿eres un *gigoló*?

—No, soy un hombre que presta un servicio físico excepcional a sus clientas.

—Esa es, literalmente, la definición de *«gigoló»*.

—No seas tan cerrado de mente. —Pone los ojos en blanco—. Gano un montón de dinero y vivo una vida de ensueño ayudando a mujeres que me necesitan desesperadamente.

—¿Y qué opina tu mujer de esto?

—Presentó los papeles del divorcio hace seis semanas.

—No parecía la clase de persona que se molestaría porque te hubieras buscado un trabajo extra. Pero no es nada sexual, ¿no?

—Vale, vale. —Levanta las manos en señal de rendición—. A lo mejor he estado con un par de clientas, pero el dinero lo aprovechamos los dos. Si hasta le compré un puñetero Range Rover, así que no veo por qué se enfadó tanto.

—Siento haber preguntado.

—No pasa nada. Pero, ahora que lo mencionas, tienes que hacerme un favor.

—Paso.

—Me lo debes, Dominic. —Se acerca—. Este año he acallado un montón de rumores sobre la loca de Amy para que no llegaran a los medios, y sabes que esos tiburones de periodistas van a seguir indagando.

—Vale —acepto—. ¿Cuánto necesitas?

—No quiero tu dinero. —Sacude la cabeza—. Lo que quiero es que te crees

un perfil en Ejecutivo a la carta y aceptes un trabajo por mí.

—¿Ejecutivo qué?

—Luego te lo explico… —dice—. Me pudo la avaricia y acepté más trabajo del que podía hacer estas vacaciones, y no puedo permitirme no aparecer con las tarifas de locos que pagan esas mujeres. —Vuelvo a formar otra O con el humo en su dirección—. Las dos son reservas de varios días durante la misma semana, pero una es aquí, en Park City, y la otra en algún lugar de Colorado. Me imagino que eres la única persona que puede llegar a esta última con tan poca antelación.

—¿Por qué has reservado algo así en otro estado?

—Porque al principio no sabía dónde era. —Suspira—. Fue ver la tarifa y aceptar. Y ya había acordado todos los detalles cuando me di cuenta, ¿entiendes?

—No —respondo—. ¿Cuál es la otra opción?

—Un trabajo sencillo, el típico «conocer a la familia», pero tienes que aparecer a las siete y decir: «Sé que eres mi hermanastro, pero sigo enamorado de ti, Rita», en medio de un programa de televisión en directo para que ella rompa con su novio de toda la vida.

—Me encargaré de la otra cita.

—Lo suponía…

12

Denver, Colorado

Georgia

La zona de recogida de equipajes del aeropuerto internacional de Denver está abarrotada. Estoy plantada junto a las escaleras mecánicas con un cartel que dice: *«Recogida: Ejecutivo a la carta. Usuario: GRB»,* y ensayando en silencio mis mentiras.

El vestido rojo corto con el escote en uve y los tacones de aguja a juego son cualquier cosa menos cómodos, y me arrepiento de no haberme puesto unos vaqueros y una camiseta sencilla.

Mientras una nueva horda de pasajeros baja las escaleras, mi teléfono vibra con la llamada de un número 800 que me resulta familiar.

—Hola, ¿puedo hablar con la señorita Georgia Grey? —pregunta una mujer.

—Sí, soy yo.

—Señorita Grey, la llamo de Ejecutivo a la carta —dice—. Tengo algunas novedades con respecto a su reserva.

—¿Se ha retrasado el vuelo?

—No exactamente…

—¿Qué quiere decir con eso?

—No tiene de qué preocuparse, señorita… —Espero a que se explaye, a que diga algo, lo que sea, pero solo oigo a otras personas charlando de fondo.

—Esto…, ¿hola? —pregunto—. ¿Sigue ahí?

—Ay, sí, ¡lo siento! ¿Con quién hablo?

—¡Me ha llamado usted! Soy Georgia Grey.

—Ah, es verdad. El ejecutivo que contrató ha tenido que cancelar la reserva y no se reunirá con usted.

—¿Qué? —Dejo caer el cartel al suelo—. Ahora mismo estoy en el aeropuerto para recogerlo.

—Lo siento. En realidad canceló la reserva ayer, pero nuestro sistema no lo ha detectado hasta ahora.

De nuevo, espero a que dé más detalles, pero no suelta prenda.

—Entonces, ¿esta es una llamada de cortesía para decir: «Perdona que te hayamos jodido, pero has tenido mala suerte»? —pregunto.

—Lamento las molestias, señorita Grey.

—¿Y ya está?

—Estamos esforzándonos para conseguirle un sustituto similar lo antes posible —explica—. Ahora mismo el plazo es de siete a diez días laborables. Dado que no ofrecemos reembolsos, nuestro ejecutivo le llevará una caja regalo con golosinas y galletas navideñas para que las disfrute durante estas fiestas. —*No puedo creerlo*…—. ¿Tiene alguna pregunta, señorita Grey?

—Sí. —Cojo el cartel del suelo y me voy hacia el coche que me está esperando—. En una escala del uno al diez, ¿tiene idea de cuánto me ha fastidiado las fiestas este año?

—Supongo que un diez, pero… ¿significa eso que no debo pedirle que me deje una buena crítica en la encuesta que le harán al finalizar esta llamada?

—¡Aggg! —Cuelgo a mitad del grito.

Prima Taryn: *¡Ayyy! ¡Estoy superemocionada porque hoy voy a conocer a tu prometido! ¡A ver si es tan sexy como dices!*

Abuela Hattie: *Pregunta rápida. Queremos que salga en la foto que nos hacemos todos los años vestidos con pijamas de franela. ¿Qué talla de camisa y pantalones lleva?*

Savannah: *¿Crees que traerá un cargador extra que pueda prestarme? Es un ejecutivo, ¿no?*

Silencio el chat de grupo con el corazón a punto de escapárseme del pecho. Estoy hiperventilando y balanceándome en el asiento del coche.

—¿Va todo bien, señorita Georgia? —El conductor, Charlie, me mira a través del espejo retrovisor.

—Estoy estupendamente.

—Pues parece a punto de vomitar —replica—. ¿La llevo a comer a algún sitio mientras esperamos a su prometido?

—Sí. —Asiento—. Llévame al pozo más profundo que encuentres y tírame dentro.

—¿Qué?

—Pero dame unos minutos para que redacte mis últimas voluntades —añado —. Tengo muchas cosas valiosas que dejarle a mi familia.

—Bien, señorita Georgia… —Sacude la cabeza y pone la música—. Avíseme cuando salga de su último delirio.

Cierro los ojos y sopeso mis inexistentes opciones. Las vacaciones están demasiado próximas como para inventarme otra excusa, y, además, no iban a

creerme. Y tampoco puedo darle al verdadero Dante la satisfacción de verme pasear por el complejo sin otro hombre a mi lado.

El teléfono vuelve a sonar, y no me molesto en mirar la pantalla antes de contestar.

—¿Sí?

—¡Hola! ¿Puede ponerse la señorita Grey?

—Puedo. No voy a morirme hasta dentro de un rato.

—Eeeh, vale, de acuerdo… Soy Hannah, asistente vip de Ejecutivo a la carta.

—Vale. —Me preparo para más malas noticias.

—El hombre que canceló su reserva ha sido tan amable de sugerirle un sustituto aún más sexy, y quería darle la información de su nueva cita.

—¿Me ha encontrado un nuevo prometido? —Abro los ojos de par en par —. ¿Ya?

—Así es, señorita Grey —responde—. ¿Quiere que el ejecutivo la siga conociendo como GBG hasta que lo recoja o desea que le revelemos ya su nombre y su información?

—Me gustaría esperar hasta que lo recoja. —No quiero hacerme demasiadas ilusiones sobre lo que significa *«un sustituto aún más sexy»*—. Ya estoy en el aeropuerto internacional de Denver esperando. ¿En qué aerolínea llega?

—No es un vuelo comercial —explica—. Va en un avión privado y aterrizará en el aeropuerto de Colorado Springs dentro de una hora. ¿Puede encontrarse con él entonces?

—Sí, por supuesto —respondo—. Gracias por organizar un viaje de esa categoría y todo eso. Ha sido muy amable por parte de su empresa.

—¡Claro que sí! —Se aclara la garganta—. Volveremos a llamarla con todos los detalles.

—Estupendo. —Cuelgo.

—Mis disculpas por lo de antes, Charlie. —Dejo escapar un largo suspiro—. ¿Puede llevarme al aeropuerto privado?

—Por supuesto, señorita.

Una hora más tarde estoy alucinando con el aeropuerto privado. Hasta ahora he visto entrar y salir cuatro Gulfstream; pienso añadir este lugar a uno de mis tableros de Pinterest en cuanto llegue a casa.

Me imagino que mi «prometido» viaja en uno de los aviones que ya están por la pista, así que me acerco a las ventanillas y contemplo cómo se detienen frente al edificio uno por uno.

Un tipo se apea del primer avión y yo entrecierro los ojos con la esperanza de verle la cara; con el pelo decolorado por el sol y unos profundos ojos castaños,

es un sustituto estupendo, y recupero parte de mi fe en la aplicación.

Me estiro el vestido mientras él se acerca a la puerta, pero una mujer de verde se abalanza sobre él y lo besa en los labios.

Dejo escapar un suspiro, tomo asiento y decido matar el tiempo de la mejor manera que se me ocurre: llamando a Dominic.

—¿Sí? —responde.

—Espero que te sientas fatal estas fiestas —digo.

—Lamento decirte que no.

—¿En qué andas?

—Estoy echándole una mano a Paul, mi mejor amigo.

—¿Le has comprado un regalo para cuando lo nombren director de ese fondo de cobertura?

—Sí, pero no va a hacer falta —replica—. Es una larga historia. ¿Cómo vas a pasar las vacaciones este año?

—Voy a comprometerme.

—¿Con quién?

—¿Y a ti qué te importa?

—Claro que me importa —responde con tono molesto—. ¿Sabe él que todavía me llamas y hablas conmigo?

—Le da igual. Y es «Dante».

—¿El tío que te puso los cuernos el año pasado?

—Es un hombre nuevo.

—Lo dudo. Puedes tener a alguien mejor que él, Georgia.

—No esperes una invitación a nuestra boda.

—De todos modos, no iba a ir. —Suspira—. ¿Qué te dijo para convencerte de que volvieras con él?

—Te he mentido. No voy a casarme con él. —Abandono parte de la treta—. Voy a casarme con otro, y no, él no sabe que te llamo.

—¿Y cuándo piensas decírselo?

—Antes de que te encargues tú, porque ha sonado como una amenaza.

—Estamos a punto de aterrizar —dice de forma abrupta—. Te llamaré más tarde. Contesta.

Cuelga sin añadir nada más y casi me siento mal por haberle mentido.

Casi.

Otro avión se detiene en la zona de salida y otro ejecutivo aparece en lo alto de la escalerilla.

Al igual que el último tipo, lleva un traje hecho a medida, pero es mucho más sexy y… me resulta familiar.

¿Dominic?

Cuando baja la escalerilla confirmo que es él; sus empleados habituales y un guardaespaldas están preparando su equipaje.

Claro, ha debido de coger un vuelo para ir de vacaciones a algún sitio. Bajo la cabeza para ver salir a Amy con uno de sus habituales vestidos de Versace o Gucci, pero no aparece ninguna mujer, ni siquiera una auxiliar de vuelo.

Confundida, llamo al teléfono de reservas del complejo.

—La Finca de Grace le desea felices fiestas. ¿Con quién desea hablar?

—Hola, Dana, soy yo. ¿Puedes hacerme un favorcillo y buscar un nombre en las reservas que tenemos desde ahora hasta Año Nuevo?

—Por supuesto. ¿Qué nombre?

—Busca por Reiss, Reiss Enterprises, Dominic R. LLC y Dom. R.

—Entendido. —Oigo cómo teclea, tarareando—. No aparece ninguna reserva a ninguno de esos nombres. Incluso he ampliado la búsqueda noventa días.

—Gracias, has sido muy amable. —Cuelgo, y en ese momento Dominic entra en el edificio.

No sé dónde va a alojarse, pero será un sitio de segunda categoría. Que es justo lo que se merece por despedirme.

Me ve antes de que pueda darme media vuelta; se detiene a medio camino y me mira lentamente de arriba abajo antes de acercarse a mí.

—¿Georgia?

—Ve a mirarte la vista —replico—. No soy esa persona y ese no es mi nombre.

Se ríe.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy esperando a mi prometido. Acabamos de hablar de él por teléfono, ¿recuerdas?

—Claro. —Pone los ojos en blanco—. Deben de irle bastante bien las cosas si puede permitirse aterrizar en este aeropuerto.

—Sí, es mucho más rico que tú.

—Lo dudo. —Me mira de nuevo, y de repente es como si estuviéramos solos en la terminal, como si estuviéramos a un segundo de retomar las cosas donde las dejamos en la oficina el año pasado.

—Felices fiestas, Dominic. Ya puedes seguir a lo tuyo. —Le hago señas para que se vaya, pero no se mueve.

—Estás muy sexy con ese vestido —dice—. ¿Sabe tu prometido que estás tentando a alguien como yo con él?

—¿Sabes qué? —replico—. Vamos a llamarlo a ver qué opina. Pero, te lo advierto, es muy posesivo.

—Yo también lo sería. —No parece sentirse amenazado en lo más mínimo.

Llamo a la línea automatizada de Ejecutivo a la carta para darles permiso para facilitar mis datos al sustituto.

—Hola, cariño. —Finjo que no hay una máquina al otro lado de la línea—. Estoy en la terminal ahora mismo. No veo la hora de disfrutar de una sesión de sexo salvaje. Me muero por tenerte en la boca. Vale, te quiero. Adiós.

Con cara de sorpresa, Dominic se aleja de mí por fin, pero no lo suficiente.

—Espera un momento. —Comprueba su teléfono, que acaba de vibrar—. Sí, soy yo. Sí, he aterrizado y estoy en la terminal. —Miro sobre su hombro y veo cómo aterriza otro avión—. No, no he visto a nadie con un cartel. ¿Puede decirme qué lleva puesto antes de darme esa información? —El ejecutivo que aparece debe de tener noventa años, así que no va a ser mi prometido—. ¿Un vestido rojo corto con un escote en uve muy bajo y unos relucientes zapatos de tacón de aguja? —La descripción que Dominic hace de mi atuendo me pilla desprevenida—. Sí, creo que veo a alguien que lleva esa ropa… —Sacudo la cabeza, convencida de que no estoy oyendo bien—. Para verificarlo basta con preguntar a la mujer en cuestión si se llama Georgia Bee Grey. —Sonríe mirándome a los ojos—. Eso haré. Muchas gracias. —Se guarda el teléfono en el bolsillo y se echa hacia delante para acercarse a mí—. ¿Qué decías de sexo salvaje y de tener qué en la boca?

¡No me jodas!

—¿Dominic Reiss? —Un hombre vestido con vaqueros interrumpe lo que más me vale que sea una pesadilla—. ¡Vaya! ¡Hacía una eternidad que no coincidíamos.

—Ya lo creo. —Estrecha la mano del tipo.

—¿Qué te trae a mi ciudad en estas fechas?

—He venido a pasar las vacaciones con mi prometida. —Desliza un brazo alrededor de mi cintura y me palmea suavemente el trasero—. Tate Hamilton, ella es Georgia. Georgia, Tate es mi excompañero de cuarto de la universidad.

—¡Guau! —Tate me tiende la mano—. Es un placer conocerte. ¿Ya habéis planeado la boda?

—Nos casaremos en París. —Sigo el guion que había preparado, aunque aún no puedo creer que me esté pasando esto—. O al menos eso me prometió cuando se declaró.

—Espero recibir una invitación. —Me guiña un ojo y le da un abrazo a Dominic—. Felicidades por conseguir lo mejor de todo en esta vida, Dominic.

—Gracias.

Espero a que desaparezca antes de zafarme del brazo de Dominic.

—¿Pero qué…? ¿Qué haces en Ejecutivo a la carta? ¿Estás arruinado y no

quieres que nadie lo sepa?

—Ya te he dicho que estaba haciéndole un favor a Paul. Y es este.

—¿Está él arruinado y no quiere que nadie lo sepa?

—Probablemente.

—Vale, mira —digo—, tenemos que establecer unas reglas básicas antes de seguir adelante. Y debes memorizar la historia que puse en la aplicación sobre cómo nos enamoramos.

—¿Qué te ha llevado a contratar a un falso prometido, Georgia?

—Tengo mis motivos.

—Dime uno.

—No es asunto tuyo. —Me pellizco para asegurarme de que no estoy soñando—. Mientras que estés aquí, tienes que decir que te llamas Dante.

—Ni de broma.

—Yo soy la que paga. —Entrecierro los ojos—. Y mi familia cree que ese es tu nombre.

—Pues vamos a tener que decirles la verdad.

—Eso… —Suspiro—. Eso no va a funcionar.

—¿Crees que nadie de tu familia me ha visto o ha oído hablar de mí antes? ¿Que no se preguntarán por qué Dominic Reiss se hace llamar Dante?

Sí.

—No.

—Claro que sí. Y tienes que estar preparada.

—¿Cómo sugieres que lo haga?

—Diles que hemos estado usando ese alias porque era tu jefe y no querías que buscaran información sobre mí. Que querías que su primera impresión fuera auténtica porque siempre has odiado que la gente tenga ideas preconcebidas.

Por mucho que quiera restarle importancia a su sugerencia, puede funcionar.

—De acuerdo —acepto—. Puedes ser Dominic.

—Otra cosa. La historia que quieres que memorice sobre cómo nos prometimos tiene tantas lagunas que deberías abstenerte de contarla nunca. Y mucho menos deberías escribirla.

—No le veo nada de malo. Es romántica y sexy.

—No hay nada de sexy en la imagen de mí llorando a lágrima viva porque no pude declararme las Navidades pasadas.

—Un hombre que está en contacto con sus sentimientos es la leche de sexy —replico—. Tú limítate a hacer lo que te digo y todo irá bien. ¿Tienes alguna otra pregunta o te preocupa algo más?

—Sí. ¿Qué saco yo de todo esto?

—¿Perdona? —Me cruzo de brazos.

—Ya me has oído. —Una ligera sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios —. ¿Qué gano yo ayudándote con esta enorme farsa?

—Lo mismo que el primer tío al que contraté—respondo—. Siete mil ochocientos sesenta y ocho dólares con ochenta y tres centavos, descontados los impuestos. Bueno, menos dieciocho dólares a mayores si no has elegido la transferencia *online*.

—Estoy dispuesto a renunciar a ese salario a cambio de otra cosa.

—Prefiero pagar antes que estar en deuda contigo. —Veo cómo vuelve a mirar mi vestido—. El sexo no es una opción.

—El sexo es gratis cuando tú quieras —dice, acercándose más—. Aunque no era lo que tenía en mente. Quiero tener cuatro citas contigo mientras esté aquí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me gustaría salir contigo, Georgia —responde—. Hay un montón de cafeterías y otros lugares para visitar en el complejo, ¿verdad?

—Sí, pero… —Sacudo la cabeza—. ¿Cuál es el motivo oculto?

—No hay ningún motivo oculto. —Me tiende la mano—. Cuatro citas, no te pediré mis honorarios de Ejecutivo a la carta y fingiré ser un novio increíble.

—Perfecto. ¿Puedes prometerme también que no me vas a hacer ninguna insinuación sexual?

—Puedo intentarlo.

—Pues esfuérzate para conseguirlo —espeto—. Pero, por si te sirve de algo, necesito que hacia el final de las vacaciones te comportes como un prometido de lo más imperfecto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que debes comportarte como un imbécil. Ya sabes, como eres de forma natural, porque así podemos romper antes de que te vayas y no ya no tendrás que declararte delante de nadie.

—Bien.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Trato hecho.

12 (B)

Colorado Springs, Colorado

Georgia

El asiento trasero de este coche no es lo bastante grande para dos. Hay tanta tensión entre Dominic y yo que amenaza con asfixiarme.

Llevo desde que Charlie subió la ventanilla de separación, hace kilómetros, preguntándome si él se siente igual.

Céntrate, Georgia.

Cuando estamos a un par de kilómetros del complejo, me vuelvo hacia Dominic.

—Ya que se supone que no debes hablar mucho mientras estás aquí, ¿hay algo que quieras preguntarme antes de que lleguemos?

—Sí. —Me coge la mano izquierda y me recorre el cuerpo entero con la vista —. Este anillo de pedida no va a funcionar si lo que intentamos es convencer a los demás de que eres mía.

—Me lo he puesto hoy por primera vez. Fue un añadido de última hora al guion que puse en la aplicación —digo, admirándolo—. Parece un diamante de verdad.

—Apenas pasa por una circonita. —Sacude la cabeza—. Quítatelo.

—Vale. —Lo deslizo por el dedo, él baja la ventanilla y lo lanza a la carretera —. ¿Alguna cosa más? ¿Quieres que me cambie de peinado o algo?

—Siempre me ha gustado cómo llevas el pelo. —Sonríe—. Es lo bastante largo como para agarrarlo cuando por fin me dejes tenerte a cuatro patas.

—Me has prometido que no ibas a hacer insinuaciones sexuales.

—Los hechos no son insinuaciones.

Se agacha y me desabrocha el cinturón. Alargo la mano hacia la puerta, pero él me detiene.

—Nunca dejaría que mi verdadera prometida abriera ella misma la puerta del coche —explica—. Ya me encargo yo.

Aunque estoy tentada de resistirme, a hacerle saber que soy yo quien tiene el control, me dejo llevar cuando sale, pero no va hacia mi puerta. En lugar de eso, se acerca al botones e intercambia unas palabras antes de regresar.

Al abrir, me coge de la mano.

—Recuerda, no hables demasiado —le pido—. Sonríe y asiente como si fueras un muñeco.

Se ríe y subimos los escalones.

—Bienvenida a casa, señorita Georgia —saluda el botones.

—Gracias, Benny.

Nos hace pasar al interior y una escena salida de la peor de mis pesadillas cobra vida ante mis ojos.

—¡Feliz Navidad! —Mi familia está de pie bajo una deslumbrante pancarta con la frase *«FELICIDADES, DANTE Y GEORGIA»,* y la abuela Hattie viene hacia nosotros con una sonrisa.

—Lo hemos preparado todo mientras ibas a recogerlo al aeropuerto —sonríe—. ¿Qué te parece?

—Creo que estoy a punto de recoger lo que he sembrado…

—¿Cómo dices?

—Es precioso —dice Dominic tendiéndole la mano—. Gracias por recibirme. Es un placer conocerla por fin.

—Igualmente. Espero que te unas a la familia para celebrar nuestras tradiciones anuales.

—No creo que pueda —intervengo—. Dominic tiene un montón de trabajo que hacer mientras esté aquí, abuela.

—¿Dominic? —Mira el cartel—. Creía que te llamabas Dante.

—Soy Dominic —responde—. Dominic Reiss.

—¡¿El multimillonario?! —grita una de mis tías al fondo de la sala—. ¿Es él o lo estoy soñando?

Vale, él tenía razón…

Les cuento la mentira de la «imagen preconcebida» y, antes de que nadie pueda preguntar por los detalles, lo cojo del brazo y lo llevo hacia el árbol. Cuanto antes se lo presente a todos, antes podremos tachar el primer día de este acuerdo en el calendario.

—Ay, cielos… —Taryn parpadea como una muñeca rota—. Georgia, ¿tu prometido es Dominic Reiss? ¿*Ese* Dominic Reiss?

—Hola. —Él le sonríe y ella se sonroja—. Encantado de conocerte, Taryn. Eres su prima, ¿verdad?

Ella lo mira incrédula, todavía parpadeando y sin decir palabra.

—Vale, luego volveremos contigo. —Le tiro del brazo y le presento a Savannah y a Garrett, a todos mis tíos y tías, y cuando ha saludado a todos mis primos, me apresuro hacia el vestíbulo.

—¿Por qué vas en esa dirección, Georgia? —me llama mi abuela.

—Voy a llevarlo a la *suite* Pan de Jengibre.

—La he reservado para otro huésped —aclara—. Os he puesto a los dos en otro sitio porque pensé que querríais estar juntos.

¿Qué?

—No hace falta. Nos vale con habitaciones separadas.

—Eso sería muy incómodo —dice—. Os he alojado en uno de los apartamentos.

—¿De dos o de cuatro dormitorios?

—De uno. —Me da unas palmaditas en el hombro—. Avísame si no está a la altura.

—No lo está —protesto—. Queremos dos dormitorios con dos camas separadas. Nunca hemos pasado la noche juntos. Jamás.

—Claro. —Resopla—. Os he programado unas cuantas actividades en pareja para después de Navidad. Me imaginé que querrías enseñarle los mejores lugares de la finca cuando pase la época más ajetreada.

—Se habrá ido para entonces. —Le aprieto la mano—. ¿Verdad?

—Me encantaría ver el resto de la finca después de las vacaciones.

—Los muñecos no hablan —murmuro, y vuelvo a apretarle la mano.

—Si no es mucho pedir, Dominic —dice la abuela—, me gustaría comer contigo a solas uno de estos días.

—A Dominic no le gusta comer. —Eso no va a pasar—. Quiero decir, que no le gusta comer sin mí si estamos en la misma ciudad, así que no va a poder ser.

—Dígame qué día le viene mejor, Hattie. —Me desafía con una carcajada—. Estoy deseándolo.

—¡Yo también! Es maravilloso que hayas encontrado a alguien que entiende tu sentido del humor absurdo, Georgia. Me encanta.

—¿Y qué no te encanta…? —Veo al verdadero Dante dando un paseo por el jardín y se me escapa un jadeo.

—¡Disculpadnos, por favor! —Llevo a Dominic a rastras hacia la salida—. ¡Tenemos que irnos, pero volveremos!

13

Colorado Springs, Colorado

Dominic

—Ay, Dios, ay, Dios, ay… —Cuando salimos Georgia está respirando como si acabara de correr una maratón.

Al ver cómo sube y baja su pecho no puedo evitar preguntarme si jadearía así al cabalgarme toda la noche.

Joder…

—¿Por qué no has pulsado el botón del carrito, Dominic? Tienes que hacerlo para que nos lleven hasta los apartamentos.

—Pues debe de ser porque es la primera vez que vengo y no tengo ni idea de cómo funciona nada.

—Eso suena a excusa. —Se acerca a una cabina roja y pulsa un botón.

Tras unos minutos, un elegante tranvía negro se detiene en las vías delante de nosotros.

—¡Todos a bordo! —Un conductor uniformado se baja para ayudar a Georgia a entrar antes de indicarme que los siga.

Suena una versión para violín de *Carol of the Bells* mientras recorremos los terrenos cubiertos de nieve; Georgia mantiene la mirada fija en todo menos en mí.

—Entonces, cada vez que quiera llegar a algún sitio, me meto en una de las cabinas rojas, ¿no es así? —pregunto.

Ella no contesta.

—Así es, señor. —El conductor me sonríe a través del retrovisor—. Tenemos veinte tranvías privados siempre preparados para llevarle donde quiera en todo momento, y también hay un tren de pasajeros personalizado que circula en bucle por la finca todo el día y toda la noche.

—Tomo nota. —Diviso el tren dorado a lo lejos; en el vagón delantero lleva grabadas las palabras *«Forever and Ever»*—. ¿El tren y el sistema de tranvías están inspirados en un libro o en una película?

—No, fueron una idea de Georgia Grey. —Sonríe—. Solíamos usar carruajes y unos lujosos carritos de golf para llevar a los huéspedes, pero cuando la señorita Grey estaba en su último año de instituto diseñó la ruta y convenció a

su abuela para que contratara a gente para construirla.

—Es de lo más impresionante. —La miro de nuevo, pero sigue ignorándome —. Nunca había visto algo así en un complejo turístico.

—Me encantaría llevarle a dar un paseo a solas durante su estancia, señor. —Gira con suavidad por Chestnut Lane—. Mi mujer sigue hablando de la vez que le envió a Georgia esa tarta de tres metros de la Torre Eiffel, y me gustaría hacer algo parecido.

Pero qué…

—Me lo apunto.

—¡Se lo agradezco! —Cuando estamos subiendo la cuesta, suena mi teléfono anunciando una llamada.

—¿Hola? —contesto.

—Por favor, dime que has llegado a tiempo para que pueda confirmar el trabajo en la aplicación —dice Paul.

—Así es.

—¿Estás con esa mujer en este momento?

—Sí.

—¿Es sexy o fea?

—Ni lo uno ni lo otro —respondo, y Georgia se vuelve lentamente para mirarme—. Es la hostia de guapa.

—Bueno, pues al final tal vez debería haber cancelado esta otra cita — suspira.

—¿Por qué?

—Porque ha dejado muy claro que quiere ser complacida de una forma que hace que me cuestione mi cordura.

—No puede ser tan malo.

—Tiene una fantasía con crema batida en los pies que le gustaría hacer realidad —divaga—. Creía que era algo como chuparle los dedos, y, oye, quién soy yo para juzgarla, pero es que es mucho peor.

—No pienso preguntar…

—Por favor, no —ruega, desesperado—. Creo que he encontrado un límite que no estoy dispuesto a traspasar como *gigoló*.

—Me alegro de que por fin reconozcas tu trabajo como lo que es. —Sonrío —. ¿Quieres que te envíe por mensajero nata montada de sabores para ver si así mejora la cosa?

—Vete a la mierda, Dominic. —Cuelga justo cuando el tranvía se detiene frente a una casa de ladrillo rojo.

El conductor nos ayuda a salir y me da su tarjeta; Georgia me acompaña al interior de una casa que parece una postal de Navidad.

—Vale, mira. —Georgia pone los brazos en jarras—. Tenemos que hablar, porque lo estás echando todo a perder.

—Lo único que tengo que hacer ahora mismo es darme una ducha.

—No, debemos fijar unos límites.

—No hay problema. Pero será después de ducharme. Me va a hacer falta al menos media hora —digo, contemplando el corte de su vestido.

—Esta conversación va a ser mucho más corta. —Se cruza de brazos—. Así que permíteme sentar las bases…

Sus labios se mueven, pero no presto atención a ninguna de las palabras que salen de ellos. Cuando por fin se detiene, ladea la cabeza.

—¿Has escuchado algo de lo que acabo de decirte?

—No, pero puedes repetírmelo cuando termine.

—¿Has estado ahí plantado pensando en la ducha?

—Exacto —respondo—. Si quiero concentrarme en algo más que en follar contigo, voy a tener que darme una muy fría. —Prácticamente se le desencaja la mandíbula—. Me encantaría que me acompañaras —paso junto a ella—; si no, nos vemos dentro de una hora.

—Has dicho que te llevaría la mitad.

—Eso ha sido antes de que me demostraras lo mucho que puedes abrir la boca. —Le guiño un ojo antes de entrar en el baño—. Saldré en cuanto acabe.

13 (B)

COLORADO SPRINGS, COLORADO

GEORGIA

Cuando regreso a la *suite,* Dominic está fuera, en el balcón, tomando café y contemplando las montañas, sin camiseta y con unos pantalones de franela a cuadros.

Me aclaro la garganta al acercarme y él se vuelve hacia mí con una sonrisa.

Ya está bien, corazón. Lo has visto un millón de veces. Ya vale.

—¿Ya estás listo para hablar? —pregunto.

—Sí. —Deja la taza—. Te escucho.

—Vale, genial. —Me cruzo de brazos—. No salgas de esta habitación pase lo que pase, a menos que te dé permiso.

—Ya empezamos…

—No salgas de este apartamento —digo, remarcando cada sílaba—. No tienes nada que hacer fuera de estas cuatro paredes.

—Acabo de reservar un paseo privado por las pistas de esquí.

—Estaré encantada de cancelarlo —replico—. No confío en lo que puedas hacer si no estoy a tu lado, y no puedo permitirme que desveles nada de este plan.

—¿Tu familia se ha tragado lo de los nombres?

—Eso no es asunto tuyo, Señor Ejecutivo a la carta —respondo con tono firme—. Para que conste, así es como voy a llamarte cuando estemos solos para que queden los límites bien claros y perfectamente definidos.

—No voy a responder a eso, Georgia.

—Tendrás que cogerme de la mano siempre que estemos juntos en público, porque les he dicho que eres un caballero, y también tendrás que hacer todas las tonterías galantes que hay en la lista que he dejado en la aplicación.

Espero a que proteste, pero no lo hace; se acerca y me mira a los ojos.

—¿Algo más, Georgia?

—Sí. —Señalo el dormitorio—. Como en esta *suite* solo hay una cama, seré yo la que duerma en ella.

—No. La compartiremos.

—En ese caso, dormiré en uno de los sofás.

—¿Por qué? La cama es del tamaño de Alaska. Hay sitio de sobra para dos personas.

—No comparto cama con desconocidos.

—No dijiste lo mismo cuando compartimos el sofá de mi despacho el año pasado.

—Para ser sincera, ahora mismo no compartiría contigo ni todo el ancho mar.

—Te prometo que no te tocaré. —Me aparta unos rizos de la frente y el corazón se me acelera como una estúpida—. A menos que tú quieras.

—¿Sabes qué? Acabo de recordar algo. —Retrocedo un paso—. Tengo que ir con mi hermana a una fiesta privada ahora mismo.

—Savannah nunca iría de fiesta durante el día.

—Ha cambiado —respondo—. Ya no es una adicta al trabajo insufrible.

—Si tú lo dices… —Me mira como si supiera de sobra que estoy mintiendo —. ¿Dónde está la llave de la habitación?

—No te va a hacer falta ninguna llave, porque no puedes salir.

—En algún momento voy a tener que dejar la habitación.

—No, a menos que quieras quedarte fuera. —Me aparto de él y salgo corriendo al pasillo.

Esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

14

Colorado Springs, Colorado

Dominic

Dominic: *¿Vas a volver hoy al apartamento?*

Georgia: *No.*

Dominic: *¿Y dónde vas a dormir?*

Georgia: *Lejos de ti.*

Dominic: *Mañana por la mañana quiero salir a dar un paseo por la finca. ¿Puedes traerme las llaves para entonces?*
(¿Por qué en la recepción hay una nota sobre este apartamento que dice «No copie esta llave o está despedido»*?).*

Georgia: *Mañana no es un buen día para que salgas. (¿Por qué has llamado a recepción? No tienes nada que hablar con ellos).*

Dominic: *Tú trae la llave.*

Georgia: *Te dejaré salir cuando sea el momento. Aquí no tienes privilegios. Buenas noches.*

15

Colorado Springs, Colorado

Un par de días después

Georgia

Todas las Navidades solía regalarles lo mismo a todos los miembros de mi familia: un jersey hecho a mano de su color favorito. La mayoría de las veces se quejaban y no entendían mis motivos. Para empezar, sabía que iban a regalárselo a alguien que valorara un trabajo artesanal, pero, sobre todo, quería ganar el tradicional juego de mi familia: el *dirty* Santa.

Me pongo el regalo bajo el brazo e inspiro hondo antes de entrar en la casa principal.

—¡Ya era hora de que aparecieras! —Taryn me hace señas para que me acerque—. Creo que he adivinado unos quince regalos hasta ahora, y con un poco de suerte podré deducir qué son los demás antes de que el juego empiece de forma oficial.

—Eso es trampa, Taryn.

—Ya lo sé. —Sonríe—. Lo aprendí de ti.

Me río y me quito el abrigo.

—Pásame una caja.

—¿Dónde está tu prometido?

—Está agotado por el vuelo. Os manda saludos.

—Aquí todo el mundo está cotilleando sobre él…

—Menos charla y más desenvolver paquetes con cuidado. —Cojo uno de los regalos e intuyo que contiene un lujoso albornoz.

—Creo que es el tío más sexy que he visto en mi vida. —Sigue sin centrarse en los regalos—. Y ya es decir, porque el prometido de Savannah está bastante bueno.

—Se lo diré —replico—. Después de las vacaciones estará disponible otra vez.

—¿Eh?

—Quiero decir que si lo nuestro no funciona, le daré tu número.

—¡Ja! —se burla—. Por cómo te miraba cuando llegasteis, diría que lo tienes

en el bote.

Pues vale…

—Pásame esa caja granate.

—Hablo en serio, Georgia. —Se acerca y me abraza—. Me encanta ver tan enamorada a mi primita, y me alegro mucho por ti. No me puedo creer que estés a punto de casarte con un multimillonario sexy.

—No deberías creértelo en absoluto.

—A lo mejor debería buscar un trabajo terrible con un director general guapo para ver si también funciona conmigo.

—Vale, mira —digo—, ¿puedo contarte un secreto?

—Solo si quieres que se entere todo el mundo.

—Eso es, literalmente, lo opuesto a lo que pretendía. —Sacudo la cabeza—. Pero gracias por tu sinceridad.

—¡De nada! ¿Cómo de bueno es Dominic en la cama?

—¿Qué?

—Necesito saberlo. —Baja la voz—. Hace siglos que no echo un polvo y él tiene pinta de empotrador, así que tienes que contármelo.

—No hay nada que contar, Taryn. —Pongo los ojos en blanco—. No nos hemos acostado y no vamos a acostarnos jamás.

—¿Por qué no?

—Porque es impotente.

—¡Estás de coña! —exclama.

—No —respondo—. Ese es el gran secreto que quería contarte. Estamos juntos porque congeniamos en el plano intelectual y porque entiendo que, por mucho dinero que tenga, jamás rendirá en la cama. Es supersensible con este tema, así que no digas ni mu.

—De acuerdo. —Parece angustiada—. Lo siento mucho, Georgia.

—No pasa nada. —Le doy una palmadita en la rodilla—. No se puede tener todo en esta vida. Pásame la caja rosa. —Me la pasa y la sacudo—. ¿Tazas de té?

—Eso parece. —Asiente—. Pásame el paquete verde azulado.

Cuando obedezco, noto que mi teléfono vibra con un mensaje.

Dominic: *He salido a dar una vuelta. Regresaré dentro de una hora, así que espérame ahí con la llave.*

Georgia: *No. Tendrás que esperar hasta que me apetezca porque has roto la única regla que quería que cumplieras.*

Irritada, pongo en silencio el móvil; Savannah y el resto de mis primos llegan

para empezar el juego. Como si pudiera leerme el pensamiento, me tiende una botella de vino y me hace un gesto para que me la beba yo solita.

En algún momento, entre una caja de naipes baratas y un bolso de diseño, Dominic entra en la sala. Su mirada se encuentra con la mía al instante y me levanto del sofá de un salto.

—¡Ay, hola! —Me apresuro a su encuentro y bajo la voz—. ¿Qué puñetas estás haciendo aquí?

—He venido a por la llave.

—No voy a dártela. Me quedaré con ella hasta que te vayas.

—No soy tu puto prisionero, Georgia. —Me fulmina con la mirada—. Dame la llave. Ya.

—¡Hola, Dominic! —saluda Savannah—. ¿Te apetece jugar al *dirty* Santa con nosotros?

Respondemos a la vez.

—No puedo.

—No puede.

—Venga, solo una ronda —insiste—. Iremos superrápido.

—Es un juego familiar —protesto, negando con la cabeza—. Dominic no es de la familia.

—Eeeh… —Savannah ladea la cabeza—. Pero está a punto de serlo, ¿no?

—No. —Volvemos a responder al unísono.

—Quiero decir, hoy en día no se puede estar seguro de cuánto va a durar una relación, ¿no? —Suelto una risilla que Dominic no acompaña—. De todos modos, se ha perdido y tengo que llevarlo al apartamento.

—¡Espera, Georgia! —Taryn se levanta—. ¿No te olvidas de algo?

—De cómo decir la verdad, por desgracia —murmuro.

—Estás bajo el muérdago. —Señala la rama blanca y verde que hay sobre nosotros.

—¿Y? —resoplo—. Regreso dentro de un rato. ¿Me guardas ese paquete de lunares?

—Claro. Después de que beses a tu prometido. —Savannah se echa hacia delante, expectante—. Nos obligaste a hacerlo a Garrett y a mí cuando nos registramos. No es para tanto.

—Pero porque estáis prometidos.

—Pues como Dominic y tú.

—A ver, es que besa fatal —intento salvarme—. No disfrutamos besándonos.

—¡Y es impotente! —exclama Taryn—. Tienen una relación asexual porque a él no se le pone dura, así que a ella no le gusta provocarlo con ningún tipo de

comportamiento sexual. Ni siquiera se besan porque le da taquicardia.

—¿Qué cojones dices que soy? —Dominic me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—No pasa nada, Dominic. —Taryn se lleva una mano al corazón—. Aquí nadie te juzga ni le importa a nadie lo que le ocurra a tu pene mientras hagas feliz a Georgia.

—¡Bueno, al menos ahora saben la verdad sobre ti! —Dejo escapar una risita nerviosa y me aparto del muérdago—. ¿Nos vamos, Dominic?

—Aún no.

Me estrecha entre sus brazos y me pega a su cuerpo. Sin previo aviso, se apodera de mis labios con un beso tan largo y agresivo que casi me hace perder el equilibrio.

—¿Por qué me tocas las narices, Georgia Grey? —susurra, y me da una palmada en el culo.

Suelto un gritito ahogado, pero enseguida me dejo llevar por la abrumadora sensación que me provocan sus caricias: me pasa las manos por la espalda para mantenerme erguida, y en esa postura me doy perfecta cuenta de lo excitado que está. Le importa una mierda sobarme así en público.

Entro en pánico al imaginar lo que deben de estar pensando —y que no sé si podré hacer que lo olviden en algún momento—, y como si Dominic me leyera el pensamiento, me rodea la nuca y me da un beso largo y lento que hace que se me encojan los dedos de los pies.

Cuando por fin me suelta, me arden las mejillas y no soy capaz de mirar a nadie a los ojos.

—Pues a mí me parece que besa muy bien…

—¿A que sí? Supongo que esto responde a mi pregunta de cómo de bueno es en la cama…

Sus susurros y risitas son lo bastante fuertes como para que yo los oiga.

—Estoy muy lejos de ser impotente —le dice a Taryn—. Tu prima tiene un sentido del humor muy extraño.

—Está claro. —Taryn se abanica, y yo lucho por recuperar el aliento.

—Ahora sí podemos irnos —dice Dominic.

—Sí, vale. —Cojo el abrigo y miro hacia mi familia—. Vuelvo ahora.

—No, no vas a volver.

Savannah y Taryn se ríen, y yo estoy demasiado aturdida por ese beso como para contestarles.

Salgo con Dominic; un carrito nos está esperando, pero en lugar de pedirle que nos acerque al apartamento, le digo al conductor que nos lleve a recepción.

—Creo que deberíamos pedir una llave para ti antes de nada —explico.

—Te lo agradezco.

Hacemos el trayecto en silencio, e intento fingir que no se pasa todo el camino acariciándome los hombros.

—Vaya, vaya, vaya. —Dante se planta delante de nosotros cuando entramos en el vestíbulo—. Cuánto tiempo sin vernos, señor Reiss.

—No el suficiente, la verdad. —Se vuelve hacia mí—. Te espero en la recepción.

Se pone a la cola tras otro huésped y me quedo a solas con Dante.

—Qué pequeño es el mundo, ¿eh? —Dante sacude la cabeza—. Esto se parece a las Navidades pasadas.

—Este año no estoy saliendo con un mentiroso infiel.

—No te mentí. Solo no te dije que te estaba engañando hasta que fue absolutamente necesario revelarlo.

—Vale, adiós. —No me deja pasar.

—No hemos acabado de hablar, Georgia.

—¿No tienes una prometida? ¿Alguien que de verdad quiera estar cerca de ti?

—La he invitado a que pase el día en el *spa*. Esperaba encontrarte con tu prometido para que pudiéramos charlar.

—No es tu mayor fan.

—Pero yo sí soy el suyo, ya que, como los dos sabemos, en realidad es yo.

Ay, Dios…

—¡Georgia! —Mi prima pequeña, Ciara, corre hacia mí y me tiende un marco de fotos—. ¿Puedes pedirle a tu prometido que me firme este regalo? Es para la boda de la prima Savannah.

—¿Vas a ser una personalidad de tipo A, como ella?

—¡Da igual! —Me lo arranca de las manos—. Ya se lo pediré yo.

Corre hacia Dominic y le tira de la pernera del pantalón.

—Vamos, no me jodas… —Dante se cruza de brazos—. ¿Tu familia cree que es tu prometido? —Puedo ver cómo giran los engranajes en su mente cuando echa la cabeza hacia atrás y se ríe—. Por eso ha venido, ¿no? —Resopla—. ¿De verdad crees que voy a dejar que te salgas con la tuya?

—No es asunto tuyo.

—Eso ya lo veremos. He quedado con tu abuela para cenar esta semana, así que ya te contaré cómo se toma las noticias.

—No serás capaz.

—Lo soy y lo seré.

El sonido de su risa me acompaña mientras me alejo de él.

Si antes tenía dudas, ahora ya es definitivo: esta es la peor Navidad de mi

vida.

16

Colorado Springs, Colorado

Un viaje en tren más tarde

Dominic

—Aquí tienes tu llave —dice Georgia, y la deja sobre el tocador de la *suite*—. Por si acaso, dejaré una de repuesto bajo el felpudo.

—Gracias.

—Tienes que hacer acto de presencia en el concurso de poda de árboles mañana por la mañana —explica, esquivando mi mirada—. Ponte el pijama de franela verde que está en el armario para la foto oficial. ¿Alguna pregunta?

—Tenemos que hablar de lo que acaba de ocurrir.

—Te reservaré una pista de esquí. Dijiste que te apetecía verlas.

—Georgia, el beso.

—Le he mandado un mensaje a Charlie para que te haga un *tour* privado alrededor del complejo. —Mira por la ventana—. Está deseando enseñarte algunos de los lugares que la mayoría de los huéspedes no llegan a ver.

—Mírame, Georgia.

—Hay un nuevo *spa* con *jacuzzis* al aire libre que abrirá en febrero, pero, ya que estás aquí, puedes probarlo antes. Y ya que hablamos de eso…

Me acerco a ella mientras habla de la tradición de la cena de Navidad de su abuela. Le alzo la barbilla con la punta de los dedos y la miro a los ojos.

—¿Por qué le has dicho a tu prima que soy impotente?

—Porque piensa que quiero acostarme contigo.

—No es una acusación terrible.

—Sí que lo es. —Se sonroja—. Es difamatoria y, si no fuera pariente mía, la demandaría.

Es inútil rebatir esa mentira flagrante, así que cambio de tema.

—Tengo algo que preguntarte —digo.

—No vamos a hablar del beso, Dominic.

—Gracias por admitir que ha sucedido. —Tengo que recurrir a todo mi autocontrol para no volver a saborear sus labios—. Pero quería hablar del motivo por el que tu abuela te despidió.

—No me despidió. —Frunce el ceño—. Me hizo dimitir temporalmente.

—De acuerdo. —No la dejo salir del atolladero—. ¿Por qué?

—Fastidié una boda. Es como lo peor que puedes hacer en atención al huésped.

—Me cuesta creerlo. —La expresión de su cara me dice todo lo contrario—. Y si así hubiera sido, estoy convencido de que habrías hecho todo lo posible por solucionarlo, ¿no?

—La verdad es que no. —Se encoge de hombros—. Puedo ser una empleada terrible, y tú lo sabes mejor que nadie.

—Georgia…

—El novio la estaba engañando. —Se le quiebra la voz—. Lo vi follando con otra mujer cerca de la zona del *jacuzzi* después de la cena de ensayo, así que… estropeé algunas cosas para darle un tiempo a la novia. Y quizá, por accidente, reprodujera las imágenes de las cámaras de seguridad cercanas al *jacuzzi* en su *suite* nupcial para que supiera con quién estaba a punto de casarse. —No digo ni palabra—. Se supone que no debemos meternos en los asuntos de los huéspedes, pero a veces me encariñaba demasiado. Esa fue la gota que colmó el vaso.

—¿Lo sabía tu abuela?

—No —responde—. Se limitó a pensar que había sido poco profesional porque no era la primera vez que metía la pata con una boda ese año. Aunque por la misma razón. Los dos novios culparon al complejo por hacer que sus prometidas se marcharan y perdimos más de un millón de dólares de beneficios potenciales.

—Deberías haberle dicho la verdad.

—Habría dado lo mismo. Para empezar, no debería haberme involucrado en los asuntos de otros.

—¿Lo lamentas?

—Ni de coña. —Niega con la cabeza—. Pero tengo la sensación de que ella estaba buscando un motivo para que consiguiera experiencia laboral fuera de aquí. Así sabría cómo son las cosas cuando no tienes el trabajo de tus sueños.

—Creo que hiciste lo correcto.

—¿Al echar a perder dos bodas?

—Sí.

—Gracias. Y ya que me estoy abriendo en canal, ¿puedo confesarte algo?

—Sí.

—Eres el peor jefe que he tenido en mi vida.

Sonrío.

—Bueno, tú eres la peor empleada que he tenido.

—Detestaba cómo llevabas el negocio —insiste—. Nos tratabas a todos

como si estuviéramos por debajo de ti.

—Técnicamente hablando, así era. —La miro de arriba abajo—. Pero te pido disculpas si te hice sentir mal mientras trabajabas para mí.

—¿Al acabar este fin de semana podrías aprovechar para ser lo cabrón que eres capaz de llegar a ser?

—Haré lo que pueda. —Me acerco—. Deberías irte ahora si no quieres echar un polvo salvaje.

—¿Y un polvo normal?

—También me vale. —Miro hacia el dormitorio—. ¿Es eso lo que quieres?

Por un momento parece considerar la idea, pero luego se escabulle por la puerta principal.

17

Colorado Springs, Colorado

Georgia

Taryn entra en mi despacho a la mañana siguiente.

—¿Sabías que tu prometido sale en la portada en la edición de diciembre de *GQ: Business Edition*?

—Sí, Taryn, ya estaba al tanto.

Abro el horario de los empleados y me pongo las gafas de leer.

—Es la leche de sexy. —Cierra la puerta—. Todavía no puedo creer que te las arreglaras para mantener su verdadera identidad en secreto durante tanto tiempo.

—Ha sido un milagro navideño. —Suelto un suspiro—. Estoy superocupada preparándolo todo para las vacaciones, así que, por favor, no digas nada más a no ser que sea «Encantada de ayudarte».

—¡Encantada de ayudarte!

—¿En serio?

—Sí. —Asiente y se deja caer en la silla que hay frente a mí—. Y ahora que ya lo he dicho, quiero que me cotillees sobre el pene de tu prometido. Quiero saber lo grueso y lo largo que es y dónde están todas y cada una las venas. Sacia mi sed de salseo con gotas de información.

18

Colorado Springs, Colorado

Dominic

—¡Urgencia! ¡Urgencia! ¡Urgencia!

Mi segundo móvil de trabajo suena en mitad de la noche. Solo tres personas tienen el número, y todas han jurado no llamarme esta semana, así que debe de ser un teleoperador desesperado.

Me doy la vuelta en la cama para apagarlo, pero es una llamada de FaceTime de Mindy.

Preocupado, me incorporo y enciendo la luz antes de contestar.

—¿Qué ocurre?

—Señor, sé que está de vacaciones, pero me he encontrado con algo bastante inquietante y me gustaría saber cómo desea que lo gestione.

—De acuerdo. —Salgo de la cama y llevo el portátil al balcón—. Deme el nombre del empleado y dígame qué ha hecho.

—No se trata de un empleado. Es su exnovia, Amy.

—Ella y yo ya no tenemos nada que ver.

—Pues creo que no se ha dado por enterada. —Me muestra un comunicado de prensa—. Este es uno de los treinta que está previsto publicar, y le han dado a su empresa hasta medianoche para hacer comentarios.

—¿Y por qué es una «urgencia», Mindy?

—Porque no los he recibido de los medios de comunicación —responde—. Me han llegado de los accionistas, y algunos están amenazando con invocar la «cláusula de inmoralidad» y destituirlo como consejero delegado antes de Año Nuevo.

—Creo que me he perdido algo…

—Amy se ha embarcado en una misión de tierra quemada y mujeres despechadas. —Suspira—. Lo ha acusado de abusos psicológicos.

—¿Qué?

—Dice que, tras el tiempo que estuvieron juntos, se dio cuenta de que era un controlador patológico. Tiene la declaración del gerente de una joyería para respaldarla. El hombre afirma que irrumpió en el negocio y exigió que sacaran de su cuenta todo lo que ella había puesto a su nombre.

—Y así fue.

—¿También le decía qué ropa ponerse y cómo llevar el pelo y controlaba todo lo que comía?

—En absoluto.

—Me lo imaginaba. —Ella sacude la cabeza—. Si me concede una hora de su tiempo, puedo redactar una declaración sobre estas atroces acusaciones.

—No se moleste. Dígales que estoy prometido con una mujer llamada Georgia Grey y que he ido a visitar a su familia durante las vacaciones. Acláreles que llevamos saliendo más de un año.

—¿Quiere que mienta?

—Técnicamente es la verdad, Mindy.

—No puede ser. —Inspira hondo—. Estoy con usted a muerte… ¿Cómo es posible que no me haya enterado hasta ahora?

—Me olvidé de enviarle un correo hace semanas. —Renuncio a que lo deje pasar—. Esto ha sido una locura.

—Ya me lo imagino. —Asiente—. ¿Por eso se resistió a despedirla durante tanto tiempo, porque la quería?

—Me gustaba mucho.

—No, tenía que ser amor. —Se da unos golpecitos en la barbilla con el dedo —. Al echar la vista atrás, está claro que se salió con la suya después de un montón de mierdas por las que usted habría despedido a cualquiera.

—Al final sí la despedí.

—Porque quería salir con ella, ¿no?

—Para que pudiera volver a hacer lo que se le daba bien.

—¿Ve? —Sonríe—. ¡Eso es amor!

Me río.

—No pierda mucho el tiempo con la declaración. Mándela y ya está, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, señor.

—Quería darle las gracias por la taza. —Levanto la taza con la leyenda *«Por fin multimillonario»* que he traído conmigo—. Se lo agradezco.

—Ese no es mi regalo. —Parece confusa—. Yo le he comprado una camiseta que pone *«Soy más rico que tú y todos tus amigos juntos»* que le llegará después de las vacaciones.

—¿Espera que me la ponga?

—No. —Se ríe—. Esa taza la enviaron desde un lugar llamado La Finca de Grace, en Colorado. Tengo programado mandar una tarjeta de agradecimiento la semana que viene.

—Ya me encargo yo de agradecerlo personalmente. —Sonrío—. Feliz

Navidad, Mindy.

—Feliz Navidad, señor Reiss.

Espero a que se apague la pantalla y vuelvo a la cama.

Hacia las tres de la mañana, Georgia entra de puntillas en el dormitorio.

Es la primera vez que viene desde que llegamos, y, en lugar de meterse en la cama conmigo, se pone una camiseta extragrande y se deja caer en el sofá.

Cuando se sube la manta hasta el cuello, aparto las sábanas y me acerco a ella; deslizo las manos bajo su cuerpo y la levanto de los cojines.

—¿Qué haces? —Abre los ojos.

—Llevándote adonde debes estar. —La dejo caer sobre la cama y me tumbo a su lado—. De nada.

Se da la vuelta para mirarme.

—No tenemos por qué dormir juntos.

—De acuerdo. —Le rodeo la cintura con un brazo y la acerco aún más a mí —. ¿Tienes algo más que añadir?

—Sigo intentando pasar de ti, pero eres lo único de lo que quieren hablar todos.

—¿No era eso lo que querías?

—No, solo quería que me nombraran directora del complejo —susurra—. Ni siquiera puedo decir «Buenos días» sin que alguien responda «¿Cómo está Dominic?».

Me río.

—Mañana voy a comer con tu abuela. ¿Hay algo que deba saber?

—Sí. No vayas.

—Creo que solo quiere echarle un vistazo al anillo de compromiso —sonrío —. No es para tanto.

—¿Vas a decirle que lo tiraste por la ventanilla?

—No, tengo uno que enseñarle. —Paso un dedo por sus perfectos labios carnosos—. El otro día compré uno bastante convincente.

—Eso no formaba parte del trato.

—Por si acaso —respondo—. Gracias por la taza de café que me enviaste el día que me hice multimillonario. Si hubiera sabido que era tuya, te habría dicho algo antes.

—Está bien, de nada. —Hace una pausa—. ¿No has visto las tarjetas? ¿Esas que ponían «Todavía te odio por lo que hiciste las Navidades pasadas» y «Espero que seas infeliz»?

—No.

—Vale, te las enseñaré. —Intenta salir de la cama y alejarse de mí, pero ya

está bien de juegos.

—Ya me las enseñarás mañana. —Le beso el cuello y su respiración se vuelve errática—. Mientras tanto…

Deslizo una mano bajo su camiseta y le subo lentamente el dobladillo hasta que dejo su pubis al descubierto.

—Tengo que trabajar dentro de unas horas. —Su respiración se ralentiza—. No puedo.

—¿No puedes dejar que te bese y que te meta los dedos en ese sexo empapado hasta que te corras?

—Sí —gime cuando deslizo dos dedos en su interior—. Joder… Sí, puedes hacerlo.

—Y voy a hacerlo. —La tumbo sobre mí—. Se acabó la charla por esta noche.

19

Colorado Springs, Colorado

Georgia

Por la mañana tengo los labios hinchados y deliciosamente doloridos por las horas que Dominic se ha pasado besándome. A mi mente acude el recuerdo de cuando cabalgaba sobre su mano y él me exigía que dijera su nombre; yo no dejaba de repetir *«Sí, joder, esto es lo que quiero»*.

—¿Por qué estás hablando sola, Georgia? —Taryn sacude una mano delante de mi cara—. Estamos en medio de una auténtica crisis.

—Lo siento. —Sacudo la cabeza para salir del trance—. ¿Qué pasa?

—Han llamado tres más para decir que están enfermos. Y ni siquiera se han molestado en ser convincentes. Uno de ellos, incluso, se ha reído literalmente en mi cara.

—No puede ser. No pueden dejarme tirada en vacaciones. —Abro la hoja de cálculo actualizada y la miro fijamente como si las cifras fueran a cambiar—. Antes de atreverme a entrar en esto… —Cojo una carpeta—. ¿Cómo va el pedido de magdalenas de Savannah?

—Pues igual que la semana pasada cuando llamó a medianoche preguntando por eso. —Resopla—. Ella y su jefe deberían fugarse y evitarnos la tortura de planificar la boda.

—Se lo sugerí y lo rechazó.

—Sugiéreselo otra vez.

—Lo haré. —Estoy demasiado estresada para reírme—. Llamaré a la panadera para que haga unas muestras, a ver si la mantenemos a raya un poco. ¿En qué departamento quieres ayudarme hoy?

—Limpieza.

—¿Podrías encargarte también de la recepción?

—Puede que un par de horas…

—Vale, eso me deja con… —niego con la cabeza— todo lo demás.

Suena el timbre del servicio vip y cojo el teléfono.

—Atención al huésped —saludo—. ¿Qué puedo hacer para mejorar su velada?

—Me gustaría que alguien subiera y me preparara el *jacuzzi* con lavanda y

velas —dice una mujer—. Y quisiera también unas toallas calientes.

—Será un placer, señorita. Me haré cargo enseguida de su petición.

Empiezo a escribir un correo para el departamento de *spa,* pero me doy cuenta de que solo tienen dos empleados y no va a servir de nada.

—Taryn, ¿puedes hacerme un favor?

El timbre del servicio de atención al huésped vuelve a sonar y yo me cuelgo una sonrisa falsa antes de contestar.

—Atención al huésped. ¿Qué puedo hacer para mejorar su velada?

—Me gustaría que llevaran a mi habitación su mejor vino frío, unas fresas y *s'mores* en los veinte próximos minutos —dice un hombre—. Creo haberlo mencionado al hacer el *check-in*.

—Así es, señor Hanson. —Lo recuerdo—. Nuestro chef tiene preparado su pedido sin gluten.

—Es usted la mejor, señorita Grey. Gracias.

Espero a que cuelgue y llamo a la bodega. La línea suena y suena y suena. *¿Ryan y Liam también están de baja?*

Cuelgo el teléfono de golpe.

—El cambio de turno es dentro de siete horas y no hay forma de que podamos hacerlo todo a tiempo.

—Está bien, Georgia. —Taryn se dirige a la puerta—. Me encargaré del huésped del baño de lavanda, correré a la bodega y volveré para ayudar, ¿de acuerdo?

—¿Me prometes que vas a volver?

—Si tú me prometes dejar esa cara de loca, sí. —Se va corriendo sin añadir nada más y yo cojo una bolsa de papel para respirar dentro, ignorando las lágrimas que hacen que me piquen los ojos.

¿Por qué tiene que pasar esto en Navidad?

Dominic entra de repente en la cocina, vestido con unos vaqueros y una camiseta.

—Ahora no es un buen momento —digo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Me has dicho adónde ibas. —Sonríe—. Además, he pensado que podías necesitar ayuda.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Que nadie contesta en recepción.

—Me encargaré de ello. —Paso junto a él y me agarra por la cintura.

—Se está ocupando tu prima.

—No tiene la voz más amable del mundo, así que voy a asegurarme de que mantenga el tono alegre. —Intento esquivarlo, pero no me deja.

—Primero tienes que prometerme que vas a calmarte.

—Estoy tranquila. —Se me quiebra la voz—. No me preocupa lo más mínimo que las cosas se vayan a la mierda y que todo el mundo me deje colgada mientras intento también mantener a raya los pensamientos sobre ti porque todos tienen que ver con follar.

—Ahora sabes cómo me siento.

—Supongo que sí. —Me encojo de hombros—. Pero, en serio, estoy bien, así que, si me sueltas para que pueda superar estas vacaciones infernales cuanto antes, te estaría muy agradecida.

—Georgia… —Agacha la cabeza y me da un beso en el cuello—. Tranquilízate.

—Estoy tranquila.

—No, no lo estás. —Me pasa la lengua por la piel desnuda de los hombros, dejando un rastro suave y cálido a su paso.

Mi respiración ya no depende de mí: se entrecorta y se anticipa su próxima caricia.

Me mira fijamente a los ojos, me desabrocha el botón superior de la camisa y me baja el sujetador de encaje; se echa hacia delante y me chupa el pezón derecho, y yo me agarro al borde de la mesa para apoyarme. Se toma su tiempo para besarlo, chuparlo y acariciarlo antes de dedicarle al izquierdo la misma placentera rutina. Me da un beso entre los pechos, me agarra por la cintura y me deja sobre la mesa. Se pone entre mis piernas, me sube la falda hasta el estómago y mi corazón se acelera erráticamente.

—Dominic… —consigo decir—. ¿Qué haces?

—Shhh. —Me da un beso en el vientre y mi cuerpo entero se pone en tensión cuando me aparta las bragas con suavidad, pone las manos sobre mis muslos y me los separa.

Antes de que pueda decir palabra, se echa hacia delante y me chupa el clítoris empapado.

—Ay, Dios mío… —Tener sin previo aviso esa boca sobre mí es demasiado.

Lo agarro del pelo mientras me chupa con más fuerza y me hace recordar cómo deslizó anoche dos dedos en mi interior.

Los gemidos se me atascan en la garganta cuando saca los dedos y se pone mis piernas sobre los hombros.

Su lengua en esa postura me da aún más placer, es más osada, y yo renuncio a mantener el control. Me devora una y otra vez, hasta que le suplico que haga que me corra en su boca, hasta que mis piernas dejan de temblar.

Tardo una eternidad en volver en mí, pero cuando lo hago me está mirando sonriente.

—Sabes fenomenal —dice—. ¿Estás más tranquila? —Asiento, incapaz de

hablar—. Bien. —Me abrocha la camisa—. Voy a cambiarme de ropa y, cuando vuelva, me dirás qué tareas necesitas delegar y ya iremos viendo a partir de ahí.

¿Por qué quieres ayudarme?

—Porque me gustas. —Me lee la mente—. Mucho. Te veo dentro de veinte minutos.

Se aleja y yo me recompongo lo mejor que puedo.

Cuando termino de atusarme el pelo, Taryn entra en mi despacho con una cesta llena de galletas.

—Un huésped vip quiere que calentemos esto y se lo llevemos a su *suite* para cuando termine de pasear al perro —explica—. ¿Te has planteado bajar a dos estrellas la categoría del complejo durante el resto de la semana?

—Ni de broma.

—¿Piensas pagarme por todo este trabajo?

—Si no te vas, sí. —Le hago un gesto para que me dé las galletas y ella se ocupa del teléfono mientras yo redacto una lista.

Cierro los ojos durante unos segundos y pienso en lo más importante: todo lo que podemos descuidar entre bastidores.

—Vale, Taryn —digo—. Tienes que desviar todas las llamadas de recepción al buzón de voz. Di que el sistema está temporalmente caído, pero que, si dejan un mensaje, los atenderemos lo antes posible.

—¿Estás segura?

—Sí. Nadie más va a registrarse esta semana, y no hace falta que haya alguien ahí plantado cuando estamos escasos de personal.

—Vale, me pongo a ello. —Cuando abre el portátil, veo que Dominic ha vuelto.

—Durante la próxima hora, tú y yo tendremos que encargarnos de la lista de peticiones especiales para que Taryn pueda llevarlas a tiempo.

—De acuerdo.

—¿No tienes ningún comentario de listillo?

—Por mucho que te lo merezcas por todo lo que me has hecho pasar… —me da un beso en la frente—, no quiero que fracases.

—Gracias.

—Ya encontrarás algún modo de compensármelo. ¿Dónde está esa lista?

El resto del fin de semana trabajo junto a Taryn y Dominic, y sobrevivo a base de dormir a ratos y tomar café y panecillos.

Y de alguna manera me las arreglo para seguir adelante.

19 (B)

Chat de grupo

Georgia

Prima Taryn: *¡Mirad! He tomado estas fotos de Dominic mientras nos ayudaba esta semana. Tengo que encontrar a un hombre que me mire como él mira a Georgia.*

Savannah: *Ay, están tan enamorados…*

Prima Taryn: *No me puedo creer que haya intentado mentirnos y actuar como si este tío no estuviera rompiéndole el cabecero y haciendo que lo llame «papi» todas las noches. #impotenteyunamierda.*

Savannah: *Espera, ¿qué? ¡¿Georgia juega al papaíto?!*

Prima Taryn: *Debería…* 😂
Me muero de risa. Lo decía por decir. Probablemente no.

Savannah: *¿Crees que se declarará mientras esté aquí?*

Prima Taryn: *No lo sé. Con lo que hemos estado trabajando, a lo mejor no lo hace hasta mucho después de las vacaciones. Apenas hemos dormido unas horas.*

Savannah: *¿Y algo de todo ese trabajo tenía que ver con mi boda? Te envié dos muestras y aún no me has confirmado la recepción.*

Prima Taryn: *¡Oh, dios mío! ¡No!* 😮 *A lo mejor es tu prometido el que tiene que romper tu cabecero para que tú puedas relajarte. Tu boda es dentro de dos putos años.*
Ya te mandaré un mensaje más tarde. Georgia me está enviando otra lista de tareas y está sonriendo como el gato de Cheshire. Dominic debe de habérselo comido en la oficina. 😂😂😂

Savannah: *¡Taryn! Has vuelto a meter a la abuela en el chat de grupo equivocado.*

Georgia: *Yo también estoy…* 😲

Abuela Hattie: *¿Qué es «jugar al papaíto»?*

20

Colorado Springs, Colorado

Georgia

—¡Voy a dejar unos buñuelos recién hechos en la cocina para los huéspedes de la *suite* Polar Express! —le grito al chef—. Volveré para ayudarte con la barra de los *s'mores* dentro de una hora.

—¡Gracias, Georgia!

Estoy demasiado agotada para pensar con claridad; me apoyo en el mostrador y me planteo echar aquí una cabezadita en lugar de perder el tiempo paseándome por la finca.

—Hola, Georgia. —La abuela Hattie entra en la cocina y yo hago acopio de todas mis fuerzas para animarme y sonreír—. Te he estado buscando por todas partes.

—Sí, bueno, estaba relajándome un poco porque como este lugar se dirige solo…

—Es verdad. Has gestionado esta semana maravillosamente.

—Creo que querías decir que casi he sobrevivido a esta semana.

—Este complejo estará en buenas manos contigo al timón, y el personal ya está planeando una fiesta de transición impresionante.

—Diles que esperen un poco. —Me desato el delantal—. Estoy pensando en cómo castigarlos por haberme dejado colgada.

—¿Por qué?

—Han abandonado el trabajo por un concierto de Taylor Swift y me han dejado sola en el peor momento del año. —Me lanza una mirada confusa—. A ver, que habría entendido que vayan al concierto, claro, pero ¡se han tomado libre toda la semana!

—No ha sido así, Georgia.

—Claro que sí. —Hago un gesto con la mano—. ¿No ves lo vacía que está esta cocina?

—He sido yo la que les dijo que se tomaran unas vacaciones —replica—. Vale, debería haberles dicho que inventaran unas excusas más creíbles, pero ha sido cosa mía.

—¿Por qué?

—Porque cualquier gerente puede trabajar bien cuando el viento sopla a favor. —Se acerca—. Quería ver si podías dirigir este lugar cuando todo va mal. —La miro fijamente—. Habría intervenido para ayudarte si se te hubiera ido de las manos, pero has tomado las riendas, y estoy muy orgullosa de ti. —No digo nada—. El personal va a trabajar en su horario habitual a partir de esta tarde, así que puedes disfrutar de las noches el resto de la semana. Solo haces falta para resolver las peticiones de las *suites* vip, y ya sabes que esos huéspedes no suelen llamar a menos que sea una urgencia. ¿Vas a decir algo, Georgia?

—No lo sé. —Entrecierro los ojos—. Ahora mismo no sé qué sentir.

Me da un fuerte abrazo.

—Deberías sentirte realizada y feliz.

—No, no me siento así en absoluto…

Se ríe y saca del bolsillo una chapa dorada con mi nombre.

—Bueno, ponte esto y al final te sentirás así.

Paso los dedos por las letras grabadas y el corazón me da un vuelco.

«Señorita Georgia Grey
Directora Ejecutiva de La Finca de Grace».

—Ya discutiremos la logística y el cambio de puesto en otro momento. —Me da un beso en la frente—. Estoy segura de que a tu prometido le gustaría pasar algo de tiempo contigo.

Se marcha sin añadir nada más y yo apago los hornos antes de coger el tranvía para ir al apartamento.

Cuando vuelvo Dominic está apoyado en la chimenea tomando una copa.

—Estaré listo para ayudarte en el complejo dentro de un minuto —dice.

—No hace falta —respondo—. Tengo el resto de las tardes libres, así que puedes recoger tus cosas y largarte a tu casa.

—¿Qué?

—Ya está todo arreglado: acaban de nombrarme directora ejecutiva y ya no te necesito. Gracias por tu ayuda.

—¿Así de fácil? —Enarca una ceja.

—Sí. Así.

—Vale, Georgia. —Deja el vaso—. Felicidades.

—Gracias. ¿Quieres que llame a un botones?

—Todavía no. —Se acerca a mí—. He estado pensando y me he dado cuenta de que te llamé todos los días durante un mes cuando te fuiste.

—Recuerdo vívidamente haberle dado a ignorar la llamada.

—¿Por qué?

—Para empezar, me despediste, Dominic.

—¿Y para seguir?

—Supuse que con el tiempo me olvidarías y te irías con otra.

—¿Y qué tal va esa predicción?

—Bastante bien.

Se ríe, me rodea la cintura con un brazo y me estrecha contra su pecho.

—Te echaba de menos. —Me muerde el labio inferior—. Creo que aún no he superado que salieras con Dante mientras trabajabas para mí.

—¿Estabas celoso?

—Mucho. —Me rompe la camisa y los botones se desparraman por el suelo —. ¿Salías con él solo para joderme?

—Al principio no —reconozco—. Aunque no voy a hacer comentarios sobre lo que pensaba unas semanas después.

Vuelve a morderme el labio.

—Podrías habérmelo dicho.

—Podrías haber sido mejor jefe.

—Si no fueras tan horrible en tu trabajo, podría haberlo sido.

—¿En serio era tan mala?

—Eras lo peor. —Me estrecha con más fuerza—. Pero te perdonaré si admites de una vez que me deseas tanto como yo te he deseado a ti siempre.

Me besa profundamente antes de que pueda decirlo, y me roba tanto el aliento que no puedo pronunciar palabra.

—Te he deseado desde el primer día que te vi, Georgia —reconoce—. Y espero que no sigas haciendo esto más difícil de lo necesario.

—Aaah… —Gimo cuando me da un pellizco en el culo—. No lo haré…

—Pues dilo.

—Yo también te deseaba —confieso—. Aún te deseo.

—Bien. —Sonríe—. ¿Y cómo me deseas? —Mis mejillas se calientan cuando me roza los labios con un dedo y me los abre suavemente para deslizar la yema de su pulgar sobre mi lengua—. Dime. Es tu turno.

—Primero te quiero en la boca.

Parece aturdido, pero se desabrocha el cinturón.

—Sácala.

Deslizo lentamente una mano dentro de sus calzoncillos y mi respiración se entrecorta cuando su pene se endurece bajo mi contacto. Me tomo mi tiempo para sacárselo y admiro lo enorme y grueso que es.

Me agacho y abro la boca de par en par para rodear la punta con los labios;

me gano un gruñido sordo de aprobación.

—Joder… —Me pasa los dedos por el pelo mientras me lo trago centímetro a centímetro.

Me dan arcadas cuando llega al fondo de la garganta y muevo la cabeza hacia atrás. Luego, sabiendo que por fin tengo el control, lo chupo y paso las manos arriba y abajo, gimiendo, y él se tensa de placer.

—Voy a correrme en tu boca si sigues haciendo eso —susurra—. ¿Es eso lo que quieres? —No puedo concentrarme cuando me mira así—. ¿La quieres en la boca o dentro de ti? —Me mira fijamente a los ojos—. Dilo.

—Quiero las dos cosas.

Sonríe y hace que me ponga contra el respaldo de un sillón para que quedemos frente a frente. Abre un condón, lo desliza por su miembro y entra en mí lentamente.

—Oooh… —gimo cuando llega hasta el fondo, y me da unos segundos para adaptarme a lo mucho que me llena.

—Esto es la leche de bueno —susurra, y me da un beso en el cuello—. Abrázame.

En cuanto obedezco, embiste en mi interior.

—¡Dominic!

—¿Sí? —Se bebe mis palabras con otro beso profundo—. ¿Esto es lo que quieres?

Estoy demasiado ida como para responder. Solo puedo mirarlo a los ojos mientras follamos y me demuestra que sabe cómo darme placer.

Desliza una mano entre nosotros y me acaricia el clítoris hinchado con el pulgar; seguimos follando y no deja de besarme.

Con cada caricia me acerca más al borde del orgasmo, pero no deja que lo alcance.

—Dime que eres mía —ordena.

—Sí… —digo con voz ronca.

—No. —Me muerde el labio inferior—. Dilo.

—Yo… —Estoy a punto de desmoronarme—. Yo…

—No me hagas pedírtelo otra vez. —Embiste con más fuerza, más profundo, exigiéndome que pronuncie las palabras que desea oír.

Las tengo en la punta de la lengua, resistiéndose a escapar de mis labios; antes resuenan mis gritos y mis gemidos.

Cuando me agarra del pelo y se hunde hasta el fondo en mi interior, me vuelvo loca.

—¡Sí! ¡Joder, sí! —jadeo—. ¡Soy tuya, joder!

Embiste una y otra vez en mi interior, llevándome al límite, obligándome a

aguantar hasta que ya no puedo más. Me fallan las piernas y bajo los brazos, sin fuerzas.

Me sujeta con firmeza y se tensa contra mí mientras grito más fuerte que nunca.

Ha sido el mejor polvo de mi vida.

Jadeando al unísono, nos miramos fijamente a los ojos, aún entrelazados.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, solo… —Me arden las mejillas—. Sé que acabamos de hacerlo, pero creo que quiero…

—¿Follar otra vez?

—Sí, por favor.

Se ríe, me besa y, en cuestión de segundos, vuelvo a perderme en sus brazos.

Por la mañana me doy la vuelta en una cama vacía, convencida de que lo de anoche fue solo un sueño. Dejo escapar un suspiro y me acomodo la almohada detrás de la cabeza. El dolor muscular me confirma que, después de todo, el mejor sexo de mi vida ha sido de verdad. Intento incorporarme, la puerta del baño se abre y Dominic entra en la habitación completamente desnudo.

Sonriendo, se acerca y se desliza bajo las sábanas.

—¿Quieres salir del apartamento hoy? —pregunto.

—No. —Me pega a su pecho—. No vamos a salir de aquí hasta dentro de mucho tiempo.

21

Colorado Springs, Colorado

Georgia

Liam (bodega): *Tenemos trescientas botellas de champán refrigeradas para los actos de esta semana. Aseguraos de anotar las salidas, ¡por favor!*

Amy (recepción): *Es Nochebuena. Hagamos que sea inolvidable para todos nuestros maravillosos huéspedes.*

Chef Alwyn: *Georgia, ¿puedes ayudarnos con una petición vip? ¡Es urgente!*

Me zafo de los brazos de Dominic, me pongo la americana del uniforme y voy a la cocina.

—¿Qué necesitas? —le pregunto al chef.

—Un invitado ha pedido un brindis con champán en el vestíbulo —dice.

—¿En serio? —Reviso los papeles—. Creía que mi abuela lo había reservado hoy para para las fotos de la familia.

—Como si fuera a rechazar la petición de un huésped… —Coloca una guinda en un plato—. Te veo luego.

Cojo una bandeja de champán y la dejo en un carrito. Sonrío a las parejas que están disfrutando de la decoración navideña del hotel y me detengo cuando veo a un hombre de esmoquin en el atrio.

¿Dante?

Me sorprende que siga aquí.

Un fotógrafo está sacándole fotos a mi familia detrás de él.

—¡Ah, ahí estás! —Se arregla la corbata—. ¿Qué tal estoy?

—Como si hubieras podido pedirle a otra que hiciera esto.

—¿Qué gracia habría tenido? —Me hace un gesto para que le dé un vaso—. Además, quería verte.

—Vale, en serio. ¿Dónde está esa mujer misteriosa con la que se supone que vas a casarte?

—Bajará pronto —responde—. Estoy deseando presentarle a la mujer que saboteó todas mis secciones de comentarios en YouTube con el *hashtag* «#tramposo» y echó a perder mis charlas comerciales en directo.

Abro los ojos de par en par. La verdad es que me había olvidado de que había hecho todo eso.

—Creías que no sabía que estabas detrás de esas cosas, ¿verdad?

Suspiro.

—Lo siento.

—No tanto como lo vas a sentir dentro de un rato.

—¿Qué quieres decir con eso?

Da unos golpecitos en su copa con una cuchara.

—Disculpadme todos. Disculpadme. —Las conversaciones en la sala se apagan lentamente hasta convertirse en un silencio expectante—. Sé que algunos no me conoceréis, pero me llamo Dante Harris y soy un ejecutivo de Park City, Utah. El mismo lugar de donde es un tal Dominic Reiss. —Trago saliva y él sigue hablando—. Me gustaría hacer un brindis para celebrar una de las mejores estancias de mi vida en un complejo hotelero.

—¡Ayyy!

—Esto es increíble.

—También ha sido mi mejor experiencia.

Otros huéspedes y algunos miembros de mi familia le sonríen en señal de acuerdo.

—Pero también me gustaría compartir este brindis con mi antigua novia, Georgia Grey.

—¿Eh? —Taryn aparece a mi lado de repente—. ¿Lo conoces, Georgia? —susurra.

—¿Está borracho? —pregunta Savannah vocalizando.

—Fuimos novios el año pasado, ¿no es así, Georgia? —Él sonríe, y yo lo fulmino con la mirada—. Pero, por desgracia, las cosas no funcionaron porque, bueno, la muy cabrona follaba con su jefe. —La sala se queda en el más absoluto de los silencios—. Tiene gracia, la verdad. —Da un sorbo a su copa—. Pasaba un montón de noches en su despacho y mil horas fuera de casa, y aun así se enfadó conmigo porque encontré a otra.

—Georgia, ¿de qué demonios está hablando? —vuelve a susurrar Taryn.

—Llamé por error a la encantadora señora Hattie para pedirle su mano, y se suponía que Georgia iba a decirle que fue un malentendido y que esa proposición no era para ella, así que imaginen mi sorpresa cuando me registro aquí y veo que Georgia sigue afirmando que está prometida con un tal Dante, aunque se refiere a Dominic Reiss. —Resopla—. ¡Y no solo eso, sino que los ha convencido de que salen juntos! —Es el único que se ríe—. Hay que ser estúpido… —Mira a su alrededor—. ¿No creen que es un poco sospechoso que no lo hayan conocido hasta ahora? Es un puñetero multimillonario y

podría haber venido hasta aquí en su *jet* privado en cualquier momento, pero no lo ha hecho hasta que Georgia ha regresado confiando en hacerse cargo del complejo. —Silencio.

—¿Hay algo de verdad en todo esto, Georgia? —La abuela Hattie se le adelanta y me mira fijamente.

—Yo… —Siento el peso de las llaves del complejo en el bolsillo, el tacto de la placa prendida en la chaqueta, y ya no me atrevo a justificar cómo me las he «ganado».

—Sí —respondo—. Es verdad.

—¿Qué parte?

—Todo. —Las lágrimas me anegan los ojos y escucho los murmullos a mis espaldas.

Savannah me lanza una mirada comprensiva y Taryn se mueve para vernos mejor.

Espero a que la abuela sugiera que vayamos a seguir la discusión en algún lugar más privado, pero ese nunca ha sido su estilo. No se muerde la lengua ni se calla su decepción por nada ni por nadie.

—A ver si lo he entendido. —Mira a Dante y luego a mí—. Te pido amablemente que renuncies a este trabajo para que adquieras experiencia y yo pueda aprender a confiar en ti de nuevo, pero, en lugar de hacer eso, te inventas un montón de mentiras. Eso significa que no has aprendido nada. —Dante asiente detrás de ella y coge una copa de champán—. Georgia Bee Grey —dice, con la voz tan quebrada como mi corazón—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Te equivocaste al dejarme ir.

Un grito ahogado resuena en la habitación y dos de mis tías me miran desde la mesa.

Nadie en esta familia, y quiero decir nadie, se atreve a decirle que está equivocada cuando se trata de cualquier cosa sobre este complejo. Si ella dijera que el sol es de color púrpura, nadie se lo discutiría.

—Tus errores me costaron dos millones y medio de dólares en ingresos perdidos. —Rechina los dientes—. Debí echarte cuando solo habíamos dejado de ganar la mitad.

—Ni siquiera me preguntaste por qué eché a perder esas bodas —digo con voz ronca—. ¿Nunca se te ha ocurrido que había una razón?

—¿Qué tiene que ver esto con que mientas sobre tu prometido y te apropies injustamente de todo por lo que he trabajado, Georgia?

—Ambos novios eran tan gilipollas como Dante —siseo—. Los pillé a los dos engañando a sus prometidas. Y la abuela Hattie que conozco no querría

que ninguna mujer se comprometiera de por vida en este lugar con alguien en quien no pudiera confiar, con la política de «No te metas en los asuntos de los huéspedes» o sin ella. —Me escudriña con expresión estoica.

Las tías que antes me miraban mal ahora me contemplan con simpatía.

—Siento haber mentido sobre que Dante era Dominic, pero no hay nada más que haya querido hacer que dirigir este lugar, y lo que hay entre Dominic y yo es verdad, solo que…

—Mentira —me interrumpe Dante—. Eres una mentirosa que sabe que lo único que se le da bien en la vida son las manualidades y atender a la gente. No sabes lo que es ser leal a alguien que no seas tú misma. De hecho, cuando salía contigo…

—La engañaste, joder. —La profunda voz de Dominic resuena de pronto a mis espaldas; me rodea la cintura con un brazo—. Pero tienes razón en la mayoría de las cosas que has dicho. Salvo en las gilipolleces.

—Nadie le ha pedido su opinión, señor Reiss.

—¿Y qué te ha hecho pensar que alguien querría oír la tuya?

La estancia está tan silenciosa que puede escucharse el sonido de las gotas de nieve al caer contra las ventanas.

—Señora Hattie, Georgia era mi empleada; sí que pasamos muchas horas y muchas noches juntos, y la he deseado desde el momento en que la conocí —dice—. Si pudiera retroceder en el tiempo, se lo habría pedido nueve meses antes de que llegara Dante y lo estropeara todo.

—¿Lo ven? —Dante señala a Dominic—. ¿Lo ven?

—Llevamos hablando por teléfono desde que regresó a casa, y la única razón por la que no he venido a verla antes fue porque mencionó que quería demostrar a su familia lo en serio que iba lo de intentar ganarse el puesto de directora.

—¿Esa es la única razón? —Dante no puede cerrar la boca—. ¿En serio?

—Mis disculpas a la familia Grey —sigue Dominic—. No es así como quería hacer esto, pero… —Me da un beso en la mejilla y se pone de rodillas. Saca del bolsillo una caja de terciopelo negro y, al abrirla, deja ver un enorme anillo de diamantes talla princesa—. Me arrepentiré toda la vida de haberte contratado en mi empresa —sonríe—, pero no por tu historial laboral, sino porque perdimos el puñetero tiempo sin estar juntos cuando no hay nadie más con quien desee pasar horas interminables. —Dante se cruza de brazos, pero algunos lo empujan para ver mejor la reluciente joya—. Ojalá me hubieras llamado para pedirme un favor en vez de utilizar Ejecutivo a la carta, pero no serías tú si no lo hubieras hecho así. —Me acaricia la mano—. Hay mucho más que tengo que decirte, pero no deseo pasar otro año sin que seas mía, y quiero

que sepas que te amo. Georgia Grey, ¿quieres casarte conmigo?

Lo miro, incrédula, incapaz de descifrar qué parte de su discurso es real y qué parte es ficción.

—Sí. Sí, me casaré contigo.

—¿En serio? —Dante echa humo por las orejas—. ¿Todavía intentáis convencer a todo el mundo para que se trague esta farsa? Si alguien en esta sala es tan tonto como para…

—Si dices una palabra más, te prometo que los Grey al completo vamos a ir a por ti —lo frena Taryn—. Eres tú contra toda su familia, y si no entiendes cómo van los números, no debes de ser tan buen ejecutivo como pretendes.

Mira a su alrededor: todos los miembros de mi familia tienen la vista clavada en él, y retrocede varios pasos.

—Cancelad su reserva y sacadlo de aquí de una puta vez —dice alguien, y estoy casi segura de que Taryn ha añadido: *«Pero vamos a partirle la cara de todas formas»*.

Dominic me pone el anillo en el dedo, hace que me levante para darme un beso rápido y me lleva fuera.

—¡Esperad un momento! —nos llama mi abuela—. Vuelve aquí, jovencita.

Dejo escapar un suspiro y me doy la vuelta.

—¿Sí, abuela?

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar este fin de semana, así que no te vayas muy lejos. —Se acerca—. Nunca te habría dejado ir si hubiera sabido lo que pasó en realidad, cariño. Lo siento mucho.

—No lo sientas. —Miro a Dominic—. La experiencia no fue tan mala.

Me da un fuerte abrazo y luego otro a Dominic.

—Y también tengo mucho que discutir con usted, señor Reiss, así que lo de no ir muy lejos también va por usted.

—Entendido.

Espero a que se vaya antes de volverme hacia Dominic.

—Gracias, Dominic —digo—. Muchísimas gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme de contar la verdad sobre nosotros.

—Todo lo que he dicho ha sido verdad, Georgia.

—¿Incluso la parte de que me amas?

—Eso es bastante obvio. —Se agacha y se apodera de mis labios, y me ahorro perder el tiempo charlando, porque me besa hasta dejarme sin aliento.

22

Colorado Springs, Colorado

Dominic

—¡¿Cómo que vas a quedarte una semana más?! —me grita Paul por FaceTime—. ¿Has perdido la cabeza?

—Estoy haciendo lo que dijiste —replico—. Dándolo todo por la clienta.

—A menos que la clienta sea esa Georgia Grey del año pasado, debes decirle que su tiempo se ha acabado y que está de mierda hasta el cuello. Tendrá que lidiar delante de sus amigos y su familia con cualquiera que sea la mentira que se haya inventado.

Enarco una ceja.

—¿Qué quieres decir con «a menos que sea Georgia Grey»?

—Ya lo discutiremos cuando regreses a Utah. ¿O tengo que ir a Colorado personalmente y traerte a rastras?

—Quiero saber por qué crees que Georgia es la excepción a la regla.

—¡Dios! —Pone los ojos en blanco y bebe un trago—. Hay como un millón de razones, pero voy a darte la más obvia: deberías haberla despedido el primer día y haberle pedido que saliera contigo.

—Tenía mis razones.

—Sentirse atraído por ella y no poder salir en serio con nadie más no son buenas razones. —Sacude la cabeza—. Ahórrame la mierda de discurso sobre lo mala que era a pesar de su potencial.

—Bueno, es así.

—Sí, vale —replica—. Si fuera tan terrible, te habrías alegrado cuando se fue, pero estuviste deprimido como un cachorrito durante meses.

—No es verdad.

—No has salido con nadie desde que se fue.

—Adiós, Paul.

—Si no es Georgia y no me ha enviado siete mil dólares al acabar el día de hoy, la denunciaré a la aplicación.

Cuelgo y le envío un mensaje.

Dominic: *Es Georgia. Hablamos cuando regrese.*

Paul: *Si es así, no regreses. Nunca.*

Antes de que pueda decirle que se vaya a la mierda, la puerta del baño se abre y Georgia sale con las mejillas sonrojadas.

—¿Estuviste hecho polvo cuando me fui? —pregunta—. ¿Es eso lo que acaba de decir tu amigo por teléfono?

—No sé de qué me hablas —respondo—. Te lo estás imaginando.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Sonrío y la acerco más a mí—. Ni siquiera estaba al teléfono.

—¿Por qué no me invitaste a salir?

—Porque habrías dicho que no. —Le levanto la barbilla con la punta de los dedos—. Y no estabas libre.

—Habría dicho que sí —replica—. Siempre y cuando me hubieras ofrecido un aumento.

—Claro que sí —río; le doy un beso en los labios—. ¿A qué hora empiezas el último turno de las vacaciones?

—Aún estoy libre. ¿Por qué?

—Porque la última vez que lo comprobé, aún me debías unas cuantas citas. —La miro a los ojos—. He hecho una reserva en la pista de esquí y luego quiero ver si podemos batir el récord de orgasmos de ayer.

—¿Tiene que ser en ese orden?

—No, a menos que tú quieras.

—Pues primero me gustaría batir el récord de orgasmos.

—Buena decisión. —La hago tumbarse en la cama.

23

Colorado Springs, Colorado

Georgia

«No quiero que te vayas»

Esas cinco palabras se quedan atrapadas entre mis labios la mañana en que Dominic debe regresar a Utah. Casi se me han escapado durante el último orgasmo que he tenido en la ducha, pero lo único que he podido hacer ha sido gritar su nombre contra el cristal.

Me besa, nos vestimos e insiste en que nos aseguremos de que ya no nos necesitan en la cocina antes de irse.

—Nunca te pediría ayuda en tu último día. —La abuela Hattie se acerca a abrazarlo en cuanto entramos—. Pero sí voy a pedirte que regreses la próxima temporada si estás disponible.

—Estoy convencido de que regresaré antes.

—Eso espero. —Sonríe—. Tal vez llegue a presenciar dos bodas aquí.

Suelto una risa nerviosa.

—Voy con él al aeropuerto. Vuelvo enseguida.

—No te des prisa —responde—. Aprovecha los días libres.

—Lo haré. —Cojo una caja de galletas y acompaño a Dominic al tranvía.

Charlie abre la puerta cuando nos acercamos y Dominic me hace un gesto para que pase primero al asiento trasero. Me estrecha contra su pecho e intento decirle lo que siento, pero me besa y no puedo pensar en nada más.

—¿Señor? ¿Señorita? —Charlie se aclara la garganta; estamos en medio de un beso y Dominic se separa lentamente de mí.

Mientras recupero el aliento, me doy cuenta de que hemos llegado al aeropuerto y de que Charlie tiene cara de llevar mucho más tiempo del que le gustaría con la puerta trasera abierta.

Dominic se ríe, sale primero y le da un billete de cien dólares. Luego me ayuda a mí.

—Daré unas vueltas, señorita Grey —dice Charlie—. Llámeme cuando esté lista.

En ese caso, nunca.

—Lo haré, Charlie. Gracias.

Dominic me pone la palma de la mano en la parte baja de la espalda cuando entramos en la terminal.

—¿Cómo piensas decirle a tu familia que hemos roto? —pregunta.

—Ya se me ocurrirá algo. —Me quito el anillo—. A lo mejor me tiro a lo más fácil y les digo que me engañaste.

—Nunca te engañaría. —Vuelve a ponerme el anillo en el dedo—. Nunca.

—Pues les diré que nos distanciamos, sin más.

—O podrías decirles la verdad de una vez. —Sonríe y me da un beso en los labios.

—Nunca les diré que te he alquilado.

—No me refería a eso. —Se ríe—. Esta mañana he cancelado el vuelo.

—Espera, ¿qué? ¿Y qué hacemos aquí?

—Esperaba que pudiéramos ir a otro sitio el fin de semana. —Saca un sobre del bolsillo del pecho y entrecierro los ojos al ver la letra pequeña.

¿París?

—Todavía lo tienes en tu tablero de Pinterest de lugares para quedarse una semana entera, ¿verdad? —Asiento, asombrada de que lo sepa—. En ese caso, no hace falta que nos despidamos. Al menos durante mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir, Dominic?

—Que no quiero dejarte y que me gustaría salir contigo en exclusiva. Y también me gustaría que no rompiéramos el compromiso a menos que las cosas no funcionen a largo plazo.

—¿Algo más?

—Sí —dice—. Cuando volvamos aquí, creo que deberíamos ampliar mi reserva.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todo el tiempo que quieras.

—Puede que sea bastante.

—Bien. —Me besa—. Eso espero.

¿FIN?

EPÍLOGO

PARK CITY, UTAH

LA NAVIDAD SIGUIENTE (UN AÑO DESPUÉS)

GEORGIA

—¿Crees que les gustaré? —Me arreglo el vestido cuando llegamos a casa de los padres de Dominic—. Sé sincero.

—Sí. —Toca el timbre—. Te comportas como si no te conocieran ya.

—Me conocieron como tu empleada, no como tu novia.

—Prometida —me corrige—. Pero, una vez más: saben de sobra quién eres, Georgia.

Asiento y mantengo la vista al frente. La puerta se abre y su madre aparece ante nosotros. Me mira la mano y grita por encima del hombro.

—¡Me debes cien dólares! ¡Ha traído a Georgia a casa!

Me estrecha entre sus brazos y luego se cuelga del cuello de Dominic antes de pedirnos que entremos.

—¿No vas a coger nuestras maletas del coche? —susurro.

—No vamos a quedarnos después de cenar —murmura—. Vamos a Colorado.

Lo miro, confusa.

—Despertarías a todos si nos quedáramos aquí. —Me encierra la cara entre las manos—. Y todavía me debes dos citas del año pasado.

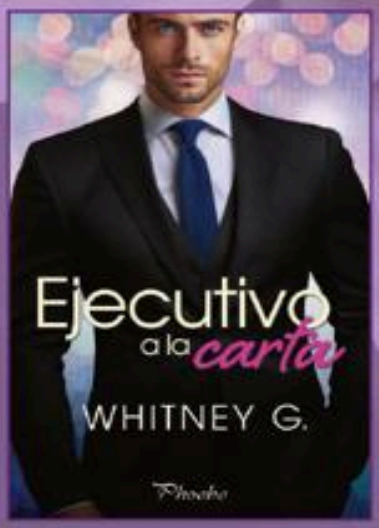
—Pensaba que bromeabas…

—En absoluto.

FIN, OTRA VEZ

Ejecutivo a la carta

Sinopsis



Estas deben de ser las peores Navidades de mi vida…

Mi exnovio acaba de reservar la mejor *suite* en el resort donde trabajo (con su nueva novia, no conmigo), la mitad del personal se ha dado de baja por gripe (mentira: quieren asistir a un concierto que se celebra en el pueblo) y mi hermana me está volviendo loca con sus inacabables planes de boda.

En cualquier otro momento todo esto no supondría ningún problema, pero la Navidad lo cambia todo, y además mi familia está a punto de descubrir la mentirijilla que les he contado sobre mi inexistente prometido.

Para evitarlo, decido descargarme *Ejecutivo a la carta,* una aplicación que permite contratar a un «falso y atractivo hombre de negocios» para impresionar a familiares y amigos.

Por lo menos es lo que yo esperaba…

Pero cuando el chico que he elegido me deja plantada en el último momento, la aplicación promete enviarme «un sustituto aún más sexy».

Deben de haber querido decir «el demonio», porque este tipo no es un actor y, definitivamente, no es un «falso» ejecutivo.

Es mi antiguo jefe.

El idiota que me despidió el año pasado.

Vale, ahora sí que, oficialmente, son las peores Navidades de mi vida.

Biografía de la autora



Whitney G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas *best seller* incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*, y cofundadora de *The Indie Tea*, página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su Instagram, en Twitter… Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia…

Ejecutivo a la carta es la nueva novela de Whitney en nuestra colección Phoebe, después del éxito de *Una noche y nada más* y *Turbulencias* en 2017; *Carter y Arizona* en 2018; *Mi jefe, Mi jefe otra vez* y *Dos semanas y una noche* en 2019; *Sexy, descarado, irresistible, Olvidar a Ethan* y *El rey de las mentiras* en 2020; *Fue un martes, Entre tú y yo* y *Te esperaré todas las noches* en 2021; *Fue un miércoles* y *Por supuesto que no es él* en 2022 y *Te esperaré siempre* en 2024.

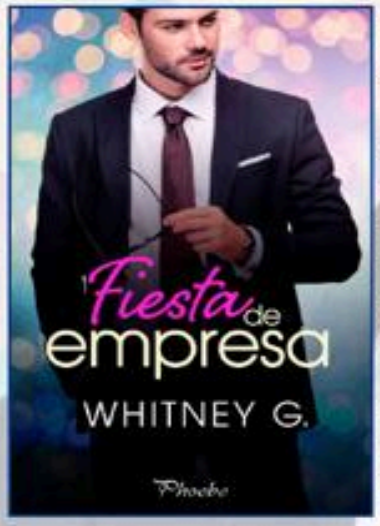
whitneygbooks.com
IG: whitneyg.author
TW: WhitGracia
FB: AuthorWhitneyG

Otros títulos de la autora en Phoebe romántica



Fiesta de empresa

Whitney G.



No me puedo creer que sacara el nombre de mi jefe para el regalo anual del amigo invisible…

Ese capullo irritante y engreído, la reencarnación misma del diablo, nunca nos da días libres en Navidades, y espera de verdad que le estemos agradecidos por la generosa alternativa que nos ofrece: una fiesta de empresa.

Se trata de un viaje obligatorio, con todos los gastos pagados y de dos semanas de duración, a un resort de lujo desconocido donde todavía tendremos que seguir trabajando de doce a quince horas al día.

Estoy tan hasta las narices…

Así que lo que hago es poner cero interés en su regalo. Le quito la etiqueta a lo que sea que me ha comprado mi hermana, añado un cheque regalo de Amazon por valor de cinco dólares y se lo hago llegar.

No me entero de la terrible decisión que he tomado hasta que mi hermana me envía un mensaje:

Georgia: ¿Por qué no te has partido de la risa con el último vibrador que te he regalado? De verdad espero que te imagines la cara de tu jefe cuando lo uses, igual que pongo en la nota. :-)

Por si eso no fuera poco, el «viaje de lujo» de este año será a mi ciudad natal, el lugar que he estado evitando durante años. Y mi abuela es la propietaria del resort…

Si consigo salir viva de esta, no volveré a "re-re-galar" nada a nadie nunca más…

Captura en el código
los primeros capítulos de
Fiesta de empresa

Te esperaré siempre
Whitney G.



«Por favor, deje su mensaje después de la señal…».

Tatiana, son ya las cuatro de la madrugada y no puedo dormir porque estoy borracho y en vela, pensando en ti…

En que casi fui tuyo, y tú casi fuiste mía.

Mi vida es un desastre, y toda mi carrera como luchador en la MMA pende de un hilo. Soy muy consciente de que tengo que cambiar muchas cosas.

Necesito que me devuelvas el favor que me prometiste, ese que aún tenemos pendiente desde hace años.

Necesito que finjas ser mi prometida durante noventa días.

Solo noventa días.

No tenemos por qué hablar a escondidas ni tampoco ser amigos de nuevo. Ni siquiera tenemos que besarnos, aunque te aseguro que ningún otro hombre te habrá besado mejor que yo…

Te prometo que no nos tocaremos, a pesar de que la última vez que nos vimos parecía que era eso precisamente lo que deseabas (no intentes negarlo).

En resumidas cuentas: quiero cobrarme ese antiguo favor que juraste que me deberías «siempre».

No te estoy pidiendo demasiado. Solo necesito que finjas por mí que es real…

Captura en el código
los primeros capítulos de
Te esperaré siempre



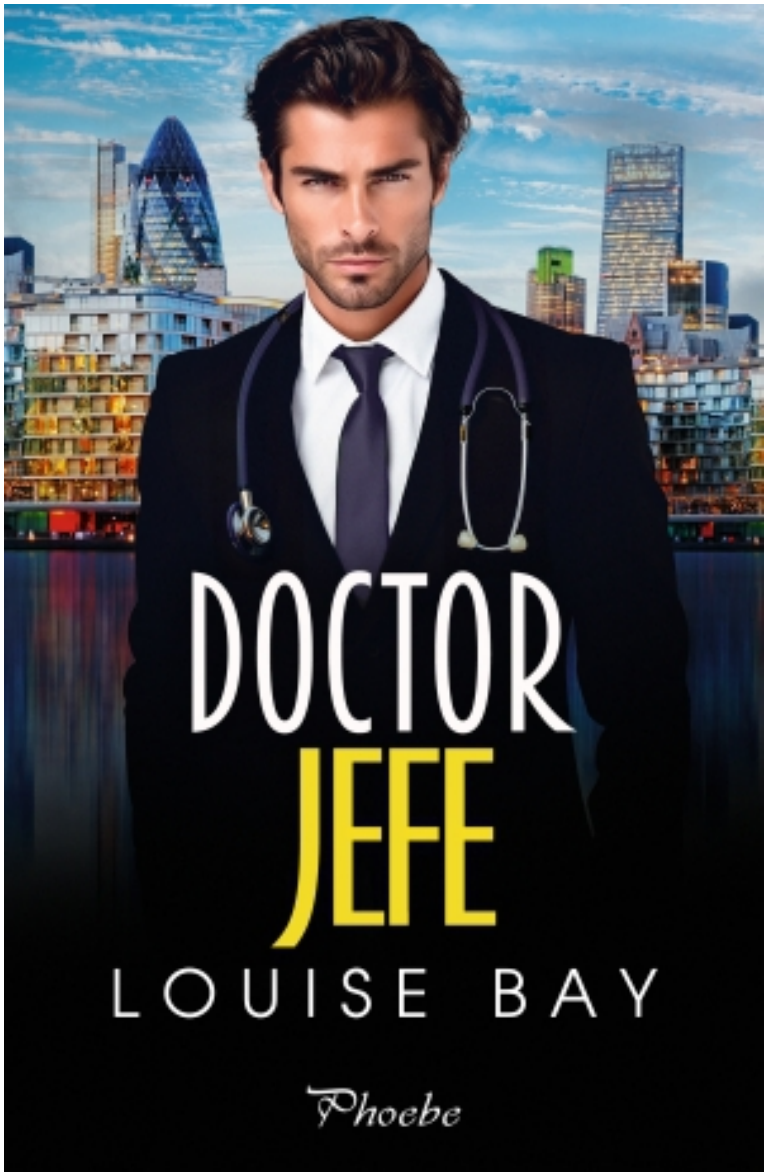
Te esperaré siempre

G., Whitney
9788410070035
355 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Por favor, deje su mensaje después de la señal…». Tatiana, son ya las cuatro de la madrugada y no puedo dormir porque estoy borracho y en vela, pensando en ti… En que casi fui tuyo, y tú casi fuiste mía. Mi vida es un desastre, y toda mi carrera como luchador en la MMA pende de un hilo. Soy muy consciente de que tengo que cambiar muchas cosas. Necesito que me devuelvas el favor que me prometiste, ese que aún tenemos pendiente desde hace años. Necesito que finjas ser mi prometida durante noventa días. Solo noventa días. No tenemos por qué hablar a escondidas ni tampoco ser amigos de nuevo. Ni siquiera tenemos que besarnos, aunque te aseguro que ningún otro hombre te habrá besado mejor que yo… Te prometo que no nos tocaremos, a pesar de que la última vez que nos vimos parecía que era eso precisamente lo que deseabas (no intentes negarlo). En resumidas cuentas: quiero cobrarme ese antiguo favor que juraste que me deberías «siempre». No te estoy pidiendo demasiado. Solo necesito que finjas por mí que es real…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Doctor Jefe

Bay, Louise
9788410070103
310 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mi vida era muy tranquila hasta que llegó Vincent Cove, un millonario americano insultantemente sexy. Pensé que lo nuestro solo iba a ser una aventura de una noche y que jamás volvería a verlo, pero ha regresado para convertir la mansión inglesa en la que vivo y trabajo en un glamuroso hotel. Por encima de mi cadáver. Ya sé que solo soy una camarera de una ciudad pequeña, y poco puedo hacer ante la inmensa fortuna de Vincent, pero no me rendiré sin pelear. Voy a vencer a esa apisonadora millonaria. Si hubiera sabido lo que planeaba, no me habría acostado con él, y ahora estoy absolutamente decidida a ignorar la química que hay entre nosotros; pero su encanto me despista, su insistencia me irrita y sus antebrazos, su mandíbula firme y su sonrisa diabólica me exasperan. Al menos, no tengo que preocuparme de que vaya a quedarse: él mismo dice que es un trotamundos incapaz de asentarse en ningún sitio, así que no hay ninguna posibilidad de que me dé tiempo a enamorarme de él…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una pareja imperfecta

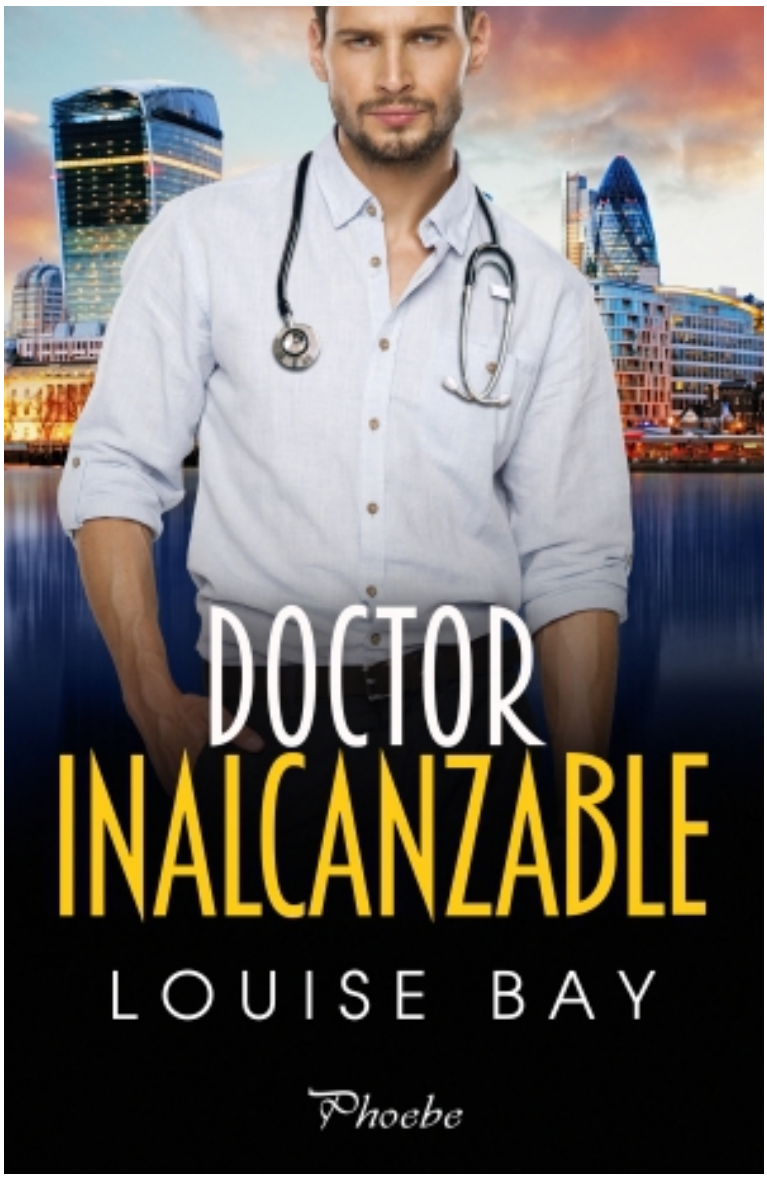
Quinn, Meghan

9788410070110
430 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Estoy enamorada de J. P. Cane? ¡Ja! Eso es lo que él se cree… Habla demasiado alto, es guapo por castigo y además, desde que vio Cuando Harry encontró a Sally, está convencido de que los hombres y las mujeres no pueden ser solo amigos. Así que cuando tenemos que viajar a San Francisco por trabajo y alojarnos en el mismo ático, me alegra poder demostrarle lo contrario. Sin embargo, con sus continuos coqueteos, su aspecto siempre impecable y su habilidad a la hora de tocar todas mis teclas eróticas, pronto empiezo a tener problemas para dormir por las noches. Pero soy perfectamente capaz de controlarme a mí misma. Porque si hay algo de lo que estoy segura es de que los hombres y las mujeres PUEDEN ser solo amigos, y que J. P. y yo estuviéramos juntos sería una MUY mala idea… ¿O no?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Doctor inalcanzable

Bay, Louise
9788419301550
295 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

He renunciado a los hombres para centrarme en el trabajo de mis sueños, que empiezo el lunes, pero mi mejor amiga me convence para que me divierta una última noche, así que me organiza una cita a ciegas. Acepto porque él se va a ir a África con Médicos sin Fronteras en unos días. Sin duda, es la mejor cita de mi vida. El doctor África me hace reír y me pone tanto, tanto, que quiero hacerle un examen físico completo. Es así como se convierte en el doctor Aventura-de-una-noche, y no siento el más mínimo remordimiento por ello. El lunes por la mañana me siento entusiasmada y emocionada a la vez, hasta que me topo con… ¿Lo habéis adivinado ya? Al parecer, a nuestra cita no asistió el doctor África, sino que le sustituyó su hermano, también médico, y ahora trabajo en el mismo hospital que el hombre con el que pasé la mejor noche de mi vida. ¿Os he mencionado ya que es mi nuevo jefe? Creo que voy a tener que ir directamente a Urgencias para encontrar cura a lo que siento por el doctor Inalcanzable.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las tres reglas de mi jefe

Delevigne, Emily
9788419301581
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Me llamo Rhys Knight y soy uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Nunca he mezclado los negocios y el placer, y prueba de ello es el imperio que he levantado en poco tiempo. Cierro contratos, destino dinero a causas benéficas y salgo con mujeres preciosas a las que no vuelvo a ver al día siguiente. Mi vida es perfecta, o al menos lo era hasta que mi mejor amigo me pidió el favor de contratar a su hermana pequeña como secretaria…, y desde ese día soy incapaz de no imaginármela desnuda. Casey Evans es todo lo que no suelo buscar en una mujer: habla demasiado y le gusta el contacto físico, lo que supone el incumplimiento de dos de mis reglas a la hora de trabajar conmigo. Sin embargo, supe que todo cambiaría esa noche, cuando celebramos haber cerrado un acuerdo con un magnate ruso… A partir de ese momento tuve claro que no podría mantenerme alejado de ella nunca más.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)